

A man in a light-colored shirt and dark trousers sits on a concrete ledge, viewed from the side. He has a dark book balanced on his head and is holding it with his right hand. He gazes out over a cityscape at dusk or dawn. The sky is filled with dramatic, dark clouds and numerous sheets of paper or newspaper pages are falling from above, some appearing to be caught in the air. The overall mood is contemplative and intellectual.

ESTUDIOS EPISTEMOLÓGICOS DE BIBLIOTECOLOGÍA

Héctor Guillermo Alfaro López



La presente obra está bajo una licencia de:

http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/deed.es_MX



Atribución-No Comercial-Licenciamiento Recíproco 3.0 Unported

Eres libre de:



copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra



hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:



Atribución — Debes reconocer la autoría de la obra en los términos especificados por el propio autor o licenciante.



No comercial — No puedes utilizar esta obra para fines comerciales.



Licenciamiento Recíproco — Si alteras, transformas o creas una obra a partir de esta obra, solo podrás distribuir la obra resultante bajo una licencia igual a ésta.

Esto es un resumen fácilmente legible del:

[texto legal \(de la licencia completa\)](#)

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.



**Estudios epistemológicos de
bibliotecología**

COLECCIÓN
TEORÍA Y MÉTODOS
Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas

**Estudios epistemológicos de
bibliotecología**

Héctor Guillermo Alfaro López



**Universidad Nacional Autónoma de México
2010**

Z668

A54 Alfaro López, Héctor Guillermo

Estudios epistemológicos de bibliotecología /
Héctor Guillermo Alfaro López. – México : UNAM,
Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecolo-
gías, 2010.

xxiv, 133 p. (Teoría y métodos)

ISBN: 978-607-02-0748-8

1. Teoría de la Bibliotecología - Investigación
 2. Epistemología - Bibliotecología - Investigación
- I. ser. II. t.

Diseño de portada: Mario Ocampo Chávez

Imagen de portada: Iman Maleki. *Dizzines* (Oil on Canvas) 100 X 75 cm. 1998.

Primera Edición 2010

DR © UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, 04510, México D.F.

Impreso y hecho en México

ISBN: 978-607-02-0748-8

Contenido

A manera de introducción para una epistemología de la bibliotecología · · · · ·	vii
LA BIBLIOTECA COMO OBSTÁCULO EPISTEMOLÓGICO · · · · ·	1
LA ENCRUCIJADA: RUPTURA EPISTEMOLÓGICA Y CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO · · · · ·	43
INVESTIGACIÓN Y EPISTEMOLOGÍA: HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE LA TEORÍA BIBLIOTECOLÓGICA · · · · ·	79
INVESTIGACIÓN Y DIVULGACIÓN BIBLIOTECOLÓGICAS: UNA RELACIÓN NO RESUELTA · · · · ·	109

A manera de introducción para una epistemología de la bibliotecología

La situación actual de la bibliotecología requiere su fundamentación epistemológica como una necesidad impostergable. La consolidación del campo bibliotecológico nos indica que esta disciplina ha llegado al límite de su fase de constitución, por lo que es un momento crucial y definitorio para perfilar su trayectoria futura; se trata del punto donde el camino se bifurca: ya sea trillar en la senda conocida para obtener los resultados ya sabidos o elegir una trayectoria distinta que conducirá a la conformación de la bibliotecología como una ciencia fundamentada y poseedora de un campo autónomo de conocimiento. La brújula que nos puede orientar en la senda a seguir es la epistemología porque a su vez fundamenta la trayectoria a emprender. Este ejercicio nos permite plantear los interrogantes de la problemática a estudiar: ¿por qué y para qué la epistemología en bibliotecología? Como preámbulo a la búsqueda de respuestas a tales preguntas es pertinente hacer algunas aclaraciones y precisiones respecto a la propia epistemología.

Durante el siglo XX la epistemología adquirió una especial relevancia para el conocimiento científico, para los albores del siglo XXI este discurso es ya imprescindible en el panorama de la ciencia. Este hecho por sí mismo ya justificaría la pretensión de emprender una epistemología de una ciencia como la bibliotecología. Pero este dato, por sí mismo, no explica ni justifica la necesidad de una epistemología de la bibliotecología. El problema es más arduo considerando que cada ciencia tiene una especificidad respecto a las demás, a pesar de los muchos e innegables elementos comunes.

La epistemología en su origen era una vertiente más de una de las columnas principales de la filosofía: la teoría del conocimiento o, de nomenclatura periférica, gnoseología. Durante mucho tiempo fue una simple vertiente, paralelamente al difuso desenvolvimiento del discurso científico. Conforme la ciencia define su perfil y sus límites, lo que significa gradual individualidad respecto de la filosofía, la epistemología deja su estatus periférico para adquirir relevancia. Con lo que acaba por estatuirse como filosofía de la ciencia. En cuanto tal su objeto de conocimiento es la investigación científica y su producto: el conocimiento científico. Esta orientación se consolida conforme se configuran esos orbes cognoscitivos que son los campos de conocimiento científico, lo que legitima a la propia epistemología.

Varios de los campos de conocimiento de las ciencias “duras” inician su fase de constitución entre los siglos XVIII y XIX, entre éstos se encuentra la física, que va a ser considerada el gran modelo a seguir para los demás campos de conocimiento. Estos eventos obligaron a que la epistemología tradicional tuviera que radicalizarse para estar a la altura de las nuevas circunstancias que presenta el horizonte integrador social histórico de los campos de conocimiento. Así la epistemología se reconstituye, ya no busca contestar a las tradicionales cuestiones como las que entraña la relación cognoscitiva entre sujeto y objeto, entendido este último como el mundo en sentido general o restringidamente como el objeto científico, de donde derivan cuestiones como el carácter y proyección del conocimiento científico en contraposición al conocimiento del sentido común, el de la clasificación de las ciencias; y el problema de corte positivista, incluso en su rústica vertiente empírica: la elaboración de la ciencia de forma inductiva con base en la observación. Todo esto se trastoca conforme se acelera la autonomía de las ciencias lo que va a exigir otro tipo de epistemología para contestar a problemas mayormente complejos. La palabra es exacta: las ciencias dejan en evidencia el entramado de su complejidad, por lo que se requiere una epistemología que evolucione, que se haga a sí misma más compleja paulatinamente para que responda al reto de la vertiginosa complejidad en puerta.

Entre las primeras décadas del siglo XX la epistemología lleva a cabo su transfiguración plena, que hace que una amplia gama de problemas nunca antes concebidos ocupen el escenario, como axiológicos, semánticos, ontológicos, éticos, etc. Lo que implicaba que ya no sólo se enfocaba el proceso cognoscitivo exclusivamente entre el sujeto y el objeto sino que se consideraba ahora todo aquello que acontece en el desenvolvimiento del proceso mismo de investigación, lo que conduce a la reflexión metacientífica. No es gratuita la consonancia de procesos, por un lado consolidación de las ciencias duras, lo que implica autonomía como campo de conocimiento científico, y por el otro lado reconfiguración de la epistemología para dar razón de ese proceso. Esto puede enunciarse como un *acto de toma de conciencia*. Así como la filosofía significa toma de conciencia racional del hombre respecto a sí mismo y el mundo, así como de la relación entre ambos, la epistemología es la toma de conciencia del científico (llámese hombre, filósofo de la ciencia o estrictamente científico) de la racionalidad científica respecto al conocimiento del mundo, como del proceso de conocimiento mismo de la ciencia. Con la epistemología las distintas ciencias ya no sólo se avocan a conocer sus particulares objetos sino que se conocen también a sí mismas. Saben quiénes son y saben cómo conocen, lo que redundará en la visión de su potencialidad y proyección futura.

Por supuesto puede haber quien argumente que no es necesaria la epistemología para que la ciencia siga realizando de la mejor manera posible, como de hecho lo ha llevado a cabo hasta ahora, lo que sabe hacer; pero con ello se priva a la ciencia de claridad, de lucidez para ver hacia dónde va y, sobre todo, se priva de ver quién es. Ahora bien, estas “especulaciones” sobre la significación epistemológica de la ciencia no implican un desvío u olvido de la dimensión concreta de la propia epistemología, puesto que no es un lujo ostentoso, sino que ellas implícitamente muestran la derivación concreta y práctica que tiene dentro de la ciencia. Mario Bunge ha puntualizado con atingencia esta dimensión de la epistemología cuando nos dice; y cito *in extenso*, que:

El filósofo de la ciencia alejado de la problemática científica de su tiempo puede ser útil estudiando algunas ideas científicas del pasado. El epistemólogo atento a la ciencia de su tiempo puede ser aún más útil, ya que puede *participar del desarrollo científico*, aunque sea indirectamente, al contribuir a cambiar positivamente el trasfondo filosófico de la investigación así como de la política de la ciencia. En particular, el epistemólogo casado con la ciencia y con las herramientas formales de la filosofía contemporánea puede hacer contribuciones de los tipos siguientes:

- ✓ *Desterrar los supuestos filosóficos* (en particular semánticos, gnoseológicos y ontológicos) de planes, métodos o resultados de investigaciones científicas de actualidad.
- ✓ *Dilucidar y sistematizar conceptos filosóficos* que se emplean en diversas ciencias, tales como los de objeto físico, sistema químico, sistema social, tiempo causalidad, azar, prueba, confirmación y explicación.
- ✓ *Ayudar a resolver problemas científico-filosóficos*, tales como el de si la vida se distingue por la teleonomía y la psique por la inespacialidad.
- ✓ *Reconstruir teorías científicas de manera axiomática*, aprovechando la ocasión para poner al descubierto sus supuestos filosóficos.
- ✓ *Participar en las discusiones sobre la naturaleza y el valor de la ciencia pura y aplicada*, ayudando a aclarar las ideas al respecto e incluso a elaborar políticas culturales.
- ✓ *Servir de modelo a otras ramas de la filosofía* –en particular la ontología y la ética– que podrían beneficiarse de un contacto más estrecho con las técnicas formales y con las ciencias.¹

En las palabras supracitadas de Bunge queda explicitado que una epistemología que verdaderamente cumpla con sus fines es útil, “aunque sea indirectamente” en el desarrollo científico y contribuye al cambio filosófico de la investigación y a la política de la ciencia. Y esto va dirigido contra aquellas epistemologías que son meras elaboraciones abstractas que no tienen nada que ver con la ciencia real, de hecho sus especulaciones parten de un *eidolon*, esto es, de una idealización de la ciencia. Agregando puedo decir que todo ello redundará también en la utilidad de la epistemología para el contexto inmedia-

1 Mario Bunge. *Epistemología*. México, Siglo XXI, 2004, p. 33.

to en el que la ciencia se desenvuelve, así como repercute en el contexto más amplio de la sociedad.² Para que la epistemología alcance ese grado de utilidad, Bunge enuncia lo que bien puede considerarse como un programa epistemológico que, como puede observarse en cada uno de los ítems arriba caracterizados, buscan clarificar y fundamentar los procesos cognoscitivos de la ciencia, que legitimarían la utilidad de esta nueva epistemología. Aunque también tales ítems dejan en evidencia el punto ciego del enfoque del propio Bunge, que queda acotado estrictamente al despliegue interno del proceso cognoscitivo de la ciencia, por consiguiente, el mundo que se encuentra allende del estricto proceso cognoscitivo de la ciencia no tiene consistencia, por lo que no es tomado en consideración. El acotamiento del enfoque de Bunge se explica por la tradición y sus respectivos supuestos en que apoya su propuesta epistemológica: la denominada, en sentido amplio, tradición analítica. Es la vertiente de filosofía de la ciencia desarrollada principalmente en los países anglosajones.³ La cual ha sido estimada como contrapuesta a la vertiente denominada continental⁴ por ser ésta cultivada en el continen-

2 “Una filosofía de la ciencia no merece el apoyo de la sociedad si no constituye un enriquecimiento de la filosofía ni le es útil a la ciencia. Y una epistemología es útil si satisface las siguientes condiciones:

- a) Conciérne a la ciencia propiamente dicha, no a la imagen pueril y a veces hasta caricaturesca tomada de libros de texto elementales.
 - b) Se ocupa de problemas filosóficos que se presentan de hecho con el curso de la investigación científica o en la reflexión acerca de los problemas, métodos y teorías de la ciencia, en lugar de problemitas fantasma.
 - c) Propone soluciones claras a tales problemas, en particular soluciones consistentes en teorías rigurosas e inteligibles, así como adecuadas a la realidad de la investigación científica, en lugar de teorías confusas o inadecuadas a la experiencia científica.
 - d) Es capaz de distinguir la ciencia auténtica de la pseudo ciencia; la investigación profunda de la superficial; la búsqueda de la verdad, de la búsqueda del pan de cada día.
- 3 De hecho ya desde hace algunos años se han dejado escuchar voces que diagnostican el agotamiento y por consiguiente el estancamiento de la filosofía analítica, como por ejemplo Evandro Agazzi en su obra *Filosofía de la naturaleza. Ciencia y cosmología*. México, FCE, 2000.
- 4 Cfr., Franca D’Agostini. *Analíticos y Continentales. Guía de la filosofía de los últimos treinta años*. Madrid, Cátedra, 2000.

te europeo aunque, para ser precisos, principalmente en Francia y Alemania. La vertiente analítica por sustentarse en un riguroso andamiaje lógico que además apela a la filosofía del lenguaje, que está en consonancia con una cierta (autolegitimada) elaboración del discurso científico, se ha estimado a sí misma como la auténtica epistemología científica. Por su parte la tradición continental funda la epistemología en los supuestos de las ciencias humanas y sociales. Por los supuestos sobre los que se levantan ambas tradiciones, que implícitamente representan la oposición entre ciencias naturales-exactas y ciencias humanas-sociales, pareciera que están condenadas a la confrontación, lo que estaría significando dos visiones contrapuestas del proceso de conocimiento de las ciencias. Pero ha habido intentos con mayor o menor éxito por encontrar otras alternativas, con ello se está señalizando una tercera vía para el desenvolvimiento de la epistemología, que para el caso de la bibliotecología puede llegar a ser fructífero. En las que se busca un enfoque que de manera más amplia muestre la conjunción tanto de los procesos internos y externos del conocimiento en las ciencias. Así en años recientes esta limitación del enfoque analítico ha sido subsanada conjuntándole los aportes continentales, con lo que se ha conformado todo un vasto conocimiento de frontera que ha renovado la epistemología tradicional de forma radical, de donde se ha generado incluso una propuesta alternativa que gradualmente adquiere mayor aceptación que es la conocida como estudios sobre “ciencia, tecnología y sociedad” (CTS). La que ha venido a ser algo así como la puntilla a los rezagos positivistas que aún campean en ciertos reductos de las ciencias, uno muy señalado es la bibliotecología. Todo esto nos lo explica uno de los cultores de CTS:

Es la frontera de la naturalización, de los estudios sociales de la ciencia, de los estudios de ciencia y género, de la reflexión sobre valores en ciencia, de la filosofía de la tecnología, de la dimensión práctica y material de la ciencia, etc. La frontera de los nuevos problemas y los nuevos enfoques que, con la excepción de algunos reductos recalitrantes, tiene un peso cada vez mayor en las revistas clásicas de filosofía de la ciencia, y un crecimiento exponencial en revistas y colecciones propias. Muchos problemas tradicionales del enfoque positivista, como el de la aceptabilidad de hipótesis o la distinción

teórico-observacional, son abordados de modos nuevos, y otros son simplemente sustituidos por cuestiones ignoradas o despreciadas por los positivistas en su momento, como el tema de los valores contextuales o el de la “lealtad instrumental” (...) Originales de los años setenta, y deudores en parte de la obra de Kuhn, los estudios CTS constituyen un enfoque crítico e interdisciplinario centrado en la comprensión de la dimensión social de la ciencia y la tecnología. “Crítico” porque en ellos se presenta una visión del fenómeno científico-técnico antagónica con respecto a la tradición esencialista e intelectualista, e “interdisciplinario” porque en ellos concurre una diversidad de disciplinas como la sociología del conocimiento científico, la historia de la ciencia y la tecnología, la economía del cambio técnico y, por supuesto, la filosofía de la ciencia.⁵

Una epistemología de amplias miras ha de explicitar los problemas que se presentan en el desenvolvimiento de la investigación científica, así como emprender la reflexión metacientífica. Pero además ha de comprender la “irradiación” del proceso de conocimiento científico en los aledaños inmediatos, que son los campos de conocimiento, así como en la zona más exterior que es el ámbito social. Estos dos últimos pueden caracterizarse con el concepto de *espacio-contextual-cognitivo*.⁶ El proceso de conocimiento de la ciencia no se despliega en el vacío, ni en éter analítico, sino en un espacio que es el contexto, con todos los atributos que este conlleva, propicio para y del conocimiento científico. Entre el proceso de conocimiento de las ciencias y el espacio-contextual-cognitivo se da una amplia gama de niveles de imbricación. Entre el desenvolvimiento de una ciencia y la dinámica organizacional del campo del que ésta es su centro y razón

5 José Antonio López Cerezo. *El triunfo de la antisepsia. Un ensayo en filosofía naturalista de la ciencia*. México, FCE, 2000, pp. 11-12. Para una mayor explicación sobre las características y fundamentos de los estudios de CTS véase: Stephen H. Cutcliffe. *Ideas, máquinas y valores. Los estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad*. España, Anthropos-UAM, 2003.

6 Para mayor precisión conceptual puede especificarse como *espacio-contextual-intracognitivo* al campo de conocimiento en cuyo interior se despliega el proceso de conocimiento de la ciencia por lo que en el uno y el otro su imbricación es más estrecha. Mientras que se define como *espacio-contextual-extracognitivo* al ámbito social cuya imbricación con el proceso de conocimiento es más indirecta, porque mayor es la amplitud de mediaciones entre uno y otro.

de ser se da una profunda y estrecha imbricación. Los integrantes de un campo de conocimiento por mediación de sus prácticas llevan a cabo una determinada forma de conocimiento fundada en supuestos epistemológicos particulares. Ese tipo de conocimiento a su vez influye en la manera en cómo se organizan y orientan las prácticas, lo que en conjunto marca con su impronta al campo. De manera análoga el ámbito social dentro del cual se encuentra inserto el campo de conocimiento, deja sentir sus requerimientos en el proceso de conocimiento, aunque de forma indirecta debido a todas las mediaciones preexistentes entre ellos. A su vez el proceso de conocimiento pasando por las instancias del campo hace sentir su presencia en la sociedad de múltiples maneras. Aunque cabe acotar que este movimiento de ida y vuelta se da dialécticamente.⁷ Una vez hecha esta amplia explicación de la epistemología contamos ya con los elementos pertinentes para abordar de manera específica las preguntas formuladas al inicio de esta Introducción: ¿por qué? y ¿para qué? la epistemología en la bibliotecología.

Para dar respuesta a la cuestión indagadora del por qué una epistemología de la bibliotecología ubiquémonos en el contexto histórico social. Hacia mediados del siglo XIX el capitalismo en su fase industrial alcanza su apogeo. Este hecho va a traer aparejado una amplia gama de fenómenos, en particular aquellos que se refieren a la información y el conocimiento sufren un acelerado impulso, lo cual va a ser con el correr de las décadas la base de la transfiguración de la sociedad industrial a la sociedad de la información. La expansión industrial va a generar un volumen de información nunca antes producido. Todos los órdenes de actividad social van a ser removidos lo que va a contribuir a la generación y liberación de información, así como al incremento de necesidad y consumo de la misma. En el terreno concreto de la circulación de la información ello va a dar lugar

7 Este movimiento dialéctico entre el campo de conocimiento y el ámbito social lo explico detalladamente en el estudio: "Esquema para una teoría e historia de la constitución del Campo Bibliotecológico Mexicano". En: Martínez Arellano Filiberto F. y Calva González Juan J. (coordinadores). *Tópicos de investigación en Bibliotecología y sobre la información*. Vol. II. México, UNAM, 2007.

al desarrollo de la industria editorial, en sus múltiples soportes, para vehiculizar y dirigir la información a los variados estratos sociales. Pero también esto redundó en la creación o perfeccionamiento de las unidades de información. En las que, para decirlo breve, se organiza y se hace accesible el torrente de información que se producía por doquier. Lo que va a propiciar la fundación de las bibliotecas públicas. Como efecto directamente proporcional a la expansión de la información producida por la sociedad industrial el conocimiento se va a desarrollar como nunca antes en todas direcciones. Esto va a ser el factor eclosionador de los campos de conocimientos. Algunos campos ya instaurados previamente como efecto de esa onda expansiva del conocimiento son impulsados a transitar de su fase de constitución al inicio de su fase de autonomía. Otros, por su parte, inician su conformación, esto es, el comienzo de su fase de constitución. Este doble movimiento, inicio de la fase de autonomía o de constitución, de los campos del conocimiento puede asimismo ser entendido como la respuesta que el avance de la civilización y con ella de las ciencias lanza en el mundo moderno para transformar la realidad, este reto trae como consecuencia un profundo cambio histórico social. En un sentido más restringido esto significa la necesidad de la racionalidad de instaurar orbes de conocimiento para sistematizar, ampliar, proyectar, la diversidad informativa de los saberes avocados precisamente a transformar la realidad; pero es de subrayar que tales orbes hacen del conocimiento un evento profundamente humano y social. Cada campo de conocimiento es una configuración articulada por seres humanos en disposición cognoscitiva y en cuanto tal es un peculiar espacio de la sociedad y para la sociedad.

Todo el cúmulo de información producido por la inercia de la industrialización es procesado en los campos de conocimiento con arreglo a una definida orientación epistemológica dominante en ese momento: el positivismo. Hacia la mitad del siglo XIX la filosofía que encarna el espíritu científico es el positivismo, ello debido a que los supuestos sobre los que se levanta y que pretenden ser los característicos (o que se cree como lo sustancialmente propio de la ciencia) del desenvolvimiento científico son los que responden al conocimiento de la realidad. De ahí que los pilares epistemológicos del po-

sitivismo sean el dato empírico y la observación de éste. Esta concepción inmediatista, empírica de la ciencia fue un factor unificador de los procesos cognoscitivos de la ciencia y contribuyó a dar una visión efectiva y estable del conjunto de la ciencia socialmente. Aunque en el fondo los procesos de conocimiento de la ciencia en términos reales eran más elaborados y complejos que lo que pretendía la epistemología positivista. Pero tal sencillez explicativa del proceso de conocimiento fue la fuerza motriz para impulsar también el desenvolvimiento de los campos de conocimiento, con lo que consolidaban su estructura y organicidad. Siendo así la plataforma para el desarrollo que incluso alcanzarían en el siglo XX.

Dentro de ese panorama cognoscitivo decimonónico se instaura el campo bibliotecológico; era una necesidad dada precisamente la expansión de la información y del conocimiento que en ese momento genera la sociedad industrial. El campo bibliotecológico se configura como un entorno de la biblioteca pública, que es fundada en los Estados Unidos y Gran Bretaña. Todo el conjunto de prácticas que se conforman dentro y alrededor de la biblioteca pública van a perfilar el perímetro del campo dentro del espacio social. Pero la peculiaridad del campo bibliotecológico respecto a la necesidad que empuja a algunos campos a la autonomía y a otros a su constitución es especial: ser el receptor, concatenador y articulador de la expansión informativa. Por lo que su ubicación y función es estratégica dentro del horizonte integrador social histórico de los campos de conocimiento; es una especie de bisagra entre los diversos campos y entre estos y la sociedad. Esta posición no fue comprendida del todo en su profundidad y complejidad por los fundadores del campo en los Estados Unidos. Lo que acabó por soslayarse cuando de forma inercial el proceso de conocimiento propio del campo fue ceñido a la epistemología positivista reinante. Aparte de ser “natural” en ese momento la asunción positivista; por los requerimientos y orientación que por necesidad el campo seguía en ese momento no podía optarse por otro camino epistemológico.

Había que satisfacer de la forma más efectiva y expedita posible las crecientes necesidades de información de una población creciente. Esto implicaba hacer uso de procedimientos cognoscitivos sencillos

y eficientes, cosa que satisfacía de manera inmediata la técnica pero además una epistemología positivista simple, sin complicación, perfectamente codificada y que nunca se alejaba del suelo tangible y firme de la realidad inmediata. Este automatismo en la asunción del positivismo se convirtió en un reflejo condicionado inconsciente para los integrantes del campo en su práctica cognoscitiva. Lo que implica que el conjunto de prácticas propias del campo acabó por estar signada por esa concepción epistemológica. Al vivirse como un hecho natural el conocimiento signado positivamente, la decisión epistemológica para llevar a cabo el proceso de conocimiento tenía que ser por vía positivista con lo que el círculo quedaba sellado herméticamente. Tan natural llegó a ser considerado esto que la reflexión epistemológica fue casi totalmente dejada de lado, como un hecho o instrumento innecesario para clarificar el fundamento y orientación cognoscitiva del campo. “Además si se cumple satisfactoriamente con lo que se cree son los requerimientos informativos de la sociedad, no tiene sentido hundirse en disquisiciones epistemológicas”. La epistemología positivista quedó integrada en todos los estratos del proceso de conocimiento del campo así como en el inconsciente cognoscitivo de sus integrantes y, en cuanto tal, quedó sancionado como algo connatural del campo.

Este “cerrar filas” en torno al *desideratum* positivista fue factor primordial para que el campo bibliotecológico pudiera consolidarse cognoscitivamente pero sobre todo para que pudiera desarrollar su fase de constitución, haciendo que sus diversas prácticas, sustentadas cognoscitivamente en el positivismo, llevaran a cabo su autodefinition y emprendieran sus interacciones. Más una vez que el campo llegó al límite de su fase de constitución, ha quedado también en evidencia el límite de la epistemología positivista y, con ello, la inconsciencia epistemológica privativa a lo largo de la susodicha fase. Lo que ya comienza a darnos la respuesta al ¿por qué? de una epistemología de la bibliotecología: de inicio puede decirse porque la epistemología ha de hacernos concientes del propio ocultamiento del que ella misma ha sido objeto, evidenciando con ello los procesos cognoscitivos llevados a cabo en el campo. Lo que, en segundo término, por necesidad implica emprender la crítica de los supuestos episte-

mológicos imperantes durante la fase de constitución, lo que, en pocas palabras, significa crítica a la epistemología positivista. Por último, porque tal crítica ha de abrirnos a las cualidades y posibilidades de otras alternativas epistemológicas apropiadas para una orientación distinta del campo bibliotecológico.

Pasemos a responder la pregunta práctica *par excellence* ¿para qué una epistemología de la bibliotecología? El apogeo de la sociedad industrial dio nacimiento al campo bibliotecológico, por lo que este fue la respuesta a los retos que aquella enviaba en el terreno de la información. De esta manera el campo bibliotecológico va a desarrollar su fase de constitución al compás del declive de la sociedad industrial. La configuración de sus prácticas y objetos de conocimiento durante tal fase respondían a las necesidades y cambios que sufría la sociedad industrial. El fundamento epistemológico positivista era eco de ese largo ocaso, empero, al interior del campo privaba la seguridad de estar en el camino correcto, sin contratiempos y sin cuestionamientos. Pero en las décadas finales del siglo XX, el panorama había cambiado. El mundo establecido por la sociedad industrial se había trastocado, tornándose opaco. El universo de la información se aceleró vertiginosamente al compás del cambio tecnológico y la expansión globalizadora. La concepción de la producción, distribución, almacenamiento y consumo de la información se ha reconfigurado, buscándose nuevas categorías para hacerla legible. Incluso la concepción del soporte de la información se ha transformado con el advenimiento del soporte electrónico, todo lo cual ha redundado en que la categoría de tiempo sobrepase y derrumbe la categoría de espacio sobre la que se sustentaba la concepción de la información privativa en el campo bibliotecológico. La visión de la biblioteca como fundamento espacial de la información es puesta en cuestión por una visión de la información inespacial y que es fluir puro, torrencial e incontenible de tiempo y energía. La sociedad de la información acabó así por desplazar a la sociedad industrial.

Esto acabó por repercutir en toda la estructura del campo bibliotecológico de múltiples formas. El positivismo sobre el que se sustentó epistemológicamente el proceso de conocimiento del campo le permitió consolidar la autodefinición de sus múltiples prácticas, así

como delimitar los diversos objetos de conocimiento: a su base empírica, con orientación técnica, le dio un recubrimiento conceptual, lo que además posibilitó que se iniciara la interacción entre las diversas prácticas. Todo lo cual le permitió alcanzar el estatus como ciencia, aunque en un estadio en tránsito de lo precientífico hacia lo científico. Esto le ayudo al campo a desplegar su fase de constitución y con ello ir incrementando y acumulando un amplio capital de conocimiento tanto en lo referente a las prácticas como a los objetos propios de la bibliotecología y cuyo centro de atracción es la biblioteca. Lo que acabaría por convertirse en un obstáculo epistemológico. Pero toda esa orientación cognoscitiva así como todo ese capital de conocimiento acumulado que respondían a los requerimientos de la sociedad industrial comenzaron a mostrar profundas fisuras con el recambio hacia la sociedad de la información.

Una vez que ha quedado sólidamente establecida la organicidad de un campo de conocimiento, su continuo desenvolvimiento se da a partir de la inercia ya codificada en automatismos en las prácticas que día a día emprenden sus integrantes. Lo que hace las veces de mecanismo defensivo ante los cambios radicales que acontecen en el espacio social. El recambio de la sociedad industrial a la sociedad de la información es filtrada a través de los automatismos cognoscitivos ya establecidos. Lo que propicia particulares respuestas: la más endeble, hacer como si nada pasara, por lo que las prácticas siguen inalteradas y los objetos de conocimiento siguen siendo concebidos como siempre, actitud que manifiesta claramente que las grietas son soslayadas por la inconsciencia epistemológica. La otra actitud es más enjundiosa, busca ajustar las prácticas y los objetos tal como son concebidos en el presente a los cambios. Pero es obvio que el proceder tanto de una como de la otra posición es equivocado, porque no estiman que el problema no esté afuera sino adentro, en los propios fundamentos cognoscitivos sobre los que se ha desenvuelto la fase constitución del campo y que resultan inoperantes ante la radicalidad de los cambios del espacio-contextual-extracognitivo.

Esa inoperancia de las respuestas pone en evidencia el profundo arraigamiento en el proceso cognoscitivo del positivismo. El cual incluso funciona en el campo bibliotecológico en la más rústica de sus

vertientes, la más anclada en la inmediatez y, por consiguiente, en la pura espacialidad del objeto de conocimiento. Este simple dato deja en claro que la epistemología positivista tal cual actúa en el campo no puede responder a las transformaciones fundadas en la categoría de tiempo de la información y el conocimiento, sustancial de la nueva etapa del capitalismo. Comoquiera que sea las dos respuestas dadas a los cambios buscan la continuidad de la fase de constitución del campo bibliotecológico sin percatarse en la ampliación del abismo entre tal fase y las aceleradas transformaciones del contexto exterior, situaciones que en el peor de los casos es vivida como desasosiego e incertidumbre con respecto al porvenir del campo. Ante esto se busca cerrar ese abismo asumiendo los aspectos más externos y superficiales de la sociedad de la información, como lo es el esplendor tecnológico. En ningún momento se plantea el problema epistemológico de que el campo ha llegado al límite de su fase de constitución primordialmente como resultado, en síntesis, de la conjunción de dos grandes factores: por un lado la acumulación y excedente de conocimiento disponible sustentado en una epistemología positivista, por lo que se ha convertido en un obstáculo epistemológico, esto dentro del proceso de conocimiento; por el otro lado el recambio de la sociedad industrial a la sociedad de la información, esto en el espacio-contextual-extracognitivo. Todo lo cual ha redundado en que el espacio-contextual-intracognitivo, es decir, el campo en conjunto, quede desfasado respecto a los otros dos órdenes. Y por consiguiente el campo bibliotecológico se arriesga a entrar en una inercia dentro del horizonte integrador social histórico de los campos de conocimiento, para ser una ancila técnica de las demás ciencias.

Después de haber hecho el recorrido anterior estamos en posición de dar respuesta al ¿para qué una epistemología de la bibliotecología? Indudablemente en el campo bibliotecológico no cabe una epistemología artificial, esto es, meramente abstracta sin referencia con el proceso de conocimiento real; muy por el contrario para lo que debe servir es para que clarifique los procesos de conocimiento a partir de variantes cognoscitivas diferentes que abran la senda que conduzca a la autonomía del campo, esto es, a alcanzar la plena científica. Lo que implica remover los obstáculos epistemológicos

existentes a partir de la ruptura epistemológica, para construir integralmente de manera conceptual prácticas y objetos de conocimiento, lo que conlleva su plena sustentación teórica. Epistemología de la bibliotecología que ha de mostrarle al campo su ubicación como ciencia plenamente científica dentro del horizonte integrador social histórico de los campos de conocimiento, lo que significa en pie de igualdad con las demás ciencias, cumpliendo con ello su función específica y estratégica que la define.

Este libro es el resultado de la conjunción de algunos estudios epistemológicos que versan sobre distintos temas o aspectos de la bibliotecología. Fueron escritos a lo largo de varios años. El orden que guardan en esta obra no es cronológico de acuerdo de su fecha de escritura, sino en consideración a la amplitud del tema e importancia de los problemas tratados en cada uno de ellos, de ahí que inicie con el estudio sobre “La biblioteca como obstáculo epistemológico” y cierre con “Investigación y divulgación bibliotecológicas: una relación no resuelta”. Pero lo que resulta de interés es resaltar la motivación que llevó a escribirlos y el factor de fondo que los unifica.

El motivo de escribir estos estudios fue la necesidad de explorar (reflexionar) desde un enfoque epistemológico temas poco tratados o simplemente ignorados de la bibliotecología. Temas que considero sustanciales y en los que está implícito el devenir y porvenir de la disciplina. Conforme se sucedía la escritura de cada uno de los estudios quedaba de manifiesto además la necesidad de retomar de manera constante y sistemática la reflexión epistemológica puesto que ella respondía al carácter determinativo del campo bibliotecológico, el ser fundamentalmente un campo de conocimiento: la epistemología es la filosofía de la ciencia que estudia los procesos de conocimiento que se llevan a cabo en la ciencia. Así la epistemología comenzó a adquirir una relevancia *per se*, ya no era sólo un medio para acceder al conocimiento de ciertos temas bibliotecológicos sino que era un fin en sí misma sobre el que se podía dar un nuevo fundamento a la ciencia bibliotecológica.

Lo anterior explica en parte el factor que unifica estos estudios, pero hay que agregar que al reflexionar en específico sobre los temas en ellos tratados quedó de manifiesto que eran escorzos de una pro-

blemática epistemológica más amplia y vertiginosa. La reflexión de cada tema conducía a una expansión temática. Lo que va a implicar depuración en la visión global de un tema a otro, lo que se va a evidenciar con la mayor solidez conceptual y teórica de unos estudios respecto a otros. El radio de temas y problemas se dilataba cubriendo sectores más amplios hasta alcanzar una visión integral del campo bibliotecológico, de ahí la profunda unidad y continuidad de los temas particulares. Al llegar a este punto asimismo quedó en evidencia la problemática de base del campo en su conjunto, y con ello también la necesidad de elaborar una teoría sustentada y respaldada epistemológicamente sobre el cambio de dirección del campo para que transite hacia la autonomía o, en otras palabras, para que se realice como ciencia estatuida científicamente.⁸

8 Un *giro epistemológico* como el que está implícito tanto en cada uno de estos estudios como en la propuesta en conjunto que ellos conllevan tal vez pueda causar extrañeza, máxime que la construcción discursiva con que son desarrollados parece ir a contramarcha del formalismo técnico y concreto del discurso sancionado como el connatural de la bibliotecología. Pero tengamos presente que lo que parece lo más natural es lo menos natural que existe. Y un campo que permite la expresión de múltiples posibilidades del discurso, aunque bajo el necesario requisito de estar bien fundamentadas cognoscitivamente, es un campo en crecimiento y con elasticidad para el cambio.

La biblioteca como obstáculo
epistemológico

Un obstáculo epistemológico se incrusta en el conocimiento no formulado. Costumbres intelectuales que fueron útiles y sanas pueden a la larga, trabar la investigación. Una experiencia científica es, pues, una experiencia que contradice a la experiencia común.

Gaston Bachelard

I

“La biblioteca no nos ha dejado pensar a la Biblioteca”, semejante premisa con la que se inicia esta *reflexión* expresada así de manera abrupta puede sonar violenta cuando no extraña a los oídos del gremio bibliotecológico. Por lo que amerita una pronta y precisa explicación. Si más que escuchar la frase la vemos escrita notaremos de inmediato una diferencia en la grafía de la palabra biblioteca, en la primera inicia con minúscula, mientras que la segunda comienza con mayúscula. Lo que por supuesto no significa un juego de ingenio gráfico o alegórico, muy por el contrario, con ello se busca representar dos órdenes cognoscitivos diferentes aunque estrechamente conectados o, más exactamente, que *deberían* ser indisolublemente interactuantes. Son el orden de lo concreto, lo inmediato, lo fáctico y el orden de lo abstracto, lo intelectual, lo conceptual.

Así por un lado tenemos la biblioteca comprendida como una entidad concreta; es la biblioteca específica y particular que tiene funciones y servicios determinados que se ofrecen a la colectividad: es la biblioteca cotidiana de nuestros gozos e indagaciones de información y conocimiento. Por el otro lado incidimos en la Biblioteca que es una construcción abstracta, *construida intelectivamente* a partir de conceptos y arquitectura teórica; es la Biblioteca que es todas las

bibliotecas y a la vez no es ninguna de ellas: es la Biblioteca que *debería* dar forma, sentido y funcionalidad a los distintos tipos de bibliotecas, pero que, sin embargo, ha sido soslayada por y del conocimiento bibliotecológico. Las razones de esto, como mostraré a lo largo de esta reflexión, son de orden histórico y cognoscitivo. De entrada esto deja también en evidencia una de las graves insuficiencias del campo bibliotecológico en su actual fase de constitución (anterior a la fase de autonomía determinada ésta por haber alcanzado el pleno estatus de científicidad), que muy bien puede caracterizarse como temor (miedo) al pensamiento abstracto, a la sistemática elaboración cognoscitiva abstracta de las múltiples prácticas que conforman el fenómeno bibliotecológico en conjunto.¹

La elaboración abstracta, que conlleva construcción conceptual y teórica de la diversidad de prácticas y objetos propios y definitorios del campo bibliotecológico, es vista como algo ajeno a la dinámica que día a día se lleva a cabo a todo lo largo de la actividad bibliotecaria; debido a que ella se ha estatuido en un quehacer orientado pragmáticamente y cuya sustentación cognoscitiva, sobre lo que se ahondara más adelante, se funda en la funcionalidad técnica de raigambre empirista o, en su mejor vertiente, positivista. Esto ha dado la seguridad psíquica y cognoscitiva a la mayoría de los integrantes del campo, por lo que la construcción abstracta es rechazada de múltiples maneras, incluso apelando a la violencia simbólica. De ahí la extrañeza que puede generar entre el gremio al hablar de Biblioteca como una sistemática construcción abstracta y configurada conceptualmente de manera integral. Situación que se torna imperioso subsanar para evitar el estancamiento o regresión del campo. Lo que por otra parte da la pauta para comprender el marco en que se desenvuelve esta reflexión que oscila en la interacción de la Biblioteca y la biblioteca, esto es, entre la propuesta abstracta y su *continuum* con-

1 Esta cuestión la desarrollo de forma amplia y sistemática en otro texto, por lo que aquí sólo se enuncia tal problemática, aunque por supuesto está inextricablemente relacionada con el tema, el problema central que aquí se pretende dilucidar. Así que la cuestión del miedo a la abstracción en el ámbito bibliotecológico trabaja como un supuesto de lo que se ventila en esta reflexión.

creto y viceversa de lo concreto a su continuación en lo abstracto. Por lo que obviamente cuando me refiera a la esfera abstracta del fenómeno bibliotecario se hará con mayúscula: Biblioteca, y cuando me refiera a lo concreto se hará con minúscula: biblioteca.

La biblioteca no nos ha dejado pensar la Biblioteca; asimismo esta premisa inicial significa que la biblioteca concreta, en su manifestación extrema: particular y específica se ha convertido en una barrera que nos impide la elaboración abstracta de la Biblioteca. O para decirlo de manera más técnica: la biblioteca se ha estatuido en un *obstáculo epistemológico* para la construcción teórica de la Biblioteca. Lo que deja más claramente en evidencia el hiato existente en la actual fase de constitución del campo bibliotecológico entre lo concreto y lo abstracto, entre lo práctico y lo teórico que se presenta en el proceso de conocimiento. Lo que redundará en el ahondamiento de la fisura entre investigación básica e investigación aplicada, dualidad que en sí misma es un falso problema. Sólo hay investigación si adjetivos y es aquella que se desenvuelve como un *continuum* bidireccional entre lo teórico y lo práctico. Pero al referirme al concepto de obstáculo epistemológico implícitamente estoy dejando entrever la raigambre cognoscitiva que sirve de sustentación a la reflexión aquí emprendida: la epistemología constructivista de Gaston Bachelard. Asimismo como complemento y refuerzo explicativo al concepto de obstáculo epistemológico bachelardiano haré uso del concepto de *representación social* redefinido y desarrollado por Jean-Claude Abric y su equipo de investigadores sociales.

La hipótesis de partida para continuar esta reflexión puede enunciarse así: la creación y desenvolvimiento de la biblioteca pública estableció la orientación cognoscitiva que habría de seguir el campo bibliotecológico, orientación signada por una inercia empírica y pragmática, la que se encuentra articulada y tensionada por el *desideratum* técnico. Lo que ha dado lugar a una acumulación y excedente de conocimiento y con ello a propiciado la conformación del obstáculo epistemológico, el cual ha conducido al campo al límite de su fase de constitución.

II

Es de acotarse que el concepto de obstáculo epistemológico, junto con el de ruptura epistemológica, es central y determinante en la concepción cognoscitiva del gran epistemólogo francés Gaston Bachelard. Por lo que antes de entrar a su explicación que nos permitirá comprender su instrumentalidad en la reflexión bibliotecológica, es pertinente hacer una somera descripción de la epistemología bachelardiana para así comprender su función estratégica.

Para este epistemólogo galo la ciencia en su desenvolvimiento ha recorrido varias fases que han conducido en la actualidad hasta lo que denomina *le nouvel esprit scientifique*. Así la ciencia ha recorrido el largo y sinuoso camino que va de la fase precientífica, pasando por la fase científica hasta llegar al nuevo espíritu de la ciencia, que es la fase de completa y plena científicidad. Cada una de ellas se caracteriza cognoscitivamente por sus sucesivas aproximaciones a la realidad. Aproximaciones que implican mayor elaboración abstracta, esto es, conceptual y teórica. Por lo que cada una de tales aproximaciones se ha consumado a partir de llevar a cabo una ruptura epistemológica respecto a la precedente aproximación. Aunque más exactamente cabe subrayar que la ruptura epistemológica se realiza sobre los elementos empíricos, fácticos que aún priman y hasta determinan el desenvolvimiento cognoscitivo de la anterior aproximación de la ciencia hacia la realidad. Ahora bien, la ruptura epistemológica no es un momento del proceso cognoscitivo que se realice de manera espontánea: imprevisible y automática, muy por el contrario, es prevista y preparada por la gestación del obstáculo epistemológico. De hecho la ruptura epistemológica busca superar el obstáculo epistemológico que se presenta en el desenvolvimiento cognoscitivo de una ciencia en su tránsito de una aproximación hacia otra. De esta forma la racionalidad científica rectifica sus propios errores precedentes.

Por su parte el obstáculo epistemológico tiene una estructura y una lógica de despliegue que es lo que interesa conocer para llevar a cabo su instrumentalidad en la propuesta de reflexión bibliotecológica que aquí se pretende emprender. En su libro *La formación del*

espíritu científico Bachelard como en ningún otro lugar de su obra multiforme fundamenta y desarrolla ampliamente el concepto de obstáculo epistemológico. De hecho el libro es un amplio recorrido por las múltiples manifestaciones que ha tenido el concepto a lo largo de la historia de la ciencia en la era moderna. Concepto o, mejor aún, fase del conocimiento que es caracterizada así desde el inicio del libro por Bachelard:

Cuando se investigan las condiciones psicológicas del progreso de la ciencia, se llega muy pronto a la convicción de *que hay que plantear el problema del conocimiento científico en términos de obstáculos*. No se trata de considerar los obstáculos externos, como la complejidad o la fugacidad de los fenómenos, ni de incriminar a la debilidad de los sentidos o del espíritu humano: es en el acto mismo de conocer, íntimamente, donde aparecen, por una especie de necesidad funcional, los entorpecimientos y las confusiones. Es ahí donde mostraremos causas de estancamiento y hasta de retroceso, es ahí donde discerniremos causas de inercia que llamaremos obstáculos epistemológicos. El conocimiento de lo real es una luz que siempre proyecta alguna sombra. Jamás inmediata y plena. Las revelaciones de lo real son siempre recurrentes. Lo real no es jamás “lo que podría creerse”, sino siempre lo que debiera haberse pensado. El pensamiento empírico es claro, inmediato, cuando ha sido bien montado el aparejo de las razones. Al volver sobre un verdadero estado de arrepentimiento intelectual. En efecto, se conoce *en contra* de un conocimiento anterior, destruyendo conocimientos mal adquiridos o superando aquello que, en el espíritu mismo, obstaculiza a la espiritualización.²

Procederé a desmenuzar y explicitar la caracterización del concepto bachelardiano, para luego emprender su crítica. Especificando la visión que vertebra esta definición, puede decirse primeramente que Bachelard se orienta por una concepción psicológica del conocimiento científico. De ahí que el subtítulo del libro en el que viene plasmada tal definición sea *Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*; es de suma importancia señalar esto porque so-

2 Gastón Bachelard, *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*, México, Siglo XXI, 2004, p. 15.

bre ello emprenderé principalmente la crítica de la epistemología bachelardiana y en particular del susodicho concepto.

Señalada la sustentación psicológica de tal epistemología, Bachelard completa su aserto afirmando que por lo mismo se descartan todos aquellos factores externos que no forman parte de la interioridad psicológica del proceso de conocimiento, aunque mejor cabe decir, de la racionalidad científica. Así una vez que ha sido aislado de adherencias externas el acto de conocer, nuestro epistemólogo muestra que es precisamente en el despliegue del conocimiento que aparecen los obstáculos, esto es, que es generado por el propio desenvolvimiento cognoscitivo. La racionalidad al avanzar en su conocimiento de la realidad, lo cual debe entenderse como lo real que viene a ser una construcción pensada, propicia errores de comprensión que gradualmente se van acumulando y acaban por convertirse en un obstáculo que traba el conocimiento tornándolo más lento y hasta regresivo. Sólo superando ese obstáculo epistemológico es que puede seguir adelante el conocimiento científico. Ahora bien, ésta caracterización que hace Bachelard del concepto deja en la sombra aspectos más puntuales que son los que permiten una mejor legibilidad de su organicidad y lógica de despliegue, por lo que es menester explicitarlos.

Antes que cualquier cosa debe quedar claro que obstáculo epistemológico de ninguna manera puede entenderse como simple dificultad, bloqueo del sistema de pensamiento o, en el peor de los casos, como vacío de conocimiento. Muy por el contrario puede comenzar por decirse que es producto de un exceso de conocimiento disponible, correspondiente a la fase de aproximación hacia la realidad en que se encuentre la ciencia. Por lo que más que una dificultad es una facilidad cognoscitiva. Particularizando: cuando alguna de las ciencias inicia su aproximación cognoscitiva hacia la realidad genera conocimientos que cada vez se incrementan y acumulan. Hasta que acaba por conformarse una estructura de conocimientos que en cierto modo llega a ser considerada como la necesaria, si no es que definitiva, para responder a los requerimientos cognoscitivos de tal ciencia. Llegada a este punto su desenvolvimiento se torna más lento. Pero a semejanza de un iceberg esto sólo es la pequeña porción

que sobresale del nivel del mar, mientras la mayor parte del problema del obstáculo epistemológico se encuentra oculto.

Una vez que la racionalidad científica ha estatuido un conocimiento orgánico, sistemático y que responde fácilmente a sus necesidades ya no busca construir nuevos conceptos. Se conforma con los ya anteriormente establecidos, que incluso le brindan la certeza de que expresan y dan explicación a las regularidades de los fenómenos de la realidad que son el objeto de conocimiento de cada ciencia. Regularidades que por supuesto no son lo mismo que reglas, puesto que éstas últimas son construcciones racionales que tienen que ser reconfigurados ante cada nueva disposición cognoscitiva. Las regularidades se acomodan a los estancamientos de la razón, cuando ésta ha desmantelado su sentido crítico y creativo. Las respuestas se tornan inmediatas y fáciles. El pensamiento se acuna en la comodidad, hace mayormente explícita su recurrencia a la opinión. La ciencia entregada a la inercia de la comodidad de las respuestas estatuidas puede deslizarse hacia la recurrencia de un pseudoconocimiento fundado en la opinión. Por lo que para evitarlo se debe mantener un sistema de vigilancia que le permita acabar con semejante enemigo del conocimiento científico, como lo subraya Bachelard:

La opinión *piensa mal*; no piensa; *traduce* necesidades en conocimientos. Al designar a los objetos por su utilidad ella se prohíbe conocerlos. Nada puede fundarse sobre la opinión; ante todo es necesario destruirla. Ella es el primer obstáculo a superar.³

Ahora bien, el peligro de fondo que hay en la opinión es que en ella se agazapa el pensamiento empírico. Pensamiento que se alimenta de la experiencia inmediata, fáctica. Y en cuanto tal es aquello en lo que puede creerse, de ahí que su canal de expresión sea la opinión. El espacio empírico fue el caldo de cultivo donde surgió la ciencia, pero ésta se constituye como ciencia en la medida que se distancia cada vez más de la experiencia empírica. Pero la persistencia de lo empírico, que le hace recordar a la ciencia su origen, se hace presente, se filtra de manera subrepticia cuando la racionalidad cien-

3 *Ibid.*, p. 16.

tífica deja de perseverar en el pensamiento abstracto para deslizarse en las facilidades de las respuestas estatuidas. Incluso, argumenta Bachelard, no es del todo extraño que en consonancia con el pensamiento empírico hagan acto de presencia en el proceso cognoscitivo una cauda de sentimientos e instintos recubiertos de imágenes:

Como se ve, no titubeamos en invocar los instintos para señalar la cabal resistencia de ciertos obstáculos epistemológicos (...) Cuando el conocimiento empírico se racionaliza nunca se está seguro de que los valores sensibles primitivos no afecten a los raciocinios. De una manera muy visible puede reconocerse que la idea científica demasiado familiar se carga con un concreto psicológico demasiado pesado, que ella amasa un número excesivo de analogías, imágenes, metáforas, y que poco a poco pierde su *vector de abstracción*, su afilada punta abstracta.⁴

Aunque Bachelard está lejos de elaborar una teoría de las representaciones al interior del proceso de conocimiento científico, da pábulos para discernirla. Al margen de que más adelante explicaré el fundamental papel de las representaciones, puede decirse en este momento que esa cauda de analogías, imágenes y metáforas que plasman una instintualidad puedan caracterizarse como un tejido de factores cognitivo-sensoriales-afectivos que son las representaciones. Ellas hacen que quienes llevan adelante el proceso de conocimiento conformen una representación de su objeto de conocimiento nimbada de elementos sensoriales, sentimentales y cognitivos, lo que determina el accionar de la práctica específica que se orienta hacia el objeto. La representación torna más denso el entramado del obstáculo epistemológico.

Por otra parte cada aproximación de la ciencia hacia la realidad se define por una mayor elaboración abstracta, que reduce progresivamente la presencia de lo empírico, para configurar un conocimiento sustentado sistemáticamente en conceptos unívocos y teorías cada vez más precisas y rigurosas. Para llevar a cabo esa completa construcción conceptual y teórica del objeto de conocimiento, sin la intervención empírica, la racionalidad científica ha de retomar la senda

⁴ *Ibid.*, p. 17.

del planteamiento de problemas, hacer del proceso de conocimiento una trayectoria signada por la *problematicidad*:

Ante todo es necesario saber plantear los problemas. Y dígase lo que se quiera, en la vida científica los problemas no se plantean por sí mismos. Es precisamente este *sentido del problema* el que vincula el verdadero espíritu científico. Para un espíritu científico todo conocimiento es una respuesta a una pregunta. Si no hubo pregunta, no puede haber conocimiento científico. Nada es espontáneo. Nada está dado. Todo se construye.⁵

El obstáculo epistemológico no es un objeto sino una fase en el proceso de conocimiento y que es producido, en el entender de Bachelard, por la propia racionalidad científica porque el pensamiento es una herramienta necesaria y a la vez fuente de errores. A ella misma corresponde superar el obstáculo epistemológico, cuya acumulación de errores⁶ está indicando la necesidad de llevar a cabo la ruptura epistemológica con la presente aproximación, para transitar a la siguiente aproximación cognoscitiva hacia la realidad, en la que sean rectificadas los anteriores errores. Para ello la racionalidad científica ha de salir de la facilidad que le ha dado el conocimiento acumulado, facilidad que ha redundado en respuestas inmediatas y sin cuestionamiento, planteando problemas, haciendo del proceso de conocimiento un movimiento problemático, que permita remover los conceptos desgastados (que por lo mismo se han vuelto multívocos) para elaborar nuevos conceptos y teorías que conduzcan a la construcción abstracta del objeto u objetos de conocimiento de cada ciencia, para alcanzar con ello la plena científicidad definitoria del nuevo espíritu científico.

Pero la epistemología de Bachelard, crítica y propositiva, adolece de claroscuros, por lo que es pertinente evidenciarlo aunque sea brevemente, para hacer más viable su instrumentalidad en el campo bi-

5 *Ibid.*, p. 16.

6 De ahí que Bachelard argumente que el error más que ser un factor negativo que se debe negar o dejar de lado como una falla del conocimiento, es un elemento positivo que forma parte inalienable del conocimiento. Por eso en sí mismo es una entidad que ha de ser un objeto de conocimiento

bliotecológico. La epistemología bachelardiana es conocida también como *racionalismo aplicado*; a diferencia del racionalismo clásico el de Bachelard adquiere un sesgo distintivo al encontrarse tensionado y dirigido hacia su aplicación, lo que se traduce en la construcción de lo real por mediación de los objetos técnico abstracto-concretos. Objetos científicos que aúnan la dimensión intelectual con la esfera práctica y transformadora en el proceso cognoscitivo de la ciencia. Pero esto no puede soslayar el hecho de que su base de sustentación sigue siendo el racionalismo. Lo que de una u otra forma implica que todo el proceso de conocimiento se lleva a cabo en el interior del pensamiento. La realidad por sí misma no tiene consistencia, sólo adquiere sentido en la medida que es una entidad construida por el pensamiento: lo real es aquello que debiera haberse pensado. Las contradicciones que surgen en el desenvolvimiento cognoscitivo de la racionalidad científica no son producto de la dinámica y resistencias que ofrece la realidad, el objeto de conocimiento *per se*, sino insuficiencias que tienen su origen en el propio pensamiento.

Todo lo cual explica porqué el obstáculo epistemológico es una fase del desenvolvimiento cognoscitivo de la racionalidad científica producido por un exceso de conocimientos, que generan facilidad de respuestas. Lo que se traduce en, para decirlo fácil, en conformismo cognoscitivo. El pensamiento se atiene a los conceptos ya previamente establecidos por él mismo. Y es el propio pensamiento el que sale de esa *autoinercia* cuando restablece la dialéctica interna entre el obstáculo y la ruptura epistemológica para así rectificar sus errores.

Si bien es cierto que el racionalismo aplicado en el terreno de las ciencias naturales o exactas puede minimizar esta limitante propia que lo restringe a un mero proceso interno del pensamiento debido a los objetos de conocimiento característicos de tales ciencias, en cambio ese agravante se torna ostensiblemente limitativo en el ámbito de las ciencias humanas y sociales. En este tipo de ciencias es más complicado apelar a un proceso interno de construcción de la realidad porque el mismo sujeto cognoscente forma parte de esa realidad, de hecho es *su* más propia y definitoria realidad. De esa realidad social y humana forma parte y ella lo forma. De ahí que sea una realidad que para conocerla se la deba de considerar en su plena concreción por sí misma. La

construcción cognoscitiva de la realidad ha de considerar a ésta en su y con su cabal consistencia concreta. La cual por lo mismo tiene una dinámica propia de diversa índole, por ejemplo la dimensión histórica, que conforme cambia y evoluciona ofrece múltiples resistencias que pueden pasar a formar parte de los obstáculos epistemológicos en consonancia con los obstáculos que el pensamiento por sí mismo propicia. Esto significa que la clase de dialéctica que se ha de restablecer en la epistemología de Bachelard es entre el pensamiento y la realidad, entre la racionalidad científica y sus objetos de conocimiento concretos: en este caso la concreción humana y social. Esto sólo puede ser así si queremos hacer viables los aportes positivos de tal epistemología en su instrumentalización en el campo bibliotecológico. Lo cual se hace doblemente afirmativo si consideramos el hecho de que la bibliotecología es una ciencia que se estatuye como un cruce de caminos entre las ciencias humanas y las ciencias sociales. Las señas de identidad de la bibliotecología son las de una ciencia que conjuga las esferas humana y social.

De esta manera ahora se puede emprender la reflexión que permita hacer legible el problema que aquí se busca discernir: por qué la biblioteca se ha convertido en un obstáculo epistemológico que no nos ha dejado pensar la Biblioteca. En otros términos: por qué la práctica concreta, inmediata, particular ha imposibilitado llevar a cabo la construcción conceptual y teórica de la Biblioteca; siendo que esta última tendría que ser el factor determinativo y de referencia *sine qua non* para realizar los modelos de una tipología de las diversas bibliotecas, que a su vez convertidas en objetos técnicos abstracto-concretos encontrarían realización en cada biblioteca específica, como por ejemplo las particulares y concretas bibliotecas nacionales, universitarias, públicas, etcétera.

III

Jean-Claude Abric y su equipo de investigadores sociales han conformado una innovadora teoría de las representaciones sociales, que muy bien puede dar explicación del problema de la idea de servicio, inalienable y sustancial de la biblioteca pública. Para lo cual sólo haré

una muy breve y esquemática descripción de tal teoría. Lo innovador de semejante teoría de las representaciones radica en primera instancia en que rompe con la distinción clásica entre sujeto y objeto; para estos teóricos no hay distinción entre los mundos exterior e interior del individuo o del grupo. Así el objeto es prolongación del comportamiento, actividades y normas de los sujetos, el estímulo y la respuesta son indisociables, forman un conjunto. El objeto sólo *es* y *existe* para los individuos y en relación con ellos. Ante esto se deduce que no existe en cuanto tal la realidad objetiva, puesto que toda realidad es representada, la cual se apropian y reestructuran los individuos, por lo que para ellos constituye la realidad misma. Así la representación se configura como una visión funcional que posibilita a los individuos conferir sentido a sus conductas, así como entender la realidad por mediación de su propio sistema de referencias y adaptar y definir de este modo un lugar para sí. Por lo mismo resulta que la representación no es un simple reflejo de la realidad, sino una organización significativa, que concurre a la construcción de una realidad común para un conjunto social. Este es otro elemento innovador de tal teoría, la representación es una guía para la acción; como lo explica Abric:

La representación funciona como un sistema de interpretación de la realidad que rige las relaciones de los individuos con su entorno físico y social, ya que determinará sus comportamientos o sus prácticas. Es una *guía para la acción*, orienta las acciones y las relaciones sociales. Es un sistema de pre-decodificación de la realidad puesto que determina un conjunto de *anticipaciones y expectativas*.⁷

Lo que permite que las representaciones sociales puedan llevar a cabo su función de guía para la acción es la articulación de los elementos que la constituyen. Esos elementos son de heterogénea índole, que seccionados pueden parecer contradictorios entre sí pero conjuntados tienen un dinamismo que les da constancia y unidad. Tales elementos son informaciones de diversos tipos: creencias de

7 Jean-Claude Abric, "Las representaciones sociales: aspectos teóricos" en Abric, J-C. (dirección). *Prácticas sociales y representaciones*. México, Ediciones Co-voacán, 2004, p. 13.

amplio espectro, opiniones que van desde lo coherente hasta lo irracional y actitudes al propósito de un objeto dado. En suma es la conjunción de elementos cognitivos, sensoriales y afectivos; que en definición sociológica es una *construcción sociocognitiva* que tolera e integra contradicciones aparentes y que produce razonamientos que aparecen como ilógicos e incoherentes. Para que este magma de elementos pueda ser funcional se articula en una estructura que los jerarquiza estableciendo entre ellos relaciones que conjugan la significación y el lugar que ocupan en el sistema de representación. La forma en cómo se estructuran los elementos constitutivos de la representación es: un núcleo central y elementos periféricos. El primero es el centro a partir del cual se organiza la representación y que es definido así por Abric:

Toda representación está organizada alrededor de un núcleo central. Este es el elemento fundamental de la representación puesto que a la vez determina la significación y la organización de representación. El núcleo central –o núcleo estructurante– de una representación garantiza dos funciones esenciales:

Una función generadora: es el elemento mediante el cual se crea, se transforma, la significación de los otros elementos constitutivos de la representación. Es por su conducto que esos elementos toman un sentido, un valor.

Una función organizadora: es el núcleo central que determina la naturaleza de los lazos que unen, entre ellos los elementos de la representación. Es, en este sentido, el elemento unificador y estabilizador de la representación.

Por otra parte tiene una propiedad. Constituye el elemento más estable de la representación, el que garantiza la perennidad en contextos movibles y evolutivos.⁸

El núcleo que se configura a partir de la articulación de las funciones generadora y organizadora, esto es, elemento propiamente central, generador, y que organiza al conjunto de la representación es la parte más estable, mientras que los elementos periféricos están permanentemente expuestos al cambio y son definidos así:

8 *Ibid.*, pp. 20-21.

Los elementos periféricos se organizan alrededor del núcleo central. Están en relación directa con él, es decir que su presencia, su ponderación, su valor y su función están determinados por el núcleo. Constituyen lo esencial del contenido de la representación, su lado más accesible, pero también lo más vivo y concreto. Abarcan informaciones retenidas, seleccionadas e interpretadas, juicios formulados al respecto del objeto y su entorno, estereotipos y creencias. Estos elementos están jerarquizados, es decir que pueden estar más o menos cercanos a los elementos centrales: próximos al núcleo, desempeñan un papel importante en la concreción del significado de la representación, más distantes de él ilustran, aclaran, justifican esta justificación. Si como lo pensamos, los elementos centrales constituyen la clave de bóveda de la representación, los elementos periféricos desempeñan también un papel esencial en la representación.⁹

La dinámica relacional que establecen el núcleo y la periferia es lo que determina la especificidad y el accionar de cada representación. Esto lleva a señalar que lo que marca la diferencia entre dos representaciones que tienen el mismo núcleo que son la organización que establecen con sus respectivas periferias. Asimismo pueden cambiar el orden de organización de los elementos periféricos lo que no redundaría en un cambio de la representación; mientras que un cambio en el núcleo da lugar a una transformación integral de la representación.¹⁰ Todo lo cual puede dar razón de cómo se alteran las representaciones que se hacen en un campo de conocimiento cuando éste pasa de una fase a otra de desenvolvimiento así, por ejemplo, cuando se pasa de la fase de constitución, aún precientífica o más exactamente en transición, a la fase de autonomía, plenamente científica. Esto

9 *Ibid.*, p. 23.

10 “Será en la representación el elemento que más resistirá al cambio. En efecto cualquier modificación del núcleo central ocasiona una transformación completa de la representación. Plantearemos así que la identificación de ese núcleo central permite el estudio comparativo de las representaciones. Para que dos representaciones sean diferentes, deben estar organizadas alrededor de dos núcleos centrales distintos. La simple identificación del contenido de una representación es pues insuficiente para reconocerla y especificarla. Es la organización de ese contenido que es esencial: dos representaciones definidas por un mismo contenido pueden ser radicalmente diferentes si la organización de ese contenido, y luego la centralidad de ciertos elementos, es distinta”. *Ibid.*, p. 21.

puede significar que la representación de la voluntad de servicio de las bibliotecas, predominante en la actual fase de constitución del campo bibliotecológico cambie en cuanto a sus elementos periféricos en la fase de autonomía, puede dar como resultado otra representación de la idea de servicio de la Biblioteca, que pudiera denominarse *racionalidad de servicio*, esto en consonancia con el estatuto que se define como teórico en el campo una vez alcanzada su conformación científica, autónoma.

IV

Si en algún momento de la milenaria historia de la biblioteca puede hablarse de *revolución* eso aconteció con el surgimiento de las bibliotecas públicas hacia mediados del siglo XIX. Y aunque la figura retórica de revolución ha sido desgastada y desvirtuada por su indiscriminado uso al ser aplicada a cualquier cosa o situación que entraña un cambio pretendidamente radical, en no pocos casos abrupto y hasta violento, para el objetivo aquí seguido sirve para mejor clarificación del mismo. Durante ese siglo la biblioteca siguió un desenvolvimiento que un tanto hiperbólicamente podría caracterizarse como lineal e inercial, esto es, “cansinamente normal”, y que sólo era sobresaltado por las periódicas destrucciones de acervos e instalaciones bibliotecarias.¹¹ Durante ese multiseccular recorrido la biblioteca depuró y precisó las funciones que se consideraban sustantivas para su funcionamiento y continuidad: reunir y preservar los acervos cada vez más ricos, en beneficio de una elite aristocrática o intelectual.

En cuanto a su concepción y estructuración funcional no hubo cambios radicales de ahí su desenvolvimiento lineal; pero además se conformaban esas bibliotecas según los vaivenes de la política o, en su variante, según los caprichos y necesidades suntuarias de monarcas, aristócratas o mecenas, de ahí que estuvieran entregadas a la inercia de las situaciones personales y contextuales. El conocimiento

11 Lucien X. Polastron. *Libros en llamas. Historia de la interminable destrucción de bibliotecas*. México, FCE-Libraría, 2007.

bibliotecario que se desarrolló a lo largo de todo ese vasto período histórico era de carácter eminentemente técnico, lo que en este caso implica fundado en la opinión de que habla Bachelard, esto es, pensamiento empírico que permitía la funcionalidad de sus aún limitadas prácticas bibliotecarias. En suma era un conocimiento claramente precientífico. Con eso bastaba para satisfacer su magra concepción de servicio; idea de servicio de suyo aún difusa y limitada. Todo este estado de cosas va a sufrir una transformación profunda con la revolución propiciada por la biblioteca pública.

Entre el cruce de las centurias XVIII y XIX se gesta ese movimiento telúrico que va a desembocar en el sismo revolucionario de la biblioteca pública a mediados del siglo XIX. En Inglaterra y los Estados Unidos se crean lo que es el antecedente directo e inmediato de las bibliotecas públicas: las bibliotecas de los *mechanics institutes* en el primer país, y las de las *mercantile libraries* a lo largo de la unión americana. A su vez ambas bibliotecas descienden de las bibliotecas parroquiales y de las asociaciones. En la medida que tales bibliotecas están destinadas para cubrir las necesidades de capas de la población que antes no tenían acceso a la información suministrada por las bibliotecas, se van a definir sus funciones, pero sobre todo con ellas comienza a precisarse el perfil de la idea de servicio como medular de la biblioteca pública.

El factor contextual eclosionador del surgimiento de la biblioteca pública, primeramente en los países anglosajones, fue el desarrollo de la sociedad industrial. La expansión social en sus múltiples órdenes fue instantánea e incontrolable: nuevas oportunidades y nuevos puestos laborales. Lo que va a redundar en el incremento de la demanda de información para la formación profesional, el ascenso social o la reconfiguración de comportamientos y mentalidades. Además la industrialización trajo aparejado el incremento de riqueza económica por lo que había los recursos para aumentar la producción de libros así como su compra, cuyo aumento de tirajes permitió una reducción en los costos unitarios. El estímulo de la disponibilidad de libros va a propiciar la aparición de nuevos lectores, distintos a los ya tradicionales sectores de lectores: familias aristocráticas, religiosas o profesionales de la cultura en sus múltiples modalidades.

Las clases populares demandaron instrucción, lo que vino aparejado con un redimensionamiento de la lectura, lo cual tenía que ser satisfecho por un nuevo tipo de biblioteca. Donde se llevó de forma más plena este movimiento bibliotecario fue en los Estados Unidos:

El establecimiento de las bibliotecas en Estados Unidos supuso un cambio radical en la función bibliotecaria. Las bibliotecas, a partir de entonces, ya no fueron consideradas como memorias del pasado y archivos de la sabiduría humana, sino como instituciones educativas, y como tales influyeron fuertemente en la conformación de la civilización norteamericana primero y en el resto de los países después, pues ellas, y las universitarias y escolares que se fueron desarrollando paralelamente dentro del mismo espíritu, elevaron el nivel cultural del pueblo, favorecieron su formación política y ayudaron a los individuos en su trabajo personal y en su lucha por el triunfo en la vida.¹²

Nunca antes la biblioteca había vivido una gesta de la magnitud que emprendió la biblioteca pública a partir de la segunda mitad del siglo XIX, llevada hasta sus últimas consecuencias en los Estados Unidos, para satisfacer las crecientes necesidades de información para una población en indetenible expansión, a la que de esa manera se buscaba redimir. Fue un movimiento bibliotecario como bien lo señala Hipólito Escolar: "(...) que surgió de abajo arriba, con un sentido verdaderamente democrático".¹³ Aquí se encuentra la honda significación de la revolución que produjo la biblioteca pública, que a contramarcha de toda la historia precedente de la biblioteca que iba de arriba hacia abajo y que era claramente antidemocrática este movimiento surgía impulsado por la propia sociedad, cuya fuerza motriz eran las clases populares. Bajo esa directriz que le dio origen a

12 Hipólito Escolar. *Historia de las bibliotecas*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1990, p 417.

13 "El movimiento bibliotecario surgió de abajo arriba, con un sentido verdaderamente democrático, en parte quizá porque los bibliotecarios norteamericanos estaban libres, a diferencia de los europeos, del peso de una larga tradición, y, en parte, porque la aventura era posible en la maleable sociedad norteamericana del siglo XIX, donde hombres decididos y con ideas originales podían crear grandes imperios, como, por ejemplo, Carnegie en la industria del acero, Morgan en la banca y Rockefeller en el petróleo. *Ibidem*."

la biblioteca pública ha seguido desenvolviéndose hasta nuestros días. Tal ha sido la sonoridad de su gloria y el silencio de sus limitantes, que acabaron por convertirla en un obstáculo epistemológico.

En consonancia con la aparición de la biblioteca pública en los Estados Unidos se dio la actividad de una generación de notables bibliotecarios, que pusieron las bases de la bibliotecología como ciencia. Ellos conformaron el basamento inicial de conocimientos sobre el que se levantó la organización y funcionamiento de la biblioteca pública;¹⁴ cabe destacar entre tales bibliotecarios por sus aportes cognoscitivos a la disciplina bibliotecológica los nombres de Charles Coffin Jewett (1816-1868) que redactó unos famosos programas de catalogación; Justin Winsor (1831-1897) se preocupó por descubrir las necesidades de los lectores y atenderlas; Charles Ammi Cutter (1837-1903) creó un sistema de clasificación, no desarrollado del todo, que fue parcialmente utilizado en la Biblioteca del Congreso; y Melvin Dewey (1851-1931) que fue un dinámico organizador y luchador de la causa bibliotecaria, pero además fue el creador del sistema de clasificación más extendido y empleado conocido como Clasificación Decimal Dewey, también estableció los primeros cursos de enseñanza bibliotecaria profesional. Aparte de ser el más conocido de los bibliotecarios de esa notable generación, la obra de Dewey, en sus diversas vertientes se significa por ser la culminación y síntesis del conjunto de conocimientos que todos ellos generaron. En la obra múltiple de Dewey se reflejan los alcances y limitaciones del conocimiento bibliotecológico en la fase inicial de su instauración como ciencia.

A diferencia de todo el largo período histórico previo de recorrido de la biblioteca que se sustentó en un conocimiento absolutamente técnico y empírico, ahora se emprendía el camino hacia la elaboración conceptual de lo empírico, aunque seguía teniendo un fuerte predominio la esfera técnica. De hecho, lo que llevó a cabo la men-

14 "Una serie de eminentes bibliotecarios unieron a su formación intelectual superior dotes organizativas, imaginación y fe en la perfección del hombre a través del conocimiento, al que se llegaba en una primera etapa por la enseñanza y posteriormente por el libro". *Ibidem*.

cionada generación de padres de la biblioteconomía¹⁵ fue la conjunción entre el entramado conceptual de lo empírico y la técnica, lo cual con el paso del tiempo generó ambigüedades y contradicciones, que contribuyeron a hacer de la biblioteca un obstáculo epistemológico: pero en ese momento no sólo era la más viable opción sino la única ante las necesidades que tenía que satisfacer la biblioteca pública. Esta institución nace bajo el signo de lo que defino como la *voluntad de servicio*, como se explica adelante con la cuestión de la representación.

Para todos aquellos bibliotecarios, la biblioteca pública encarnaba una nueva era por lo que se le atribuían importantes y variadas funciones, todas ellas conjugadas por la *idea de servicio a la sociedad*. De ahí que para que cumpliera de mejor manera esa misión de servicio tenía que reelaborarse el anterior conocimiento empírico acumulado de forma conceptual, el cual a su vez tenía que instrumentalizarse invariable y necesariamente por vía de la técnica para cubrir la cada vez más amplia necesidad de información de una sociedad de masas en expansión. Todo lo cual redundó en que la idea de servicio como esencia de la biblioteca pública se definiera plenamente, con lo que a su vez ella cohesionó sus funciones orientando así su actividad presente y su trayectoria posterior. Por otra parte tal idea de servicio por estar sustentada en la inmediata realización misional concreta y empírica se recubrió de representaciones, que acabaron por adicionarse a la conformación de la biblioteca como obstáculo epistemológico, como se explicará en detalle más adelante.

En suma, el gran logro y aporte de los bibliotecarios estadounidenses fue a nivel cognoscitivo conformar la base inicial de conocimientos de la bibliotecología como ciencia, así como estatuir la

15 Muy pertinentemente tiene que caracterizarse la nomenclatura de la disciplina en esa fase inicial de la disciplina como Biblioteconomía, puesto que en ese momento se instaura como una ciencia en marcada orientación administrativa. Incluso aunque en la actualidad se ha extendido la nomenclatura de Bibliotecología, aún sigue siendo un conocimiento administrativo en gran medida puesto que aún no ha alcanzado la plena científicidad que expresa el término bibliotecología. Pero este es un tema polémico que requiere de otro espacio propicio para desarrollarlo.

representación de la biblioteca pública que guiaría su accionar, todo lo cual iba a ser determinante para esta institución hasta nuestros días. Pero con ello no terminan los aportes de esa generación de bibliotecarios, su notable actividad también se desplegó en el ámbito organizativo y fundacional de otras instituciones y prácticas bibliotecarias:

Todos ellos tuvieron una participación muy activa en la creación y funcionamiento de la American Library Association o ALA, así como en el de la revista de los bibliotecarios norteamericanos, *Library Journal*, gracias a las cuales surgió, se unificó y se difundió el moderno pensamiento bibliotecario; se adoptaron técnicas comunes y se establecieron servicios de cooperación muy efectivos, que transformaron una serie de bibliotecas totalmente independientes y expuestas al aislamiento en una organización nacional, íntimamente entrelazada, que perseguía las mismas finalidades, utilizaba iguales medios y procedimientos, y, gracias a ellos también, se creó el servicio de préstamo interbibliotecario, que puso a disposición de todos los norteamericanos las inmensas colecciones bibliográficas guardadas en las bibliotecas de la nación. (...) eran conscientes del nacimiento de una nueva institución social, que precisaba nuevas técnicas, origen de una nueva disciplina, la biblioteconomía, a la que ellos llamaron *librarianship*, y una nueva profesión, la de bibliotecario, a la que debieron de dotar de una ideología e independizarla de la tutela de la enseñanza.¹⁶

Toda esta ingente actividad desarrollada en múltiples frentes por los bibliotecarios estadounidenses dio como resultado la gestación del campo bibliotecológico, iniciando así su fase de constitución. Ellos crearon asociaciones, revistas, la cooperación entre bibliotecas (estableciendo y unificando sus funciones y técnicas), centros de educación bibliotecaria profesional. Una vez creadas todas estas prácticas comienzan, cada una de ellas, su autodefinición así como sus interacciones mutuas, estableciendo el perímetro del campo dentro del espacio social. Este modelo fue exportado a otras latitudes, que según los contextos de cada país fue adaptado, esto es, según sus posibilidades de desarrollo o desde sus carencias.

16 H. Escolar. *Op. Cit.*, pp. 420-421.

La práctica que vino a consolidar al campo bibliotecológico en su fase de constitución fue la gestación de la práctica de investigación, lo cual ocurrió también primeramente en los Estados Unidos con la creación de la *Graduate Library School* (GLS) de la University of Chicago que en 1928 abrió sus puertas a los estudiantes. En las antípodas de la escuela de bibliotecarios fundada por Melvin Dewey en 1887 en la Columbia University, concebida por él como escuela meramente técnica,¹⁷ con la GLS se planteó la necesidad de que hubiera una escuela en que se emprendiera la investigación como generación de conocimiento fundamentado teóricamente. Con esto puede apreciarse cómo dos prácticas en el origen pueden encontrarse fusionadas: la educación y la investigación, aunque de hecho ésta última estaba supeditada a aquella, lo que muestra que en ese momento originario la investigación aún no llevaba a cabo su proceso de auto-definición, para luego interactuar con la enseñanza. El hombre que visionariamente le dio una orientación de investigación teórica a la GLS fue su segundo director Louis Round Wilson que así le imprimió su sello definitorio, como incluso quedó plasmado en los objetivos del programa escolar:

Como nuevo director, Wilson le dio a la escuela un marco filosófico y a la vez una estructura organizativa. La teoría y el método habrían de anteceder a la técnica; ciertamente el estudiante debía supuestamente haber recibido su primer año de educación profesional antes de ser admitido en la escuela de Chicago. Se alentaba y a veces obligaba a los estudiantes a tomar otros cursos profesionales en otras facultades. Las ofertas de cursos se ampliaban a las áreas que relacionarían la bibliotecología con el cambio social (...) Pero quizá la mayor innovación fue que por primera vez en la educación bibliotecaria la biblioteca fue considerada como un fenómeno social, y que a toda su investigación e instrucción se le dio un enfoque social. (...)

1. Desarrollar una teoría o filosofía de la bibliotecología.

17 “En la mente de Dewey, una escuela bibliotecaria significaba apenas algo más que un lugar eficiente donde pudieran enseñarse materias técnicas, y un centro desde el cual las personas entrenadas en técnicas normalizadas –especialmente en la clasificación de Dewey–, pudieran llegar a posiciones en las que diseminaran la doctrina de la práctica uniforme”. Jesse Shera. *Los fundamentos de la educación bibliotecológica*. México, CUIB-UNAM, 1990, p. 240.

2. Extender y aplicar la búsqueda de principios guías que fuera aplicables a las varias subdivisiones de la bibliotecología.
3. Capacitar a los estudiantes competentes para: (a) desempeñar sus actividades profesionales de acuerdo con estos principios y filosofía; (b) enseñar las varias ramas de la bibliotecología sobre esa base, y (c) efectuar investigaciones que contribuyeran a clarificar mejor los principios y métodos de evaluar la práctica bibliotecaria y a solucionar los problemas de una biblioteca.
4. Desarrollar en el estudiante una actitud crítica y experimental y a tener un punto de vista hacia la bibliotecología.
5. Promover las publicaciones.
6. Incrementar la efectividad educativa de la biblioteca.
7. Desarrollar una mejor comprensión de los medios para comunicar ideas a través de los impresos, la radio y el cinematógrafo.¹⁸

Como puede apreciarse en los puntos fuertes del programa escolar de la GLS están claramente perfiladas las líneas centrales de la investigación bibliotecológica, las que justo es decirlo despertaron grandes conflictos por el sesgo teórico que tenían. Como señala Jesse Shera (el teórico más conocido de la GLS) en las palabras supracitadas el programa de la escuela estaba concebido dentro de un marco filosófico que explicitaba que teoría y método habrían de privilegiarse por sobre la técnica. Esto era el anuncio de la tensión que iba a signar gran parte del desenvolvimiento de la fase de constitución del campo: técnica-funcionalidad vs. abstracción-teoría. Cabalmente como pugna se han manifestado ambas posiciones y no como un *continuum* bidireccional que conjuga los dos extremos. Con lo que quedaba sembrada la semilla del problema de la disyunción (o indefinición) entre ser un saber fundado técnicamente y por consiguiente enquistado en un estadio precientífico o en ser una ciencia plenamente científica. Lo que vendría ser asimismo la simiente de la que crecería el obstáculo epistemológico. Aunque era del todo natural que en ese momento la tendencia que predominó fue la técnica-pragmática porque era lo que el campo necesitaba durante su fase de constitución para desarrollarse y consolidarse; pero una vez que esa fase ha llegado a su límite, como lo estamos viendo y viviendo en

18 *Ibid.*, p. 249-250.

la actualidad, lo que fue anuncio con la GLS se torna ahora prioritario y necesario. Es hora de hacer la vindicación de la herencia teórica de la *Graduate Library School*. Pero en aquella ya lejana fecha la propuesta de la GLS fue atacada desde distintos frentes por todos aquellos que consideraban que el conocimiento bibliotecario no requería en absoluto de ese tipo de abstracciones para ser técnico y funcional, puesto que finalmente esa era su fundamento. Como tenemos muy bien presente en la actualidad aún esa controversia sigue más viva que nunca.¹⁹ De hecho esa es una de las manifestaciones de lo que anteriormente mencioné como miedo a la abstracción entre gran parte de los integrantes del campo y que ya desde ese momento trabajó para convertirse con el rodar del tiempo en factor de fortalecimiento del obstáculo epistemológico.

La práctica de la investigación era la que faltaba para darle un sustento más solidamente cognoscitivo al campo bibliotecológico y consolidar con ello su organicidad. Con la gestación de la investigación se redefine orgánicamente la racionalidad bibliotecológica, aunque desde el momento en que la GLS plantea la reconfiguración teórica, su despliegue cognoscitivo se encontró cruzado por el “principio de incertidumbre” respecto a su orientación: por un lado adecuarse necesariamente a una finalidad empírica y por el otro anhelar el sueño de la construcción teórica.²⁰ La gestación de la práctica de la investi-

19 “La Graduate Library School (GLS), se concibió en el disentimiento y ha vivido casi toda su vida en conflicto. Aún antes de la llegada de Wilson, los Estados Centrales se habían convertido en el terreno de batalla de las fuerzas que se oponían o ayudaban al cambio en el mundo bibliotecario, y la escuela fue el chivo expiatorio de todos aquéllos que ponían en tela de juicio la necesidad, y aún la existencia, de una ciencia de la bibliotecología. (...) El sentimiento general dentro de la profesión, sin embargo, estaba dirigido contra Chicago por el movimiento de la educación bibliotecaria que desalentaba el énfasis en la practica y fomentaba en ‘exceso la teoría’.” *Ibid.*, p. 251.

20 “La racionalidad teórica es la estrategia racional para alcanzar esta meta en la mayor medida posible, para maximizar la veracidad y alcance de nuestra representación mental del mundo (o de la parcela del mundo que nos interese). La racionalidad teórica es, pues, por un lado, una especialización más de la racionalidad y, por el otro, es el presupuesto de la búsqueda racional de las otras metas prácticas”. Jesús Mosterín. Lo mejor posible. *Racionalidad y acción humana*. España, Alianza, 2008, p.135

gación implicó que la racionalidad tomara conciencia de sí misma en cuanto a su capacidad cognoscitiva de conjugar los conocimientos de la diversas prácticas del campo, esto vino a ser factor impulsor decisivo en el despliegue de la fase de constitución. Pero es de subrayarse que el conocimiento producido por este tipo de racionalidad bibliotecológica durante esta fase se encuentra fuertemente signado por la directriz empírica.

Así el campo plenamente articulado desarrolló su fase de constitución a todo lo largo del siglo XX. Pero hacia el final de esa centuria y notoriamente en los albores del siglo XXI el campo bibliotecológico ha dejado en evidencia que ha llegado al límite de su fase de constitución, lo que implica plantearse la disyuntiva entre perseverar en seguir en la misma senda con todas las consecuencias negativas que eso conlleva o transitar a su fase de autonomía, para lograr su configuración como una ciencia plenamente científica. Uno de los factores determinantes que han conducido a ese punto límite del campo bibliotecológico fue el que la biblioteca se convirtiera en un obstáculo epistemológico.

La biblioteca pública, como ya se explicó, marcó con su impronta de una u otra forma a los diversos tipos de bibliotecas existentes. Pero también cognoscitivamente signó el desenvolvimiento del campo bibliotecológico en su conjunto. La generación de bibliotecarios estadounidenses que impulsó su nacimiento la acompañó con la elaboración de conocimientos que daban razón conceptual de su funcionamiento empírico y pragmático, esto es, revistieron con conceptos el conocimiento empírico que había acumulado durante siglos el quehacer bibliotecario. Con lo que estaban llevando a cabo la primera gran ruptura epistemológica de la historia bibliotecaria. Rompían epistemológicamente con una forma precientífica de conocimiento eminentemente empírico y técnico para dar un paso hacia la elaboración conceptual, lo que implica decir primera elaboración abstracta de ese conocimiento empírico densamente acumulado durante siglos. Lo que además significaba poner las bases de la ciencia bibliotecológica. A la par se configura una representación de la biblioteca pública cuyo núcleo es la voluntad de servicio. De hecho la esfera cognoscitiva y la esfera de representación interaccionan. Las

demás prácticas creadas paralelamente van a autodefinirse y desarrollarse en función de los supuestos cognoscitivos y de representación que establece la biblioteca pública. Cada una de tales prácticas produce conocimientos signados por esa orientación; lo que obviamente va a significar un incremento exponencial de los conocimientos así como una creciente acumulación de los mismos.

Con la aparición de la práctica de investigación todo ese cúmulo de conocimientos va a ser sistematizado dotándole de mayor refinamiento conceptual. Lo que también implicó incremento y acumulación de conocimiento. Es de subrayarse que tal sistematización conceptual del conocimiento bibliotecario siguió y sigue haciéndose bajo los mismos supuestos de revestimiento conceptual de lo empírico con que fue establecida la base inicial cognoscitiva del campo desde su origen, lo que entraña una base epistemológica de carácter positivista. Positivismo cognoscitivo que justo es decirlo se encuentra tan interiorizado en la conciencia de los integrantes del campo que actúa como un supuesto natural determinativo de los procesos de conocimiento. Tal orientación ha signado íntegramente el desenvolvimiento de la fase de constitución del campo. La sombra de la biblioteca pública de una u otra forma determina la producción de conocimiento y su incompleta elaboración abstracta. Y aunque ha habido una ampliación y diversificación del conocimiento ya no directamente determinado por la biblioteca pública, ésta a semejanza de un imán deja sentir la atracción de su magnetismo por todos los rincones del campo bibliotecológico. Nuevos objetos de conocimiento y nuevas prácticas han ido apareciendo conforme se desenvuelve el campo que amplían y acumulan el conocimiento, esto también en consonancia “contradictoria” con los requerimientos de la dinámica social que solicita tales objetos, pero la presencia de la biblioteca sigue estando presente en todo ello. Con lo que queda de manifiesto que la biblioteca sigue en gran medida marcando las pautas del desenvolvimiento del conocimiento bibliotecológico, así como del campo en su conjunto. En el distante año de 1952 un informe de la UNESCO daba el aval a las consideraciones críticas de Goldhor respecto al rezago teórico en las escuelas de bibliotecología respecto a la biblioteca: “(...) apoyaba a Herbert Goldhor en su acusa-

ción de que las escuelas de bibliotecarios estaban subordinadas a los practicantes de la profesión y seguían a la zaga a las bibliotecas en lugar de dirigir audazmente su propio curso. Las escuelas de bibliotecarios se habían contentado psicológicamente con seguir, en lugar de guiar”.²¹ Metafóricamente y de forma amplia, esto es, no sólo respecto a la educación bibliotecológica, puede decirse que la biblioteca ha sido la locomotora y el resto de las demás prácticas han pasado a ser los furgones, incluso la investigación es el furgón de cola, cuando debería ser totalmente al contrario. La investigación tiene que ser la guía, mientras que la biblioteca debe ser la que sigue a aquella, es la que tiene que ser guiada por la elaboración abstracta producida por la investigación.

V

Llegados a este punto es el momento de exponer el entramado de las líneas temáticas de los apartados precedentes. Lo que implica dar respuesta al decurso problemático sobre el que se ha desenvuelto esta reflexión.

Como ya se explicó ampliamente la biblioteca pública, gran momento de revolución en la historia bibliotecaria, surge en un momento y contexto específico y peculiar, el mundo anglosajón de mediados del siglo XIX. Una notable generación de bibliotecarios impulsó su fundación así como su desarrollo, a partir de reconfigurar los conocimientos acumulados a lo largo de la multiseular historia de al biblioteca; pero además gestaron la base de conocimientos propia y definitoria sobre la que se sustenta la biblioteca pública. Con todo ello estaban llevando a cabo la ruptura epistemológica con respecto al precedente conocimiento bibliotecario. Se abría así una nueva dinámica cognoscitiva que tenía que plantearse de manera problemática la nueva situación que ofrecía la biblioteca pública, la cual a su vez en ese momento producía toda una serie de problemas a los que había que hacer frente y que se disparaban en múltiples direcciones, no sólo de

21 J. Shera. *Op. cit.*, p. 253.

los procesos o prácticas de la biblioteca sino también externos que remitían a la necesidad de dar lugar a otras prácticas que complementaran y reforzaran a las internas. Por lo que los padres fundadores estadounidenses promovieron el surgimiento de esas prácticas externas a la biblioteca, como la creación de asociaciones y centros de enseñanza bibliotecarias. Con lo que a la par de gestar la ciencia bibliotecológica estaban conformando el campo bibliotecológico, que así iniciaba su fase de constitución.

Conforme la biblioteca pública se consolidaba tanto en lo funcional como en lo cognoscitivo, lo que se correspondía con su asentamiento social, se extendía por el mundo. Para acabar convirtiéndose en el modelo de biblioteca que marcaba las pautas de conformación y desarrollo de los demás tipos de bibliotecas; pero también signaba el rumbo de la producción de conocimiento de las múltiples prácticas del campo. Conocimiento determinativamente empírico y funcional pero revestido conceptualmente. Así la biblioteca con sus prácticas internas, que están predominantemente orientadas por el *desideratum* técnico (empírico y funcional) de servicio de información, va por delante guiando a todo el conjunto de prácticas de campo, marcando su correspondiente producción de conocimiento con sus propios requerimientos funcionales. Cada práctica conforme se depura y desenvuelve delineando así su perfil definitorio produce y acumula mayormente conocimiento de sí misma. De una u otra forma la multiplicidad de conocimientos que se amplían, diversifican y acumulan se remiten a la biblioteca cuya base de sustentación es empírica. Todos los caminos conducen a Roma. La biblioteca marca con su impronta las pautas y orientación cognoscitiva del campo. Todo lo cual va a significar el impulso definitivo para que la biblioteca se desarrolle y fortalezca alcanzando su más alto grado de eficiencia en los servicios que ofrece. Por lo que va hacer impensable la posibilidad de hacer de ella una entidad construida inicialmente de manera abstracta.

Al paralelo que se da todo este proceso se gesta la tensión que va a cruzar el desenvolvimiento del campo: entre la biblioteca y sus prácticas internas y el conjunto de prácticas externas que conforman el campo bibliotecológico. Mientras la biblioteca antigua se desenvolvió en solitario sin el entorno de las prácticas conformadoras de un

campo de conocimiento, obedecía a la inercia absolutamente empírica de sus prácticas internas sin necesidad de requerimientos conceptuales abstractos. Pero con la gestación del campo a la par de que se configura como una ciencia surge la racionalidad bibliotecológica que va a desplegarse en medio de tensiones: por una parte fundamentando la organicidad de la biblioteca para que cumpla con la mayor eficiencia y funcionalidad con la directriz de servicio; y por el otro lado da lugar a las prácticas externas que contribuyen a ampliar y consolidar las prácticas internas de la biblioteca con los conocimientos que ellas producen. Esto pone de manifiesto una tensión más profunda: entre darle un matiz abstracto, conceptual a las prácticas internas de la biblioteca y por otra parte que la producción de conocimiento de las prácticas externas esté signada con una cierta orientación teórica. Lo que termina dando por resultado la producción de conceptos y más ampliamente un conocimiento sustentado empíricamente pero con un revestimiento abstracto.

Este despliegue de la racionalidad bibliotecológica signado por las tensiones se va a acelerar y amplificar cuando surge la práctica de la investigación: ella lleva a cabo el procesamiento conceptual de lo empírico de cada práctica del campo, con lo que consolida los conocimientos por ellas producido. Esta elaboración y reelaboración conceptual de un conocimiento de clara raigambre empírica y técnica, incluso sustentado en una implícita epistemología positivista, se destina también a hacer de los servicios bibliotecarios en sus diversos componentes más eficiente y funcionales. Al quedarse la investigación estacionada en la faceta inicial de la elaboración abstracta por la fuerte y decisiva presencia empírica, frena el desenvolvimiento que debería continuar con la construcción de sistemas conceptuales, en los que la dimensión empírica habría de difuminarse, para configurar las teorías. Asimismo al quedar varada la investigación en la simple elaboración conceptual de lo empírico mantiene al campo en su fase de constitución y, por ende, deja estatuida a la ciencia bibliotecológica en un ambiguo estadio precientífico. La completa científicidad implica completa elaboración abstracta y plena construcción teórica, es lo que define la fase de autonomía de un campo de conocimiento. La racionalidad bibliotecológica va a quedar así en vilo ante la encrucija-

da que le exige la tendencia funcional empírica de la biblioteca y la necesidad de aspirar a la cientificidad que requiere un campo de conocimiento ya estatuido autonómicamente. Esto acaba resolviéndose precariamente con la elaboración de conceptos empíricos revestidos abstractamente. Lo que simboliza todo el cúmulo de tensiones que recorren el campo en su fase de constitución. Así la investigación va a ser la fuerza motriz que va a impulsar mayormente la producción, expansión y acumulación del conocimiento bibliotecológico, cuyo punto focal es la biblioteca. Lo que permite avizorar como la biblioteca se ha convertido en un obstáculo epistemológico.

Se recordará que para Bachelard los obstáculos epistemológicos son producto del propio desenvolvimiento cognoscitivo de la racionalidad en su avance de acercamiento a la realidad. Lo que propicia toda una serie de errores de comprensión, los cuales se acumulan convirtiéndose en un obstáculo epistemológico que traba el desarrollo del conocimiento. Por lo que el obstáculo epistemológico no es una dificultad sino, muy por el contrario, el resultado del exceso de conocimiento disponible, por lo que es una facilidad cognoscitiva que se da la racionalidad. Tal facilidad es indicadora de que los conocimientos acumulados han llegado a un punto en que se les considera definitivos, ya que se estatuyen como un conocimiento orgánico y sistemático que responde fácilmente a las necesidades cognoscitivas. Lo que redundando en que ya no se construyen nuevos conceptos, ateniéndose a los ya establecidos que ofrecen explicación y certeza de las regularidades de los fenómenos. Conceptos que finalmente dan respuestas inmediatas y fáciles. Y al caer el conocimiento en la comodidad abre la puerta a la opinión, que es el rostro cotidiano del empirismo.

Es claro que a lo largo del desenvolvimiento de la fase de constitución del campo bibliotecológico se ha dado el proceso de conformación del obstáculo epistemológico, cuyo centro de irradiación es la biblioteca, como ya se adelantó en todo el recorrido precedente, veámoslo ahora con detalle siguiendo específicamente la guía de Bachelard.

La racionalidad bibliotecológica, conforme se despliega a través de la multiplicidad de prácticas del campo, genera una amplia base de conocimientos que en la medida que se expande y acumula en exce-

so pierde su carácter problemático. Deja de desarrollarse el conocimiento a partir de plantear problemas, lo cual se corresponde con la consolidación que alcanza el desenvolvimiento de la biblioteca en cuanto a sus funciones sustanciales de servicio. Como ya se explicó la biblioteca va a marcar las pautas en cuanto al sentido y orientación de la producción de conocimientos del campo, de ahí que una vez que el conocimiento ha alcanzado una estructura orgánica y sistemática que responde a los requerimientos de la biblioteca, la racionalidad bibliotecológica depone los problemas, considera que son innecesarios porque en lo esencial ya han sido resueltos. Con ello se ha llegado al punto donde la racionalidad bibliotecológica considera haber accedido al conocimiento de las regularidades de los fenómenos y objetos bibliotecológicos. Regularidades que, hay que subrayarlo, obedecen en mayor medida a la sustentación técnica con que se les ha mediado y determinado. Esto redundaría en que los errores surgen a cada paso del recorrido cognoscitivo (y que deberían ser también un objeto de conocimiento porque tienen un rol fundamental en el proceso de conocimiento) sean evadidos o soslayados porque no se les quiere ver y mucho menos comprender. En ningún momento se plantea que los fundamentos sobre los que se levantan los conocimientos del campo sea errónea: esto se entiende porque la admisión del error atentaría contra la seguridad que brinda un conocimiento ya plenamente codificado y sistematizado, considerado definitivo que responde fácilmente a las necesidades cognoscitivas.

Al borrarse los errores ya no hay problemas. Así en el momento actual del campo el conocimiento ha dejado de ser un avance del pensamiento surcado de problemas, los cuales son el estímulo y fuerza motriz para descubrir nuevas rutas, territorios ignotos en los que aguardan verdades de la realidad por desentrañar. En un horizonte cognoscitivo del que se han expulsado los problemas sólo queda la llanura de las facilidades que dan respuestas ya hechas y codificadas, muy adecuadas para dar soluciones a las contingencias que se presentan en el desenvolvimiento del conocimiento bibliotecológico.

Una vez que se ha estatuido un conocimiento orgánico y seguro que responde cómoda y fácilmente a las necesidades cognoscitivas ya no se buscará construir conceptos diferentes o nuevos. Nos conformamos con los conceptos ya fijados y comprobados, puesto que dan respuestas inmediatas y fáciles a las situaciones inesperadas. Los conceptos pasan a ser herramientas seguras y confiables siempre a la mano que se utilizan para reparar las “averías” superficiales que ofrecen en algún momento los objetos de conocimiento bibliotecológicos. Por otra parte la consolidación de tales conceptos va a conducir a su inmovilidad, lo que significa su endurecimiento o, en otras palabras, su esclerosamiento y cuya acumulación las convierte en un arrecife difícil de sortear. Máxime que esa consolidación de los conceptos da razón de las regularidades que ha alcanzado el desenvolvimiento de los objetos de conocimiento de la bibliotecología, cuyo punto focal es la biblioteca.

En cuanto a la práctica de investigación bibliotecológica es la que da forma orgánica y sistemática a la producción de conocimiento del campo, con lo que lo estabiliza y consolida. Con ello acaba trillando en la senda de los conocimientos ya establecidos, ahondando su fundamentación funcional y técnica, cuyo soporte epistemológico es un positivismo anacrónico que se supedita a dar seguridad cognoscitiva, contra los riesgos de búsquedas nuevas y diferentes. Por lo que la producción de conocimiento de la investigación acaba por ser reiterativa y segura, que no se arriesga en la generación de conceptos distintos, más bien se busca la reelaboración y refundamentación de los conceptos establecidos característicos por su empirismo recubierto abstractamente. Apostar por la construcción de conceptos nuevos significaría apostar fuerte por una mayor y sistemática abstracción y, por ende, correr con decisión y valor la aventura de la construcción teórica amplia y completa. En suma, de esta manera, queda configurada la parte “dura” del obstáculo epistemológico en el campo bibliotecológico en su fase de constitución. Pero lo que le da su completa conformación al obstáculo epistemológico es el reforzamiento que adquiere con la representación de la biblioteca.

A Bachelard le horrorizaba en el interior de la ciencia la presencia de la opinión, porque implicaba dar a la esfera empírica pasaporte para circular libre en todos los terrenos de la ciencia. Lo que redundaba en que la ciencia detenga su desarrollo científico. De ahí que señalara la necesidad de establecer mecanismos de autovigilancia para detener o al menos limitar la presencia empírica en el proceso de conocimiento. Pero hay una dimensión que es más difícil de controlar para evitar el avance de lo empírico: son las representaciones que inevitablemente se hacen los miembros de un campo respecto a sus prácticas y objetos de conocimiento. Según el grado de desarrollo de una ciencia así se manifiesta la presencia e influencia de las representaciones en su desenvolvimiento cognoscitivo. En una ciencia que ha alcanzado su completo estatuto de científicidad la influencia de la representación es más restringida o, en todo caso, se encuentra mayormente acorde a la alta racionalidad científica. Por el contrario, en una ciencia que aún arrastra rezagos precientíficos, como es el caso de la bibliotecología, la representación tiene gran influencia al grado de que marca con su impronta empírica un conocimiento permeado por el factor empírico, veamos esto con detalle.

Como ya se expuso palabras atrás, Jean-Claude Abrie y su equipo especificaron que en la representación el objeto que la propicia sólo es y existe para los individuos, no hay separación entre sujeto y objeto sino identificación entre ambos, por lo que la realidad objetiva no existe en cuanto tal: sólo existe la realidad representada, de la que se apropian y reestructuran los individuos. La representación es, pues, una visión funcional que confiere sentido a las conductas, lo que implica que no es un mero reflejo de la realidad sino una organización significativa que contribuye a la construcción de una realidad pertinente para un específico conjunto social. Todo lo cual redundaba en que la representación cumpla con la fundamental función de ser una guía para la acción, esto lo lleva a cabo con base en la articulación de los elementos que la integran. Una representación, en esencia, es una amalgama de creencias, informaciones, opiniones, conocimientos de diversa índole y procedencia, así como de actitudes respecto al objeto representado. Todas estas heterogéneas entidades se articulan en un núcleo central (estable) y en elementos periféricos (cam-

biantes): según la dinámica de su interacción guían la acción de individuos o grupos sociales. Esta concepción de la representación permite comprender cómo la esfera empírica, que de múltiples formas marca su impronta al campo bibliotecológico en su fase de constitución, es apuntalada por la representación que de la biblioteca se hacen los integrantes del campo.

Al conocimiento generado y acumulado por la racionalidad bibliotecológica que ha terminado por hacer fácil, cómodo y reiterativo el desarrollo cognoscitivo del campo bibliotecológico hay que adicionarle la representación de la biblioteca, cuyo voluntarismo de servicio introduce toda una cauda de materiales sensoriales y afectivos que refuerzan los contenidos empíricos que recubren los conceptos. Recordemos que la biblioteca pública como fue concebida por los grandes bibliotecarios estadounidenses era un eficiente dispositivo de servicio y para el servicio de información a la sociedad. Esta idea de servicio, va a ser fundamental en la representación de la biblioteca pública. Todos esos bibliotecarios ocuparon importantes posiciones en las más grandes bibliotecas públicas de su país, por lo que, siguiendo la concepción de J. C. Abric, cumplían con la conjunción de sujeto-objeto, estímulo y respuesta eran indisociables entre ellos y la biblioteca. Los conocimientos que desarrollaron estaban en función del servicio que debía prestar la biblioteca pública. Lo que permitió la conformación bien perfilada de la idea de servicio. Por lo que en consonancia con ello la representación que se hicieron de la institución fue como dispositivo dirigido integralmente a servir y de manera análoga a la esfera cognoscitiva con una gran determinante empírica, que en esta instancia significaba que era un material fuertemente sensorial y afectivo. Lo que dio como resultado el voluntarismo de servicio. Que para efectos inmediatos fungía de guía para la acción, para la actividad pragmática y funcional que debía realizar la biblioteca socialmente. Así el núcleo central de tal representación de la biblioteca pública fue la *voluntad de servicio*. Y los elementos periféricos van a ser todas aquellas funciones específicas que se le atribuyen a este tipo de biblioteca: educación, entretenimiento, fomento a la lectura y, una muy cercana a la mentalidad americana de tales bibliotecarios, contribuir a la difusión y consolidación de los va-

lores democráticos, entre otras; lo que daba significación a su actividad bibliotecaria. Construyendo así una realidad pertinente para ellos: la realidad bibliotecaria. Todos estos elementos periféricos estaban transidos y revestidos de una fuerte carga afectiva, debido al sentido misional que se les atribuía, y con que se les ponía en acción. Parafraseando el título del famoso libro de José Ortega y Gasset, la *misión del bibliotecario* quedó determinada por la representación de la biblioteca como voluntad de servicio que guiaba la conducta de los bibliotecarios estadounidenses fundadores. Misión del bibliotecario que se convirtió en el *desideratum* que guiaría hasta la fecha la acción de los bibliotecarios en el mundo. El núcleo de la representación consistente en la voluntad de servicio se relaciona con los elementos periféricos indicados en la forma en cómo cada uno de ellos lleva a cabo el servicio que se le atribuye en beneficio de la sociedad. Por ejemplo, cómo la biblioteca pública sirve a la sociedad a través del fomento o la promoción a la lectura, en esa medida guía la acción misional de los bibliotecarios con lo que la representación cumple con su cometido. Lo que redundaba en que se considere que la biblioteca y con ella los bibliotecarios cumplen más que satisfactoriamente con su función, lo que va a contribuir a que la representación haga las veces de un velo que oculta problemas de fondo y no sólo de carácter epistemológico, sino de diversa índole, lo que hace que se incida incluso en el terreno ideológico, tema este último de complejas implicaciones, que ya será motivo para una posterior reflexión.

Así la representación de la biblioteca configurada por aquella generación de bibliotecarios fundadores con múltiples variantes será asimilada, continuada y reproducida según la realidad del país en el que se desarrolle el sistema de las bibliotecas públicas. Incluso será un mandamiento inviolable en la conciencia del bibliotecario. Pero sobre todo en la esfera epistemológica la representación, a semejanza de los dióscuros, aquellas deidades griegas gemelas que siempre se acompañaban y actuaban conjuntamente, ha seguido como una sombra los procesos cognoscitivos que se desarrollaban en el campo bibliotecológico a lo largo de su fase de constitución. El factor empírico que se despliega cognoscitivamente durante esta fase del campo es reforzado por la empiricidad que actúa en la representación. Con-

forme la racionalidad bibliotecológica produce y acumula conocimiento excedente, mayor es el refuerzo que le brinda la representación, con lo que las facilidades que ofrece tal conocimiento se incrementan y en el nivel de la acción inmediata y concreta de los bibliotecarios todo se torna más accesible y fácil. Con ello el obstáculo epistemológico alcanza su densidad integral. Lo que por dondequiera que se le vea da la impresión de que todo lo referente al campo, y en particular las bibliotecas, actúa funcionalmente: un conocimiento (epistemología) funcional que encuentra cauce en un accionar (representación) funcional que además cumple satisfactoriamente con la misión de servicio, así lo avalan. Pero incluso también va en sentido inverso: la acción funcional dirigida por la representación del bibliotecario repercute en la elaboración epistemológica del conocimiento configurándolo funcionalmente y todo ello signado empíricamente, aún por sobre el revestimiento conceptual.

El funcionalismo, entiéndase como la eficiencia que hace un empleo utilitario de las relaciones entre prácticas y objetos, que en el caso de la bibliotecología tiene un influyente sustrato técnico, da lugar a la creencia entre los integrantes sobre la estabilidad y coherencia del desenvolvimiento del campo bibliotecológico en su actual fase. Lo que redundaría en que su visión de ese desenvolvimiento esté determinada por la continuidad y perseverancia ilimitada del actual estado de cosas. Por lo que el cambio no tiene cabida en tal visión; mucho menos pensar que el cambio es una necesidad radical una vez que se ha llegado al límite de la fase de constitución del campo. Tal creencia a su vez tiene una vertiente psicológica, que es así expresada por una gran parte de los miembros del campo, que se despliega en la esfera de las actividades cotidianas que día a día se llevan a cabo a todo lo largo y ancho del campo y que es expresada de manera natural e inmediata con la opinión común y sintomática: “estamos bien” y “vamos bien”, “por lo que no requerimos cambios de fondo”. Esta opinión hace las veces de divisa entre la comunidad bibliotecológica para afirmar su cohesión y seguridad respecto al desenvolvimiento de sus prácticas, así como a la unidad y estabilidad de los objetos bibliotecológicos en que se afana cotidianamente. Por otra parte, semejante opinión común es susceptible de ser traducida cognoscitivamente como: “estamos seguros con el

conocimiento tal como lo concebimos y producimos, así que nada nos falta”. “Por lo que para seguir siendo eficientes en los servicios bibliotecarios no requerimos gran cosa, o sólo una breve fracción necesaria para ser más eficientes, de la abstracción o de teorías: es más, un exceso de teoría puede acabar perturbando la eficiencia. Todo lo cual no ha obstado para que cumplamos funcionalmente con nuestra misión de servicio”.

Es indudable que tales opiniones son el mejor indicador para medir la extensión y densidad a que ha llegado el obstáculo epistemológico en el límite de su fase de constitución. Aunque con mayor rigor cabría decir que el obstáculo epistemológico ha marcado y conducido al campo a ese límite. Lo que por otra parte pone en evidencia la complejidad de las continuidades entre la esfera cognoscitiva y las prácticas, incluso en su nivel de actividad más inmediata y concreta. Así, lo que aparentemente se mueve y desarrolla en la inmarcesible esfera epistemológica por múltiples canales y transformaciones encuentra cauce y expresión en las actividades cotidianas y concretas de los miembros del campo. Por lo que la mejor prueba de la acumulación y exceso de conocimiento disponible que torna fáciles e inmediatas las respuestas a las resistencias (problemas) que presentan los objetos y fenómenos propios de la bibliotecología son tales opiniones que se expresan al compás de la actividad cotidiana. La comodidad que da un capital de conocimiento excedente, claramente sistematizado y estable, da plena seguridad a los integrantes del campo para emprender día a día sus prácticas sin cuestionamiento, considerando así que todo está bien, que nada falta. Cuando la crítica sistemática y la autocrítica van desapareciendo del horizonte de un campo significa que el obstáculo epistemológico ha extendido su dominio sobre él para cubrirlo íntegramente. Por lo que desde los reductos de resistencia teórica se ha de emprender el cambio, es decir, la ruptura epistemológica.

En conclusión: en el momento en que se establece la biblioteca pública se genera la ciencia bibliotecológica, que viene a ser un conocimiento cuya base empírica se encuentra revestida conceptualmente. Era la forma de conocimiento que en ese momento mejor respondía a la orientación de servicio que instaura la biblioteca pú-

blica. Lo que va a dar lugar a la representación de la biblioteca como voluntad de servicio, lo que va a reforzar la orientación cognoscitiva preexistente. La biblioteca pública va a ser el factor impulsor de la conformación del campo bibliotecológico, el cual, tanto en sus prácticas como en su producción de conocimiento, va a estar determinado por las necesidades e inercias cognoscitivas de la biblioteca. Todo ese conocimiento generado por la racionalidad bibliotecológica se ha acumulado dando lugar a un excedente que facilita las respuestas con lo que se ha configurado el obstáculo epistemológico que ha llevado al límite de la fase de constitución al campo bibliotecológico. En suma, todo esto explica por qué la biblioteca no nos ha dejado pensar la Biblioteca.

Epílogo

Como ha quedado de manifiesto a lo largo del recorrido de esta reflexión el enfoque metódico que se ha seguido ha sido el de carácter problemático. Plantear una indagación a partir de los problemas que ofrece, en vez de evadirlos o apoyarse en las respuestas ya hechas: es un primer paso para comenzar a abrir brecha en el obstáculo epistemológico, puesto que su ariete es la crítica. Una vez que se ha elegido seguir una senda de carácter problemático se ha de tener claro que la salvación no puede ser un todo cerrado y concluido, muy por el contrario la solución es a la vez un nuevo problema. Así, para ser coherente, la respuesta que se dio al problema del por qué la biblioteca se ha convertido en un obstáculo epistemológico que no nos deja construir teóricamente la Biblioteca, ha de dar lugar a su vez a un nuevo problema, que no ha de ser de fácil y cómoda respuesta, sino de ardua y compleja andadura reflexiva. Problema que puede ser enunciado de esta manera: *¿Cómo pensar la Biblioteca para configurar las bibliotecas?* Problemática en vilo para una subsiguiente reflexión, baste en este momento sólo indicar las vías posibles sobre las que puede desplegarse esa reflexión.

Al propiciar el obstáculo epistemológico que el campo bibliotecológico encalle en el límite de su fase de constitución se torna necesario plantear la ruptura epistemológica, para así poderla llevar a cabo. Lo que por otra parte nos conduce a la problemática de cómo ha de emprenderse; lo que conlleva la plena asunción de la construcción abstracta que permita la elaboración de conceptos nuevos o, más exactamente, de sistemas de conceptos que vendrán a ser el sostén de la fundamentación teórica. Lo que obviamente implica la ineludible tarea de llevar a cabo sistemáticamente la construcción de conceptos y teorías que conduzcan a la construcción teórica de la Biblioteca. Lo que no implica necesariamente la elaboración de una teoría homogénea y omniabarcadora, cuya absolutidad e inmovilidad son una quimera inviable y por lo mismo contraproducente. Y si se llegara a esa instancia siempre ha de tenerse presente que la “Teoría de la Biblioteca” es una entre otras posibles y por lo mismo pasajera, que dará lugar a otra: lo que importa es su fundamentación teórica. A partir de la construcción teórica se podrán diseñar los *modelos* particulares y concretos de los múltiples tipos de bibliotecas: nacionales, públicas, universitarias, etcétera. Todo esto a su vez ha de redundar en la reconfiguración de la representación de la biblioteca cuyo núcleo no sea ya la voluntad de servicio inherente a la biblioteca, sino la racionalidad de servicio propia de la Biblioteca. La construcción teórica de la Biblioteca podría, por otra parte, aportar los elementos de base para conformar, como es por ejemplo el caso de México, el Sistema Nacional de Bibliotecas.

Una acotación final: es de subrayarse que cuando se habla de pensar la Biblioteca ello sólo puede significar que ese es un momento del despliegue del pensamiento, que viene de antes y se prolonga después de esa específica reflexión. José Ortega y Gasset en memorable aforismo sentenció: “La dialéctica es la obligación de seguir pensando”. Lo que el propio filósofo español explica como la incoercible necesidad del pensamiento de continuar su marcha dialéctica (que es sinónimo de movimiento intelectual) en torno al objeto de conocimiento, el cual consta de sucesivos escorzos que tienen que ser recorridos en una permanente reflexión, pero que una vez que ha sido conocido, el pensamiento pasa a otro escorzo y

después a otro... en una marcha permanente.²² De igual manera la Biblioteca obliga a un pensar siempre en movimiento hacia lo abstracto, pero además es pensamiento dialéctico en marcha que ha de conducir en el terreno concreto y práctico a una más sólida y mejor fundada construcción de las bibliotecas reales. Pero todo esto a su vez es una fase de un despliegue más amplio del pensamiento bibliotecológico: porque *la bibliotecología debe ser una ciencia ante la cual se está obligado a pensar*. Lo cual es todo lo contrario a ser una ciencia sólo fundamentada técnicamente y que es fundamentadora de técnicas orientadas funcionalmente. Pensar la bibliotecología es la senda que conduce a su instauración como un conocimiento plenamente científico, dentro del cual la construcción teórica de la Biblioteca es un escorzo. Así, pues, la guía para recorrer ese camino está señalada: *pensar la bibliotecología*.

22 J. Ortega y Gasset, *Origen y epílogo de la filosofía*, México, FCE, 1977.

La encucijada: ruptura epistemológica
y campo bibliotecológico

I

Un campo de conocimiento a lo largo de su desenvolvimiento histórico sufre cambios que gradualmente lo van transfigurando, para que pueda seguir avanzando y desarrollándose. Pero esto que parece natural y hasta de sentido común, es decir, obvio, no necesariamente es tan transparente. De hecho preexiste una zona opaca, que es un llamamiento a la clarificación, a la explicación que permita comprender con mayor precisión los procesos específicos de desenvolvimiento y transformación de un campo de conocimiento, que en el caso que nos atañe es el bibliotecológico. Y la vía real idónea para comprender tales procesos es la epistemología. Un campo de conocimiento, como su conformación lo indica, está orientado a la producción del conocimiento a través de múltiples prácticas especializadas y diferenciales. De ahí que si el conocimiento es su fundamento, su razón de ser, sea la epistemología la que mejor permite acceder a los mecanismos y procesos de producción de tal conocimiento, que incluso tiene la pretensión de ser científico o de estar en vías de lograr la cientificidad. Así que los cambios que se suceden en el desenvolvimiento de un campo están directamente relacionados con las transformaciones en la producción del conocimiento que genera el campo, y es la epistemología la que nos puede dar razón de ello.

Por otra parte los cambios que experimenta un campo no necesariamente son el resultado de un suceder lineal y pausado. De hecho este tipo de cambio lineal, paradójicamente, es una peculiar manera de no cambiar. Por lo que hay que replantear una forma distinta del cambio de un campo de conocimiento; puesto que ésta es la encrucijada del cambio en que se encuentra actualmente el campo bibliotecológico: cambiar para no cambiar o cambiar para auténticamente transfigurarse en algo distinto de lo que es en el presente, *to be or no to be*, he ahí el dilema. Hasta este momento, el campo bibliotecológico durante su fase de constitución se ha deslizado por la pendiente

del cambio, llamémosle, gradualista. Pero una vez que este campo ha llegado al límite de su fase de constitución ese tipo de cambio gradualista se ha convertido en una forma de no cambiar: trillar en la misma senda con la ilusión de estar cambiando progresivamente. El problema que se ventila en el fondo para el campo bibliotecológico en la encrucijada entre seguir cambiando para no cambiar o cambiar para transformarse: es el de la científicidad. En el primer caso se queda como una aspiración perpetua, pero en el segundo caso se toman las medidas conscientes y adecuadas para alcanzar el estatuto de campo científico de conocimiento. Lo que a su vez implica la transición de la fase de constitución caracterizada como precientífica, hacia la fase de autonomía, distintiva y definitoria de la científicidad que ha alcanzado un campo de conocimiento, lo cual significa la finalidad y realización de un campo.

Es de subrayarse una vez más que en el momento actual el campo bibliotecológico al llegar al límite de su fase de constitución y llevando a cabo la producción de conocimiento precientífico, característica de esta fase, corre el riesgo de quedar varado en el gradualismo el cambio cognoscitivo, cambiar para no cambiar, con lo que si bien no se cierran sus posibilidades para alcanzar la fase de autonomía, es decir, de integral científicidad, cuando menos se angostan drásticamente esas posibilidades. De ahí que se busque abrir esas posibilidades a través de la guía de la epistemología. Lo que por otra parte nos plantea la cuestión ¿a qué tipo de epistemología se tiene que recurrir para alcanzar un verdadero cambio?

Entre las variadas propuestas de la epistemología contemporánea una que resulta adecuada para el objetivo del que aquí se busca dar razón, es la producida por la tradición epistemológica francesa. Más específicamente hablando es la epistemología de Gaston Bachelard. Y es precisamente la epistemología bachelardiana debido a que, más allá de su innovadora y propositiva propuesta, en ella se acuñan y articulan conceptos medulares que dan explicación del *desenvolvimiento real* del conocimiento científico. Es de subrayarse que la epistemología bachelardiana es uno de los pilares sobre los que se levanta la llamada *epistemología constructivista*, que es una de las más productivas y fecundas de la tradición cognoscitiva francesa y

que paulatinamente se va dando a conocer en el mundo, ofreciéndose como una alternativa ante el desgaste y anacronismo de epistemologías de cuño positivista. No es gratuito que esta epistemología tenga como finalidad ser una auténtica epistemología científica y para científicos, a contramarcha de la hipóstasis de la epistemología filosófica que es asumida inconscientemente por los científicos. De tales conceptos fundamentales de la epistemología de Bachelard hay uno en particular, por demás idóneo para fundamentar la propuesta aquí argumentada: *ruptura epistemológica*.

Para el campo bibliotecológico no es accesorio ornamental la científicidad. El estado actual en que se encuentra, así como la dinámica que vive el mundo, en el que las transformaciones aceleradas en el terreno de la información marcan las pautas de desenvolvimiento, hacen que el campo bibliotecológico tenga como *necesidad impostergable* alcanzar el estatuto de campo científico de conocimiento, por lo que el concepto de ruptura epistemológica puede brindar elementos cognoscitivos sólidos para orientarse en el diseño de alcanzar el estatuto científico. Para comprender cómo contribuye a esto el citado concepto de Bachelard, antes es conveniente hacer algunas precisiones preliminares del mismo.

Bachelard sustenta su epistemología en una concepción específica de la temporalidad, como movimiento discontinuo, lo que redundando en una concepción del conocimiento como un desenvolvimiento cognoscitivo signado por la discontinuidad. Así, el tiempo no es un *continuum* lineal sino un entramado de instantes: “La duración no tiene fuerza directa; el tiempo real sólo existe verdaderamente por el instante aislado, está por entero en lo actual, en el acto, en el presente”.¹ Por lo que cada instante es una totalidad integrada en el acto. Y cada instante tiene sentido por sí mismo. La aparente continuidad del tiempo no es más que una distorsión óptica que oculta la discontinuidad de los instantes, el bosque no deja ver los árboles. Semejante concepción del tiempo le va a servir también a Bachelard como ariete para atacar ese bastión del positivismo que es la continuidad

1 G. Bachelard. *La intuición del instante*. México, FCE, 1987, p. 48.

progresiva del conocimiento. Para el positivismo epistemológico el conocimiento humano lleva a cabo la gesta triunfal que lo conduce, sin grandes sobresaltos y evitando el espectro del error, hacia la cúspide científica. La ciencia es el resultado de una marcha continua y acumulativa de conocimientos cada vez más depurados conceptualmente; de ahí la implícita apología que este tipo de epistemología hace de la tradición, de los conocimientos del pasado, de los precursores que entregan la estafeta del conocimiento por ellos alcanzado para que las posteriores generaciones continúen incrementando y mejorando ese conocimiento. La discontinuidad epistemológica de Bachelard le da un *mentis* a toda esa concepción positivista para esclarecer que el conocimiento avanza a partir de fases que son autosuficientes y distintivas entre ellas. Cada fase entraña un aproximación al conocimiento del mundo, haciéndolo cada una con conceptos e instrumentos diferentes, por lo que *no* son una misma entidad que progresa acumulativamente de manera continua e ininterrumpida.

La ciencia no pasa instantánea ni automáticamente de la fase precientífica a la fase científica, su temporalidad de transición se hace a través de distintas fases; pero entre una y otra se da la ruptura epistemológica. De hecho la ruptura epistemológica es condición de posibilidad para que una fase cambie para convertirse en otra diferente. Pero la ruptura epistemológica tiene *per se* un sentido propio: su propia coherencia y fundamento, esto es, que no se presenta sin más, muy por el contrario tiene una dinámica inherente que le hace manifestarse en un tiempo y lugar específicos en los distintos saberes, como se explicará en la siguiente sección. Como puede comenzar a deducirse a partir de lo dicho, el concepto de Bachelard es por demás apropiado para dar razón de la situación actual del campo bibliotecológico que ha llegado al límite de su fase de constitución precientífica, por lo que requiere llevara acabo la ruptura epistemológica que le permita acceder a su fase de autonomía científica.

Por otra parte hay un factor especial en la epistemología bachelardiana que es importante tener en consideración, la perspectiva desde la cual se delinea: el conocimiento como un despliegue problematizador. Para este epistemólogo francés el conocimiento no es un proceso cognitivo incuestionable y que se desenvuelve sin contratiempos, sin

problemas de por medio. Muy por el contrario, el conocimiento a cada paso que da se enfrenta a situaciones problemáticas; su avance está cruzado por problemas, porque en sí mismo el conocimiento es problemático. De ahí que el problema en esta epistemología ocupe un lugar tan preponderante, es más, el problema es por lo mismo también un objeto de conocimiento. El conocimiento comienza con un problema al que tiene que hacer frente, cruza a través de problemas que vienen aparejados con el problema principal (de hecho en conjunto constituyen un tejido de problemas) y concluye con una respuesta que es al mismo tiempo un nuevo problema. Bachelard señala además que los problemas que aparecen en el desenvolvimiento del conocimiento científico son el resultado del error. Y en cuanto tal, el error no es algo que se deba ocultar, rechazar o minusvalorar, sino que es un índice de fallas que clama por rectificación. Esto hace que el error sea también un objeto que ha de ser comprendido; esta misma epistemología lo convierte en una necesidad para que pueda llevar a cabo su explicación del conocimiento científico. Visión problematizadora surcada por el error que conduce a la ruptura epistemológica es la senda que recorre la epistemología de Bachelard, la cual hemos de seguir sus huellas aquí.

Hemos, pues, de asumir problemáticamente el desenvolvimiento del campo bibliotecológico hacia su realización como campo científico de conocimiento, Contra una visión lineal, uniforme, de cambio gradualista continuo, esto es, no problemática de la trayectoria del campo bibliotecológico, aquí se apuesta por una concepción discontinua y problemática en la que el error va jalonando el recorrido de la fase precientífica de este campo. El objetivo manifiesto que se busca es clarificar cognoscitivamente el proceder para que el campo alcance su autonomía; lo que implícitamente conlleva una toma de conciencia por parte de los integrantes del campo de la necesidad para acceder a la científicidad. La hipótesis que ampara esta indagación epistemológica es que la asunción de la construcción teórica de manera abierta, amplia y sistemática en todos los órdenes del campo bibliotecológico es lo que le permitirá llevar a cabo la ruptura epistemológica y superarla. Fundar y fundamentar teóricamente las diversas prácticas y los objetos de conocimiento que conforman el

campo bibliotecológico es lo que le dará el acceso a la autonomía o, en otras palabras, al ser un campo sustentado teóricamente en todos sus órdenes es cuando alcanzará a la científicidad. La bibliotecología como ciencia plenamente científica.

II

El concepto de ruptura epistemológica no quedará aquí solamente restringido al ámbito del conocimiento, estrictamente hablando, lo que sería reducirlo a la mera disciplina bibliotecológica, sino que será ampliado para comprender y explicar un ámbito mayor: el desenvolvimiento del campo como conjunto de prácticas. Teniendo presente, empero, que la práctica cognoscitiva es nuclear y que a partir de las transformaciones que ella experimenta repercuten en el resto de las demás prácticas del campo. Y esto no es forzar al concepto, lo que en otros casos redundaría en la pérdida de poder explicativo, ya que el concepto de ruptura epistemológica por sí mismo ha demostrado su capacidad de flexibilidad al ser interpretado y asimilado por otras propuestas teóricas, en especial dentro de la propia tradición epistemológica francesa, como fue el caso de Althusser y Foucault entre otros. Estos dos teóricos ampliaron el concepto de Bachelard, suministrándole un mayor poder explicativo. Señalemos algunos aspectos de la interpretación de Althusser pertinentes para la argumentación que desarrollaré.

Más allá de que la obra de Althusser se encuentra un tanto desacreditada en la actualidad, en cuanto a sus aportes epistemológicos sigue siendo frecuentable. Althusser va a redefinir el concepto de ruptura epistemológica comenzando por la nomenclatura, para luego aplicarlo al marxismo:

Lo que ante todo Althusser piensa hacer es aplicar la concepción bachelardiana de la “ruptura”, rebautizándola como “corte epistemológico”, *en un campo nuevo*, el del materialismo histórico, disciplina científica inaugurada por Marx y Engels, y constituido his-

tóricamente a partir de una cierta *transformación* de ideologías teóricas preexistentes.²

De forma específica Althusser emplea el concepto de Bachelard para señalar históricamente que la obra de Marx a lo largo de su desenvolvimiento sufrió rupturas epistemológicas como, por ejemplo, la principal de ellas entre la obra del joven Marx y la obra del Marx maduro.³ Además señala que implícitamente en esas rupturas epistemológicas en la obra de Marx trabajan también, en otro nivel de profundidad, las rupturas que establece la propia concepción de la historia del marxismo. Comoquiera que sea, con esto Althusser introduce en el concepto de Bachelard la dimensión de la historia, con lo que su carácter explicativo se amplía más allá de la mera esfera del conocimiento. Lo que por otra parte va a implicar que la ruptura epistemológica se va a dar tanto en el tiempo como en el espacio; en otras palabras va a significar un cuándo y dónde, el *momento* y el *lugar* en que se lleva a cabo la ruptura. Para mi argumentación el aporte althusseriano va a representar el momento y el lugar en que ha de darse la ruptura epistemológica en el campo bibliotecológico. Sin entrar en mayores detalles puede decirse en cuanto a Foucault que él amplifica aún más el ámbito de aplicación del concepto de Bachelard, aunque su enunciación de la ruptura epistemológica sea menos explícita que en Althusser. Foucault aplica el concepto a la ruptura que se da entre una *episteme*⁴ y otra episteme: especie de matriz (formación) cognoscitiva que aglutina y coordina los procesos sociales y culturales de una época. El concepto de episteme guarda estrecha semejanza con el concepto de *paradigma* de Thomas Kuhn.

2 Étienne Balibar. “El concepto de ‘corte epistemológico’ de Gaston Bachelard a Louis Althusser”, en *Escritos por Althusser*, Argentina, Nueva Visión, 2004, p. 21.

3 “Esta ‘ruptura epistemológica’ divide el pensamiento de Marx en dos grandes períodos esenciales: el período todavía ‘ideológico’, anterior a la ruptura de 1845, y el período ‘científico’ posterior a la ruptura de 1845. Este segundo período puede dividirse en dos momentos, el momento de la maduración teórica y el momento de la madurez teórica de Marx”. Louis Althusser. *La revolución teórica de Marx*. México, Siglo XXI, 1971, p. 25.

4 Cfr. Sergio Albano. *Michel Foucault. Glosario epistemológico*. Argentina, Quadrata, 2004.

Habiendo explicitado la flexibilidad y amplitud explicativa del concepto de Bachelard, veamos ahora cuales son sus características así como su dinámica cognitiva, lo que nos hará legible su aclimatación explicativa en el campo bibliotecológico.

El proyecto epistemológico de Bachelard está impulsado por la fuerza motriz del racionalismo, muy en la tradición cultural y cognoscitiva francesa; sin embargo, es un racionalismo renovado infisionado por el sentido de la crítica y el riesgo. Con lo que busca combatir los conocimientos amasados por la tradición, que en sí son una traición a la razón, y que han acabado por producir un conocimiento establecido, estático y esclerosado. Es un racionalismo que primeramente se critica a sí mismo, puesto que sin cesar necesita probar y probarse: para Bachelard este tipo de racionalismo es el emblema del *nuevo espíritu científico*.⁵

El racionalismo científico se caracteriza por un mayor poder de asimilación de conocimientos nuevos y de transformaciones más radicales de la experiencia, lo cual se manifiesta claramente en la segunda aproximación a lo real. La primera aproximación es la que lleva a cabo la ciencia en su etapa precientífica; la segunda aproximación se caracteriza porque el contacto empírico con lo real pierde toda significación, como lo ejemplifica acabadamente la más evolucionada de las ciencias, la física:

Nuestra tesis es muy clara: el espíritu científico, bajo su forma evolucionada, es su actividad verdaderamente asumida, es una *segunda naturaleza*. Llevando esta tesis hasta sus últimas consecuencias, creemos que la racionalidad es una neta y franca emergencia que se halla por encima de la empiricidad. En sus valores bien específicos, lo racional no es una elaboración de lo empírico. Dicho de otro modo, es necesario encarar una autonomía de la construcción racional si, verdaderamente, se quiere dar cuenta del progreso de las ciencias físicas contemporáneas.⁶

Lo que Bachelard expresa en las palabras supracitadas es de extrema importancia, el cuestionamiento a fondo de la posición empirista

5 G. Bachelard. *Le nouvel esprit scientifique*, París, PUF, 1999.

6 G. Bachelard. *El compromiso racionalista*. México, Siglo XXI, 2005, p. 88

en la ciencia. Queda claro que considera al racionalismo como el factor determinante en la nueva orientación del conocimiento científico, debido a que va a contramarcha del conocimiento precientífico, el cual se encuentra aún signado de manera determinante por el empirismo. Todo queda dicho en la frase: “(...) lo racional no es una elaboración de lo empírico”. La racionalidad que construye a la ciencia *no* es un instrumento organizado y sistemático que se cierne sobre lo empírico para elaborarlo, lo que estaría significando que esa realidad inmediata es la que determina el proceder racional; por lo que la ciencia sería tal en la medida que se encuentra supeditada a lo empírico. Cuando lo que ha sucedido en el discurrir histórico es que la racionalidad científica ha ido a contramarcha de la realidad empírica. Cada nueva etapa de la ciencia ha entrañado un distanciamiento de lo empírico, aunque hay que subrayarlo, para luego retornar a lo empírico pero de una forma totalmente diferente.

Desde los primeros brotes del conocimiento científico, más exactamente, en su vertiente precientífica y que Bachelard definía como *primera aproximación a lo real* se va a dar la primera ruptura epistemológica, lo que viene a significar una primera toma de distancia de lo empírico, del conocimiento común. Pero esa primera toma de distancia no significa que se ha dejado atrás del todo lo empírico, de hecho aún tiene una presencia determinante y en gran medida es quien marca las pautas a seguir por el conocimiento precientífico. Esta situación donde lo empírico tiene un lugar tan visible en la ciencia es la que ha marcado con su impronta al imaginario popular en su visión de la ciencia. Para el común de la gente, ciencia es aquello donde los fenómenos empíricos son todavía muy reconocibles, aún por sobre su elaboración conceptual. Ello es así porque se les hace conocido el mundo de que trata la ciencia (precientífica) con la realidad cotidiana, lo que en su entender aún emparenta el conocimiento común con el conocimiento científico. La ciencia que surge de la segunda aproximación le es ajena, por no decir desconocida, al común de la gente, incluidos no pocos académicos; la racionalidad formalizadora de la cientificidad que construye un conocimiento abstracto y completamente teórico está fuera de su horizonte conocido. La ruptura epistemológica más determinante es la que permite el advenimiento de la

segunda aproximación, en ella la separación entre lo empírico y lo científico, entre conocimiento común y conocimiento racional es radical:

Pero nuestra polémica sobre las relaciones entre el conocimiento común y el conocimiento científico será quizás más clara si llegamos a separar netamente el conocimiento científico y el conocimiento *sensible*. Para ser precisos, creemos que podremos romper con ese postulado más o menos explícito que pretende que todo conocimiento es siempre reductible, en último análisis, a la sensación. No siempre se nos ocurre que las condiciones de la síntesis no son simétricas a las condiciones del análisis. Por lo tanto, nos será preciso atraer la atención hacia las producciones sintéticas del conocimiento y la técnica científicos. La *dominación* de lo sensible se opone, por un rasgo característico del racionalismo, a la *reducción* a lo sensible.⁷

El nuevo racionalismo, o más propiamente hablando, la racionalidad científica conforme se define mejor a sí misma en su gradual distanciamiento del conocimiento sensible se prepara para llevar a cabo la ruptura epistemológica radical que la encauza de manera definitiva a la segunda aproximación. Esto nos conduce a la consideración de lo específico del carácter de la ruptura epistemológica. La ciencia avanza rectificándose constantemente a sí misma, no es un desenvolvimiento triunfal que sin contratiempos se despliega hacia la búsqueda de la verdad. Muy por el contrario la ciencia se corrige al enfrentarse a los errores en que se enfrasca. Por eso el error es parte constitutiva del conocimiento científico, es el indicador de que se ha seguido un camino equivocado y por lo tanto hay que rectificar, para reemprender otro camino. La racionalidad científica en su desenvolvimiento cognoscitivo encuentra errores, que Bachelard considera son producto del propio pensamiento y que conforme se acumular acaban por convertirse en un *obstáculo epistemológico*,⁸ que hay

7 G. Bachelard. *El racionalismo aplicado*. Argentina, Paidós, 1978, pp. 108-109.

8 Es de acotarse que con todo y que el concepto de obstáculo epistemológico es fundamental en la epistemología de Bachelard y que de hecho es el concepto complementario de ruptura epistemológica, aquí solo lo menciono. En otro estudio es donde lo implemento centralmente de manera análoga a como lo hago aquí con el concepto de ruptura epistemológica.

que remover a partir de una ruptura epistemológica; como explica Dominique Lecourt, eficaz intérprete de Bachelard:

Puede surgir en el momento de la constitución del conocimiento, bajo la forma de un “contrapensamiento”, o en una fase ulterior de su desarrollo, como “detención del pensamiento”. De todas maneras, el obstáculo manifiesta “una *resistencia* del pensamiento al pensamiento”. Con más precisión: si se sostiene que el pensamiento científico sólo progresa por sus propias reorganizaciones, se dirá que el obstáculo epistemológico aparece siempre que –pero sólo si– una organización del pensamiento existente, científico o no, está en peligro. Agreguemos que aparece en el *punto* en que amenaza la ruptura. Otros trabajos que los de Bachelard pudieron demostrar que era el lugar de una “sobredeterminación”, de una acumulación de contradicciones. El obstáculo, puntual en su aparición, es solidario con una estructura determinada de pensamiento que se manifiesta, por recurrencia, como un “tejido de errores tenaces”.⁹

Prueba de cómo el error se encuentra siempre al acecho dentro del proceso de conocimiento, para saltar incluso sobre aquellos que lo anuncian, enuncian y denuncian, es el caso del propio Bachelard que cae en el error de considerar que el error sólo es producto del despliegue cognoscitivo del pensamiento y no de la realidad, que ilustrativamente es designado como “contrapensamiento”, “detención del pensamiento” o “resistencia del pensamiento al pensamiento”. El error del epistemólogo francés radica en que su racionalismo extremo le impide ver que el objeto, la realidad cognoscible también ofrece resistencia. De hecho lo que se presenta es una dialéctica entre el pensamiento y el objeto a conocer surcada de contradicciones que propician el error en los dos ámbitos. Y en gran medida el error emerge tanto en el pensamiento como en el objeto cuando en esa dialéctica hace acto de presencia el sonido y la furia de lo empírico, que a semejanza de una barreta que se introduce entre los engranes de una eficiente maquinaria acaba por bloquearla erigiéndose así en un obstáculo epistemológico. La técnica, al ser determinada por lo empírico, introduce el error en la esfera del objeto de conocimiento,

⁹ D. Lecourt. *Para una crítica de la epistemología*. México: Siglo XXI, 1982, pp. 30-31.

mientras que el concepto a pesar de su orientación abstracta no termina de liberarse de lo empírico (lo que atomiza a los conceptos: esto tensiona a los conceptos haciéndolos dependientes de la técnica pero a la vez los aleja de la técnica) lo que redundará en la generación del error en la esfera del pensamiento. La racionalidad se desenvuelve enfrentando los errores, pero conforme ellos se acumulan para constituir un “tejido de errores tenaces” esto le anuncia que se acerca a una frontera epistemológica, que es un llamamiento a la rectificación a través del corte epistemológico. A partir de la ruptura epistemológica se realiza la rectificación de los errores del pensamiento precientífico de la primera aproximación:

Filosóficamente, toda frontera absoluta propuesta a la ciencia es el signo de un problema mal planteado. Es imposible pensar de modo fructífero una imposibilidad. Cuando una frontera epistemológica se muestra muy clara, es porque se arroga el derecho a decidir a propósito de las intuiciones primeras. Ahora bien, las intuiciones primeras son siempre intuiciones a rectificar. Si un método de investigación científica pierde su fecundidad, es porque el punto de partida ha sido demasiado intuitivo, demasiado esquemático, y la base de organización demasiado estrecha. El deber de la filosofía científica parece entonces muy claro. Hay que recortar por todos lados las limitaciones iniciales, reformar el conocimiento no científico que traba siempre al conocimiento científico.¹⁰

No perdamos de vista el concepto de frontera epistemológica porque entraña la enunciación de esa frontera que es el límite de la fase de constitución del campo bibliotecológico. La ciencia o más exactamente la racionalidad científica lleva a cabo el proceso de conocimiento por medio de lo que Bachelard denomina como *actos epistemológicos*, los cuales son caracterizados a partir de las técnicas y los conceptos. Esto implica que la ciencia en su despliegue hace permanente uso de técnicas y conceptos que se implementan sobre el objeto para conocerlo y transformarlo. La técnica, entendida de manera amplia, es lo que le sirve a la ciencia como instrumento de acceso inmediato a la realidad para intervenir en sus procesos de manera activa

10 G. Bachelard. “Crítica preliminar del concepto de frontera epistemológica”, en *Estudios*, Argentina, Amorrortu, 2004, pp. 97-98.

y transformadora. Pero la ciencia no se satisface con la mera implementación de la técnica, de lo contrario no sería ciencia, sería simplemente una técnica en sentido restringido; requiere necesariamente de la explicación abstracta, que dé razón de los fenómenos y objetos sobre los que interviene la técnica. Esa explicación abstracta toma la forma conceptual. El concepto es una elaboración abstracta que permite el conocimiento de aquello que cada ciencia busca conocer. Pero los conceptos por muy abstractos que sean no hacen por sí mismos científica a la ciencia.

Las relaciones que guardan entre sí los actos epistemológicos marcan el desenvolvimiento de la ciencia en sus distintas fases hacia la cientificidad. La ruptura de la primera aproximación marca el momento en que la mera técnica empírica que utiliza el conocimiento sensible de la vida cotidiana se transfigura para relacionarse con los conceptos. Pero en la primera aproximación a lo real que hace la ciencia los conceptos quedan supeditados a la técnica; la dimensión empírica con la que se encuentra relacionada la técnica marca las pautas del conocimiento, pero conforme la racionalidad avanza la técnica y los conceptos se distancian: lo empírico y lo abstracto no se coordinan. La fuerte presencia de lo empírico y el distanciamiento conceptual hacen que la dialéctica entre el pensamiento y el objeto genere el error, que conforme se multiplica acaba conduciendo hasta el límite de posibilidades en esa dirección, es decir, llega a esa frontera que se erige en un obstáculo epistemológico. La frontera epistemológica marca el punto en que se torna imperiosa la rectificación, por lo que hay que llevar a cabo la ruptura epistemológica entre lo precientífico y lo científico.

La ruptura epistemológica que propicia la segunda aproximación marca el proceso que conduce a la ciencia hacia la cientificidad, por lo que los actos epistemológicos se transfiguran radicalmente. Lo abstracto se hace preponderante, lo que implica que los conceptos se van aglutinando para formar sistemas conceptuales, en otras palabras, se conforman las teorías: que es un conocimiento de carácter general y que van más allá de la experiencia inmediata de los casos particulares. El conocimiento *científico* es conocimiento teórico *par*

excellence.¹¹ Al ser la construcción teórica del objeto de conocimiento el sustrato fundamental y fundamentalmente de la cientificidad, la técnica va a quedar supeditada a la teoría. La técnica se va a desplegar articulada, justificada y aplicada por la teoría. Lo que implica un distanciamiento completo de la esfera empírica. Bachelard explica con numerosos ejemplos que esto último es el camino seguido por las más adelantadas de las ciencias, las llamadas exactas, formales, naturales, principalmente con el caso de las ciencias físicas. Ciencias modernas que alcanzan su completa madurez con la señalización de la “teoría de la relatividad” de Einstein. Para Bachelard por tanto, como bien explica Étienne Balibar, lo determinante de esta ruptura episte-

11 “El conocimiento humano, en tanto va más allá de la mera constatación de lo dado aquí y ahora, es un conocimiento *teorético*. Fundamentalmente esto vale por igual para el conocimiento científico y el precientífico y el extracientífico, para el formal y el material, para el normativo y el explicativo, para el empírico y el especulativo. El conocimiento humano es teorético según su forma en tanto tiene carácter *general* y, según su contenido, en tanto *trasciende* lo dado en cada caso (los <datos> especiales de una situación del problema). El conocimiento científico es un conocimiento teorético potenciado (roborado), cuya forma se ha hecho explícita y cuyo contenido se ha reducido a un concepto, para expresar una información proposicional semántica en un lenguaje conceptual. El proceso teorético de conocimiento se trata de la representación abstracta del orden legal de ámbitos cognoscitivos reales o postulados (<ideales>) a través de teorías, las cuales en la ciencia se hacían en un sistema de conocimiento más o menos envolvente. Teorías son el sustrato del conocimiento humano, del cual se sirve el hombre todo el tiempo y en todas las culturas para entender críticamente el <mundo> –con inclusión de él mismo– y para lograr un control cognoscitivo sobre su entorno. En relación con el universal carácter teorético del conocimiento humano, el conocer científico y el no científico se distinguen sólo gradualmente. El conocimiento científico de la realidad, tal como es buscado en ciencias referidas a ésta (en las ciencias experimentales y en la metafísica, a diferencia de las ciencias formales de la lógica y la matemática), es una *especulación sistemática*. Esta especulación, que es explicativa y se orienta por los problemas, está *controlada* por la experiencia, la unidad interna y las teorías alternativas, así como por metateorías, brevemente, por una crítica inmanente y trascendente, con inclusión de la crítica metateorética. El concentrado cognoscitivo de dicha especulación son teorías generales, y en lo posible universalmente válidas (o sea, verdaderas), sobre la *estructura legal de la realidad* supuesta hipotéticamente”. Helmut F. Spinner, “Teoría”, en Krings, Hermann, *et. al.*, *Conceptos fundamentales de filosofía*, T. III, España, Herder, 1979, pp. 484-485.

mológica no es la abstracción científica en sí misma, sino la realización de la abstracción en lo concreto de una forma compleja:

Lo que le interesa es el mecanismo complejo de esa diferencia, que siempre se inscribe en *varios niveles*, en el sistema de varias actividades y de las correspondientes formas intelectuales. No solamente en el nivel de las formulaciones *teóricas* sino también en el nivel de la actividad *técnica* (mucho más allá de la mera técnica experimental de laboratorio), y en el nivel de la actividad *pedagógica* (escolar). Incluso se puede decir que la “ruptura” bachelardiana, que continúa siendo una ruptura puramente *epistemológica*, es decir, específicamente vinculada con el *conocimiento*, no manifiesta todos sus efectos, no se realiza efectivamente sino en el campo de actividades de aplicación tecnológica y de enseñanza, necesarios para el propio conocimiento. De ahí esa notable idea de que lo que caracteriza al pensamiento científico no es la abstracción en tanto tal, sino, por el contrario, la realización de la abstracción en lo concreto, la producción de objetos técnicos “abstracto-concretos”; concretos en tanto incorporan y hacen “funcionar” abstracciones teóricas objetivas.¹²

“Los objetos técnicos ‘abstracto-concretos’” son algo diametralmente distinto a los objetos empíricos, y ello porque son en lo fundamental objetos construidos, lo que pone de manifiesto la orientación constructivista del conocimiento científico moderno; son objetos construidos “en tanto incorporan y hacen funcionar abstracciones teóricas objetivas”. Queda claro que el constructivismo científico tiene la impronta eminentemente teórica que se define y consolida con mayor rigor, sistematicidad y precisión conforme avanza la segunda aproximación de la ciencia a lo real. Pero también evidencia aquello que sólo fue una insinuación en Bachelard, con Althusser adquiere visos de fundamentación: la ruptura es irreversible y continua. Esto puede parecer un tanto contradictorio, puesto que la sola expresión “ruptura” evoca un

12 E. Balibar. *Op. Cit.*, p. 14. “El *conocimiento científico* será un *soporte* preciso muy diferente al del toda sensación inmediata; el conocimiento científico tendrá un poder de designación mucho mayor que todo refinamiento sensible. La doctrina abstracta de las interferencias preparará un conocimientos abstracto-concreto mucho más concreto que el conocimiento concreto y vivido”. G. Bachelard. *El racionalismo aplicado. Op. Cit.*, p. 28.

momento especial y único, que se agota instantáneamente a sí mismo una vez que ha acontecido, que ya pasó, para dar paso a otra cosa, es un corte divisional entre un antes y un después. Para Bachelard y Althusser la ruptura epistemológica, por lo contrario, implica que lo que está aconteciendo a partir de la ruptura ya no puede retornar a lo mismo que había antes de la ruptura de ahí su irreversibilidad. Pero además, los factores que llevaron a la ruptura y le dan sentido siguen actuando, con continuos *dentro* de la fase que inauguró la ruptura. Continuidad que se torna discontinuidad al llegar a la ruptura. La racionalidad científica que construye teóricamente en todos los órdenes a sus prácticas y objetos ya no puede regresar al pensamiento precientífico. Asimismo, la racionalidad científica generada de la ruptura continúa prolongando la ruptura misma, sigue ampliando y profundizando su propia racionalidad por mediación teórica.

Desde el momento en que el conocimiento precientífico cerró las puertas con la ruptura epistemológica al conocimiento empírico ya no hubo vuelta atrás, el camino era hacia delante, hacia la científicidad. De manera análoga una vez que la razón científica llevó a cabo la ruptura con el conocimiento precientífico, ya no podía voltear atrás a riesgo de convertirse en estatua de sal, por lo que el trayecto indica hacia delante a depurar y consolidar la científicidad.

Este es el trayecto que han seguido las ciencias más adelantadas en cuanto alcanzar la científicidad, como son las que en términos se denominan ciencias formales y naturales; pero el caso de las ciencias humanas y sociales es dispar en cuanto a su avance hacia la científicidad. Algunas de estas últimas ciencias han alcanzado un incipiente nivel científico, mientras que otras por el contrario se encuentran aún distantes de esa meta. El caso de la bibliotecología se corresponde más con esto último, pero el hecho de que aún no haya alcanzado la científicidad no significa que deba postergar esa finalidad, máxime que, como veremos en el siguiente apartado, ha llegado al límite o, como diría Bachelard, a la frontera epistemológica de su fase de constitución como campo de conocimiento. Además en la medida que los campos ya establecidos científicamente muestran clara y sistemáticamente el trayecto seguido para lograrlo, y para lo cual tardaron centurias, ello

se convierte en un modelo que permite a los demás campos seguir ese camino incluso en un lapso de tiempo menos prolongado. Y ese trayecto muestra la dirección seguida hacia la cientificidad gracias a la guía de la epistemología. El camino queda, por tanto, señalado al campo bibliotecológico para acceder al estatuto científico.

III

El campo bibliotecológico al llegar al límite de su fase de constitución se encuentra frente a una encrucijada respecto a la senda a seguir adelante. A semejanza de esos senderos que llegan a un punto en el que se bifurcan: en una de las bifurcaciones bien podría haber una señal que indica que de seguir por ella se continuaría en la misma dirección que seguía el camino mayor, mientras que la señal de la otra bifurcación indica una dirección opuesta y el letrado dice: cientificidad.

Cabe plantear la interrogante ¿qué puede pasar de continuar el campo bibliotecológico en la misma orientación que hasta ahora ha llevado y que es el trayecto característico de la fase de constitución, que en lo epistemológico se define como etapa precientífica? Para responder puede comenzarse por decir que en lo exterior, aparentemente, no pasará nada, pero en lo interno el “tejido de errores” se haría cada vez más denso. Exteriormente seguirá cumpliendo con sus funciones técnicas y pragmáticas, incluso, cada vez con mayor eficacia. Bajo esa circunstancia algunos bien pueden argumentar que entonces para qué cambiar ese estado de cosas. Pero otros pueden contra argumentar que en este momento es una necesidad realizar la transición hacia el estatus científico y que esa misma necesidad es expresada por todos esos intentos que en distintas latitudes intentan suministrar un fundamento cognoscitivo, teórico, sólido de las distintas prácticas y objetos constitutivos del campo bibliotecológico. Lo que en sí mismo es indicador de la forma que gradualmente va adoptando la racionalidad científica dentro del campo. Racionalidad que conforme se despliega la etapa aún precientífica tiene que hacer frente a una progresiva acumulación de errores. De ahí el clamor que

en diversas latitudes del orbe bibliotecológico pide que se emprenda la fundamentación teórica de la disciplina.

Por otra parte es de subrayarse que un campo de conocimiento, cualquiera que sea, no es una construcción etérea y que se desenvuelve en el vacío, muy por el contrario, se encuentra inmerso completamente en el espacio social. La relación entre un campo y el espacio social es de carácter dialéctico, lo cual explico con detalle en otro estudio.¹³ Esta dialéctica con la exterioridad social marca con su impronta el desenvolvimiento interno del campo. Pero al ser un movimiento dialéctico esa impronta no es automática ni lineal, sino contradictoria. De ahí que lo que acontece en el aspecto social no se refleja de manera inmediata en el desenvolvimiento del campo, hasta que las contradicciones entre ambos llegan a un punto límite que exige solución, de lo contrario el campo corre el riesgo de tornarse anacrónico, desfasado respecto a los cambios sociales. Veamos todo esto con detalle para luego comprender cómo es que la epistemología de Bachelard, en particular el concepto de ruptura epistemológica, puede guiarnos por la bifurcación que señala hacia la científicidad.

Vayamos de la exterioridad social a la interioridad del campo. En el momento en que el campo bibliotecológico llega al límite de su fase de constitución, en la cual las distintas prácticas y objetos que lo conforman llevaron a cabo su definición e interacciones, se encuentra atravesado por la incertidumbre debido a los cambios vertiginosos que sufre el mundo por las nuevas tecnologías de la información. A lo largo del siglo XX los cambios en el ámbito tecnológico marcaron el desenvolvimiento de las sociedades en las diversas estructuras que las integran. Conforme avanzó esa centuria las transformaciones tecnológicas se hacían cada vez más rápidas y múltiples, al grado que desde el momento que una nueva innovación tecnológica aparecía sobre ella ya planeaba la sombra de su rápida aniquilación para ser pronto sustituida por otra. Los productos generados por las nuevas

13 “Esquema para una teoría e historia de la constitución del campo bibliotecológico mexicano” H. G. Alfaro López, en F. F. Martínez Arellano y Calva González, J. J., *Tópicos de Investigación en Bibliotecología y sobre la Información*. Vol. II. México. CUIB, UNAM, 2007, pp.403-442.

tecnologías pronto quedan obsoletas para dar paso a otros objetos, que seguirán sin mucho tardar el mismo camino de los objetos que sustituyeron. Lo que ha redundado en que el cambio adquiera un papel protagónico, pero como cambio signado por la velocidad, como lo ha comprendido con lucidez el sociólogo francés Paul Virilo que señala que todos los órdenes de la realidad social, incluyendo la historia, son determinados por la aceleración, la velocidad vertiginosa.¹⁴ Las sociedades se deslizan sobre un proceso donde todo cambia y fluye, las estabilidades y certezas de antaño se diluyen. La manera en como los individuos comprendían el mundo que les rodeaba se ha transfigurado radicalmente.

Es completamente distinta la forma en como un individuo de principios del siglo XX comprendía e interaccionaba con su realidad inmediata a como lo hace un individuo a fines de esa centuria. Y es precisamente en el ocaso del siglo XX que se va a acelerar la velocidad y el cambio, ello en gran medida propiciado por el ascenso de las tecnologías de la información. Esto impactará profundamente la vida cotidiana de las personas haciendo que su búsqueda y acceso a la información transforme su interacción con el mundo y con las demás personas. Asimismo los cambios producidos por la oleada de las tecnologías de la información repercuten en todos los órdenes del conocimiento, por lo que los campos de conocimiento recibirán esa oleada tecnológica haciéndoles cimbrar sus fundamentos. Y respondieron a esa influencia según el grado de avance que tengan en el terreno científico. Los campos con un consolidado status científico asimilaron pronto y de la mejor manera todo aquello que generan las tecnologías de la información, lo que a su vez contribuye a impulsarlas más. Por encontrarse en su fase de autonomía cuentan con el sustrato cognoscitivo, es decir, teórico para comprender y asimilar los cambios que produce la tecnología informática. En cambio los campos que no han alcanzado su autonomía se enfrentan con incertidumbre a esa situación. Un caso ejemplar de esto es el del campo bibliotecológico, debido a que por la particularidad de sus objetos

14 P. Virilo. *La velocidad de liberación*. Argentina, Manantial, 1995.

de conocimiento se encuentra precisamente en el centro de tales cambios, pero por encontrarse en su fase de constitución, precientífica, sus fundamentos se encuentran en cuestión, por lo que la incertidumbre ante un presente inestable y un futuro incierto propicia a todo lo largo y ancho del campo dudas e incertidumbres. Lo que de primera instancia pone en evidencia, esto es, que esos cambios que están transformando radicalmente todos los órdenes de las sociedades contemporáneas amenazan con dejar atrás al campo bibliotecológico. Su funcionamiento cognoscitivo actual no cuenta con los elementos, categorías, adecuadas para comprender globalmente los cambios radicales que se están sucediendo.

Ante este reto el campo bibliotecológico ha respondido tratando de emparejarse con esos cambios, intentando con no poco de desesperación acrítica, alcanzar esa velocidad “estando al día” en cuanto a las innovaciones tecnológicas y las transformaciones en el circuito de la información. Pero esto no significa asimilación integral de tales procesos, es equivocar el camino resbalando en la superficie del problema. Tratando de alcanzar la velocidad de los cambios es la manera más veloz y eficaz de quedar rezagado de ellas. A la velocidad, al cambio se les da alcance sólo haciéndolos legibles por vía de la racionalidad teórica que permite comprenderlos y asimilarlos cognoscitivamente en la estructura de un campo de conocimiento. En suma, la dialéctica que el campo guarda con la realidad externa pone en evidencia que éste ha llegado al límite de su fase precientífica. Lo que no implica que no pueda seguir perseverando en su fase de constitución, pero ello a riesgo de ir cada vez a contramarcha de la dinámica que sigue el mundo contemporáneo. Veamos ahora los procesos internos, cognoscitivos, que han conducido al campo bibliotecológico hasta esa frontera epistemológica que es el límite de su fase de constitución.

La bibliotecología en cuanto campo de conocimiento inicia su fase de constitución cuando se gesta el modelo de biblioteca pública. Modelo que significaba un cambio radical respecto a la anterior concepción de biblioteca como espacio de almacenamiento y preservación del tesoro bibliográfico, al que sólo tenían acceso grupos restringidos o elites favorecidas cultural y socialmente, mientras que la mayor

parte de la población quedaba al margen de los beneficios bibliotecarios. Es de subrayarse la ruptura epistemológica que va a representar la transición entre el modelo tradicional de biblioteca y el modelo de biblioteca pública. Las técnicas de ordenación bibliográfica en el modelo tradicional estaban primordialmente fundamentadas en el conocimiento empírico. Para sus finalidades y necesidades no necesitaba más, con eso era suficiente, era una biblioteca restringida a sí misma por lo que para que se desarrollara con coherencia le bastaba con un conocimiento empírico que hiciera uso de una técnica *ad hoc* para ello. Lo que significaba que entre la esfera técnica y la esfera empírica había una muy ceñida e inalienable correlación, al grado de que no requería de algún otro elemento de mayor elaboración para su desenvolvimiento cognoscitivo; en otras palabras, no era del todo necesario la elaboración conceptual que diera explicación abstracta del proceder técnico de la organización bibliotecaria.

Los cambios sociales que hacia mediados del siglo XIX se dan con mayor profusión y que se van a plasmar en aquello que el filósofo español José Ortega y Gasset llamó con manía elitista la “rebelión de las masas”, masas que van a tomar el primer plano del escenario histórico social, lo cual significó el ascenso de necesidades antes inéditas y con ello la reconstitución del circuito de la información (producción-distribución-cambio-consumo). Este panorama va a significar al interior del espacio bibliotecario tradicional acumulación de errores, puesto que es un modelo que ha quedado rezagado. La ruptura epistemológica en el modelo tradicional se da cuando en los Estados Unidos se implanta de manera orgánica el sistema de bibliotecas públicas. Esto a nivel global va a significar el inicio de la fase de constitución del campo bibliotecológico y a nivel epistemológico su comienzo como ciencia en su etapa precientífica. El ascenso de la sociedad de masas va a ser impulsora dialéctica de la gestación de la ciencia bibliotecológica, situación que va a erosionarse conforme a su vez se de el ascenso de la sociedad planetaria.

Durante su fase de constitución del campo las diversas prácticas, tanto las que ya existían como las que se van a gestar gradualmente, que lo integran van a definirse a sí mismas así como los objetos de conocimiento van a precisarse y sistematizarse. Así, prácticas y objetos

generales van a dar lugar a subsistemas de prácticas y objetos cada vez más específicos y acotados; por ejemplo, la práctica general bibliotecaria y la biblioteca entendida como objeto general de conocimiento, dan lugar a una amplia variedad de prácticas y objetos en el interior de las bibliotecas. Otro tanto podría decirse de las prácticas de la educación y la investigación bibliotecológicas. Todo ello va a significar la ampliación y definición del perímetro del campo dentro del espacio social. Simultáneamente, conforme se definen, precisan y sistematizan prácticas y objetos se da el proceso de su conceptualización, esto es, de su elaboración abstracta. Conforme la fase de constitución avanza este proceso se depura y consolida, pero a la vez van surgiendo escollos, trabas, desvíos que gradualmente van acumulándose y que con ello comienzan a anunciar la cercanía del límite de la fase de constitución en cuanto campo de conocimiento. Veamos esto en su correlato epistemológico.

La biblioteca pública nace signada por un imperativo que indeleblemente le señala la ruta y la misión a que está destinada: el servicio a la comunidad, ésta va a ser su grandeza pero también la fuente donde van a manar los errores que surgen durante su desenvolvimiento precientífico. La biblioteca pública en cuanto a su función de servicio a la comunidad va a marcar la pauta de los demás tipos de bibliotecas, las cuales adquieren su estatus tipológico según el carácter de la comunidad a la que atienden, pero a fin de cuentas obedecen al “destino manifiesto” del servicio comunitario. Servicio de información a la comunidad es sinónimo de relación inalienable con la realidad inmediata. Esto se traduce en que la esfera empírica va a marcar las pautas cognoscitivas durante el desenvolvimiento de la etapa precientífica.

La necesidad de satisfacer la creciente necesidad de información por parte de una creciente población va a ahondar la inclinación pragmática, funcional de las bibliotecas públicas, lo cual se encuentra en consonancia y en continuidad con lo empírico; es más, el contacto entre lo pragmático y lo empírico refuerza a cada uno y consolida su relación. La amalgama con la que queda soldado ese contacto entre ambos es la técnica, pero la cualidad específica de tal amalgama es que contiene el elemento conceptual, más es un elemento frágil e inestable. De ahí que por momentos sea de gran utilidad haciendo uso in-

tensivo de él, pero en otros momentos se le considera prescindible por lo que se le puede tener a distancia, para volverlo a utilizar como elemento soldador según requerimientos posteriores, esto es, según las necesidades cognoscitivas del desenvolvimiento precientífico.

Si con la aparición de la biblioteca pública se gesta el inicio de la fase de constitución del campo, el evento que pone en marcha en la esfera epistemológica el inicio de esa fase es la creación de un sistema de clasificación de mayor precisión y rigor lógico, que a la vez brinda una representación del conocimiento acorde con su nuevo estatus de ciencia. Tales sistemas de clasificación bibliográfica implican una elaboración abstracta que marca la ruptura epistemológica con la concepción de la ordenación bibliográfica que llevaba a cabo el conocimiento empírico de la biblioteca tradicional. Asimismo tales sistemas de clasificación se sustentan en una elaboración conceptual que las justifica y legitima. Conforme se desenvuelve la fase de constitución del campo los sistemas de clasificación se reelaboran, depuran y se tornan más eficientes para que la biblioteca cubra mejor su función de servicio de información a la sociedad. Momento estelar en la elaboración de los sistemas de clasificación va a ser la clasificación ideada por Melvill Dewey, sistema que a la par de su claridad y coherencia lógica va a poner de manifiesto la frágil trabazón entre técnica, abstracción, pragmatismo y empirismo, que se da en esta etapa precientífica del campo.

En la medida que las prácticas y objetos se definen e interaccionan mejor, el campo avanza en su fase de constitución pero el tejido de errores se hace cada vez más denso. Los actos epistemológicos van a tornarse contradictorios entre sí, la técnica y el concepto, lo empírico y lo abstracto van a signar sus relaciones de manera contradictoria. Si en el momento inicial en que se da la ruptura epistemológica con el mero conocimiento empírico se recurre a la elaboración abstracta, conceptual, por ejemplo con el sistema de clasificación, lo que le permite al campo estatuirse como ciencia, en la medida que avanza y se consolida esta fase tienden a distanciarse la técnica y el concepto y cuando se da el acercamiento la técnica supedita al concepto a sus disposiciones y orientación empírica. Así, por un lado, está la técnica buscando satisfacer su vocación como instrumento que hace eficien-

te el servicio a la comunidad ahonda su pragmatismo empirista y cuando es necesario recurre a la conceptualización, cuando no la deja de lado. Pero una vez que se abrió el camino a la construcción conceptual ésta seguirá también ampliándose y se consolidará.

Recordemos lo que señalaban Bachelard y Althusser en cuanto a la irreversibilidad y continuidad de la ruptura epistemológica, una vez que se han instaurado los cambios ya no se puede regresar a la anterior fase y esos cambios continúan, lo que significa que se amplían y buscan fundarse mejor. Una vez que la esfera de lo abstracto se ha instalado en la etapa precientífica a pesar de la directriz empírica persevera por consolidarse. Esto se va a traducir en una demanda cada vez más fuerte y persistente por una fundamentación conceptual abierta, completa y determinante. Mientras que por el otro lado hay un aferramiento a la autonomía técnica concebida pragmática y empíricamente. Ésta también redundante en que los conceptos sean cada vez más abstracto pero son bloqueados, impedidos para conformarse en un sistema conceptual, es decir, en configurarse como teoría, que sea la que ponga a su disposición la técnica, la técnica fundada y dirigida teóricamente, y no como hasta ahora sucede de manera invertida. Tales contradicciones propician el surgimiento constante de los errores. De ahí la ambigüedad que a ojos tanto de legos como a sus propios integrantes ofrece el campo bibliotecológico: ¿mera técnica o ciencia?

Esta tensión conforme se ahonda hace que el tejido de errores se haga más espeso, lo que a su vez significa que el campo bibliotecológico se acerca a una frontera epistemológica; esto en cuanto al ámbito cognoscitivo. Pero tal tensión epistemológica a su vez se encuentra en contradicción con el ámbito global del campo. Mientras las prácticas a nivel global se consolidan como la educación, la investigación, las asociaciones, etc., mostrando con ello que ha llegado el campo en la fase de constitución a su completa estabilidad y límite, en el nivel cognoscitivo proliferan los errores. Así tenemos que un orden institucional definido y consolidado se levanta sobre un basamento cognoscitivo escindido. Lo que significa que la tensión que presentan conjuntamente ambos niveles ha conducido a una encrucijada, que se muestra por un lado como límite de la fase

de constitución y por el otro lado como la frontera epistemológica de la etapa precientífica. Por lo que la presencia de la ruptura epistemológica comienza a ser recurrente.

A esta tensión, que se da internamente en esos niveles en el campo, se agrega la relación dialéctica que guarda con el espacio social, en el cual los cambios acelerados en el orden de las tecnologías y la información repercuten contradictoriamente tanto en el ámbito global como en el nivel epistemológico. De la sociedad de masas que propició la gestación de la ciencia bibliotecológica y con ella la fase de constitución del campo, ahora vemos la expansión de la sociedad planetaria que exige un conocimiento científico de la bibliotecología que esté a la altura de este reto. Por ello la necesidad de que el campo acceda a su autonomía. El estado actual del campo en el límite de su fase de constitución, así como en la frontera epistemológica en que se encuentra pone de manifiesto, que se hace, imperativo llevar a cabo la ruptura epistemológica para alcanzar el estatus de científicidad. Ahora bien, por supuesto que resulta fácil hablar de ruptura epistemológica y acceso a la científicidad, pero en los hechos es un proceso mucho más complejo y arduo de llevar a cabo, puesto que para ello se tienen que remover no pocos obstáculos epistemológicos y de diversa índole. Incluyendo uno que por su elusividad no suele ser considerado, pero tiene una extrema importancia a la hora de emprender la ruptura, es ese material elemental personal que se adhiere al proceso de conocimiento como son ideas y creencias preconcebidas, por lo que es de interés hacer unos señalamientos al respecto. Esas ideas y creencias pueden ser un código que permite la cohesión de los integrantes de un campo y que responde a aspectos medulares que integran la fase respectiva del campo, sea la fase de constitución o de autonomía. Así, por ejemplo, determinado tipo de ideas pueden haber sido gestadas a partir de un cierto enfoque del conocimiento, como indica el epistemólogo Robert Blanché:

Ya Whewell señalaba que las ideas por medio de las cuales interpretamos los hechos se incorporan poco a poco a los hechos que percibimos, aunque no les distingamos ya como tales y creamos leerlos

directamente en la experiencia; así, las ideas de una generación son hechos para la generación siguiente.¹⁵

Estas palabras pueden ser comprendidas al trasluz de la fase de constitución del campo bibliotecológico. La etapa precientífica tiene como carácter determinativo la presencia directriz de lo empírico sobre lo conceptual, de ahí que la idea que sustenta el proceso cognoscitivo es que el conocimiento tiene su punto nodal en la experiencia, en lo que percibimos. Esta concepción se convierte en un *desideratum* de una generación a otra a lo largo de la fase de constitución, hasta convertirse en una creencia que hace de la técnica el instrumento necesario e imprescindible para llevar a cabo ese conocimiento empírico. Pero además en la medida que esto es una creencia acaba por permear la mentalidad general de los integrantes del campo, que conciben la técnica como la mediación natural de las prácticas y objetos de conocimiento. Mentalidad técnica complementada con un conocimiento fundado técnicamente, es la sombra que rodea a las prácticas de los integrantes del campo bibliotecológico. Y esto va generación tras generación. Al ser un error tan profundamente arraigado se convierte en uno de los obstáculos epistemológicos más difícil de superar con la ruptura epistemológica. Las estructuras ya codificadas y bien establecidas de la mentalidad ofrecen mayor resistencia para ser removidas que los mismos procesos cognoscitivos, el problema es que estos últimos al estar imbricados con una serie de creencias establecidas, que dan forma a la mentalidad de los integrantes de un campo, se torna más complicado llevar a cabo su rectificación a partir de la ruptura.

Todo esto nos conduce al punto en que tenemos que centrarnos en los agentes que han de llevar a cabo la ruptura y cómo han de proceder para ello. Un campo de conocimiento reducido a su mínima expresión de legibilidad podría caracterizarse como el espacio donde se despliega la interacción de prácticas y objetos para generar conocimiento especializado sobre aquella región de la realidad a la que está dirigido específicamente. Pero ante esto hay que añadir que las prácticas no son actividad automática y sin referente real; de hecho

15 R. Blanché. *La epistemología*. España: Oikos-Tau, 1973, p. 78

son prácticas en la medida que son llevadas a cabo por alguien cuya actividad está dirigida hacia un objeto y se realiza tal actividad cuando el objeto es constituido como una entidad de conocimiento. Pero como ya se indicó este individuo o, mejor aún, estos integrantes del campo median su proceso de conocimiento con material de las ideas y creencias que da continuidad y unidad a cada fase del campo, empero, más allá de ese factor positivo acaba por ser fuente de errores. Ante esto puede decirse que son también los integrantes del campo los únicos que pueden cambiar ese orden de cosas. El punto focal para ello es la toma de conciencia de la necesidad de que el campo bibliotecológico alcance la cientificidad.

Tomar conciencia implica asumir que la producción del conocimiento que los integrantes llevan a cabo en la fase de constitución, es decir, el conocimiento precientífico, ha de superar sus limitantes actuales que toman forma en errores, incluso, sobre la comprensión de cada uno de los objetos que se estudian y que no ha permitido dar una formulación teórica consistente de ellas. Puesto que lo que en la mayoría de los casos se ha realizado es una cada vez más elaborada explicación conceptual, lo cual ha de entenderse que no es sinónimo de teoría, sino su paso previo y necesario. Pero hay que dar el siguiente paso consciente hacia la completa construcción teórica del objeto de conocimiento. Lo que conlleva ser consciente de la unidad global del campo en sus múltiples prácticas y ha de ser conducido hacia la autonomía para que responda a los vertiginosos cambios en que se agitan las sociedades actuales.

Esa misma toma de conciencia permitirá llevar a cabo la ruptura tanto a nivel cognoscitivo como en el campo en su conjunto; ya que se puede comprender cuándo y dónde (tiempo-espacio) llevar a cabo la ruptura epistemológica. El cuándo es ese momento en que los errores cognoscitivos se han acumulado formando el obstáculo epistemológico, en cuanto al conjunto de objetos de conocimiento, lo cual acontece actualmente; el dónde es el espacio del campo mismo en cuanto conjunto de prácticas, el cual ha de dejar de verse como ámbito genérico de administración informativa, para emprender la ruptura que lo convierta en un campo científico de conoci-

miento. Así, emprendida la ruptura epistemológica, se rectifican los errores de la fase de constitución del campo bibliotecológico.

Es claro que la fase de autonomía que ha de configurarse después de la ruptura epistemológica respecto a la fase de constitución en la esfera cognoscitiva se definirá específicamente por la construcción teórica de los objetos de conocimiento. Por lo que es importante señalar primeramente el factor constructivo en el proceso de conocimiento. Decir *construir* el objeto no es señalar una simple acción cognoscitiva, por el contrario entraña una toma de posición y un enfoque específico en el terreno epistemológico. Construir en este caso significa ir a contramarcha de aquellas concepciones empiristas que parten del supuesto de que el objeto se torna cognoscible a partir de que se ofrece a la observación sistemática para ser de esa manera comprendido. Por el contrario, construir significa, como lo suscribirá Bachelard, un proceso eminentemente racional en que el objeto es producto de una completa elaboración –construcción– teórica, por lo que lo empírico y, por lo tanto, el dato observacional es secundario, cuando no irrelevante. El objeto comienza a ser construido cuando se parte para ello de supuestos teóricos, lo que rebate la observación sin supuesto y neutral empirista, que se depuran, amplían y profundizan conforme se avanza en la elaboración del objeto; cuando se llega a la completa construcción el objeto manifiesta así en todos sus órdenes la fundamentación teórica. Pero a su vez ese objeto construido teóricamente se convertirá en un supuesto teórico del que partirá la construcción teórica del otro objeto. Lo que, por otra parte, conlleva la sustentación teórica de las prácticas que llevan a cabo la construcción teórica de los objetos de conocimiento. La construcción teórica pone bajo su directriz a la técnica.

Vista la construcción teórica del objeto de conocimiento desde la aún presente fase de constitución del campo bibliotecológico puede parecer un atentado, cuando no un despropósito respecto a su vocación de servicio. Ya que puede creerse que cae en un “teóricismo” que lo aleja de su necesidad de servicio inmediato y efectivo a la sociedad. Ante esto se puede contra argumentar trayendo nuevamente a colación las ya citadas palabras de Étienne Balibar sobre la propuesta de Bachelard, donde indican que el objeto construido teóricamente im-

plica la realización de la abstracción en lo concreto. La producción de tales objetos técnicos abstracto-concretos incorpora y hace funcionar abstracciones teóricas objetivas. Por lo que la construcción teórica no es un mero “teoricismo” que se pierde en la “nebulosidad” de la abstracción, muy por el contrario encuentra su finalidad y realización en lo concreto. Pero hay que aclarar que lo concreto a lo que se ha llegado después del arduo periplo teórico es una realidad compleja, que está en la antípoda de la realidad simplificada del empirismo. Realidad que muestra su auténtico rostro complejo debido a la múltiple y expansiva planetarización actual de las sociedades. *Realidad compleja que genera exigencias y necesidades complejas de información.*

Si en verdad la construcción teórica se deslizara por la pendiente del abstraccionismo puro, es decir, por el teoricismo eso estaría significando indudablemente la aparición de un obstáculo epistemológico, de “un tejido de tenaces errores”. En vez de configurarse objetos concretos que incorporen y hagan funcionar abstracciones teóricas objetivas sólo se estaría dando lugar a objetos evanescentes, por lo que se tendría que proceder a su rectificación a partir de una ruptura epistemológica, que estaría en el otro extremo de la ruptura de lo empírico, ésta sería en relación al abstraccionismo puro.

La construcción teórica del campo bibliotecológico es la base que le puede permitir llevar a cabo de la mejor manera su vocación de servicio social de información; de hecho la vocación de servicio se realiza de forma plena y completa orientada por supuestos teóricos, puesto que así satisface de manera integral a las sociedades, las comunidades, los individuos que requieren de todo aquello que les puede ofrecer un campo bibliotecológico que ha alcanzado la autonomía.

IV

La ruptura epistemológica ha de ser llevada a cabo de manera integral, esto es, que cubra la multiplicidad de prácticas, objetos y saberes propios del campo bibliotecológico. Veamos cómo puede llevarse esto a cabo en un ámbito aparentemente periférico como es el del conocimiento histórico. Y digo periférico porque el estudio de la historia del campo bibliotecológico en cualquiera de sus extensio-

nes: internacional, regional o nacional ha sido poco cultivado; además de que conforme se desarrollaba la fase de constitución del campo y se daba mayormente el predominio de los actos técnicos con su complemento pragmático lo histórico era cada vez menos frecuentado, hasta ser marginado a un lejano suburbio del campo. Cuando debería ocupar un lugar central debido a que bien puede considerarse como una forma de conciencia del campo, de sus integrantes respecto a su propio desenvolvimiento. Conciencia del pasado para proyectar conscientemente el porvenir. Conciencia del carácter de la fase de constitución para prever la fase de autonomía. Por todo esto la historia resulta un elemento idóneo para ejemplificar la propuesta epistemológica fundada en el concepto de ruptura epistemológica de Bachelard desarrollada en los apartados anteriores. En consonancia con esto he de enunciar inicialmente la concepción de la historia que será explicada: *historia epistemológica*.

Como correlato del desenvolvimiento en el siglo XX de la epistemología francesa se dio la gestación de una historia epistemológica de la ciencia, que de hecho en gran medida es creación del discípulo de Bachelard, Georges Canguilhem, desarrollada a partir de las vías epistemológicas que abrió su maestro. La historia epistemológica es el tipo de historia característico de la fase de autonomía de un campo de conocimiento, puesto que tiene una marcada orientación teórica.

Conforme la fase de constitución del campo bibliotecológico se ha desenvuelto en el tiempo ha generado su propia historia, que a su vez ha sido objeto de historiografía. Pero en esta historia escrita tiene un carácter particular acorde con la especificidad de la fase de constitución. Es una historia en la que se han registrado los acontecimientos que han marcado su avance, esto a partir de centrarse principalmente en los personajes y las instituciones determinantes. A los que se hace un seguimiento de acuerdo a cómo evolucionan dentro del campo. Así, por ejemplo, en el caso de la bibliotecología mexicana se hace la historia de la primera institución educativa, la ENBA, a través de sus múltiples avatares como sus sucesivas fundaciones o, en su variante, se habla de sus distintos directores e incluso se reseñan sus distintos programas de estudio. Con lo que así se ha dibujado el mapa del conjunto de instituciones que surgieron y definieron su perfil dentro del

campo en la fase de constitución. De paso he de señalar un rasgo diferencial que marca la profunda distancia entre este tipo de historia y la historia epistemológica: lo que para aquella representan y significan las instituciones, para la segunda las instituciones son comprendidas como conjuntos de prácticas, lo que implica la acentuación en el aspecto cognoscitivo. En cuanto a los personajes se recurre al más tradicional de los géneros historiográficos: la biografía, para describir la vida, no exenta en algunos casos de tonos hagiográficos, de connotados bibliotecarios. Por lo que no es difícil que tales biografías se deslicen por la pendiente de la anécdota; de hecho también la historia de las instituciones hace uso a discreción de lo anecdótico. Así, por ejemplo, se narra la biografía de Juana Manrique de Lara resaltando las anécdotas que dibujaron su heroico perfil de bibliotecaria en los tiempos difíciles de los inicios de la constitución de la profesión bibliotecaria, en un México aún insumiso a las bondades de tal profesión.

Es, pues, una historia donde la anécdota y lo biográfico adquieren un papel estelar, todo lo cual además tiene una función estratégica: dar coherencia, unidad, continuidad, es decir, una forma peculiar de legibilidad del desenvolvimiento del campo durante la fase de constitución. Tal legibilidad se reviste discursivamente como una historia-crónica. Se hace la crónica de las instituciones, los saberes y los protagonistas estelares organizándola en una narrativa continua, lineal, descriptiva y superficial. Así instituciones, saberes y protagonistas se suceden unos a otros en una continuidad homogénea y lineal, como si fuera una competencia de relevos entre los fundadores y sus sucesores, con lo que se estatuye la tradición bibliotecológica. Por lo que en el fondo la historia-anécdota es forjadora de tradición. Y en una tradición, para que sea tal, quedan proscritos la discontinuidad, el cuestionamiento y la ruptura. Por lo que es también una historia que al dedicarse a compilar el pasado haciendo su descripción una historia no problemática. Para la historia-crónica el pasado como tal no es algo cuestionable sino algo que está ahí para ser sólo descrito de la manera más organizada y coherente posible. No es alguien a quien se le lancen al rostro preguntas y problemas.

Ahora bien, más allá de ésta flagrante limitación de miras de la historia-crónica sobre la que se ha sustentado la historiografía de la fase

de constitución del campo bibliotecológico, es de reconocer su mérito, implícito en sus propias limitantes: compiló, organizó y describió la información histórica del campo configurando así el capital histórico en una narrativa legible. De esa manera estatuyó la base sobre la que tiene que partir la historia epistemológica. Por otra parte, una vez que el campo ha llegado al límite de su fase de constitución en consonancia se ha dado el desgaste de este tipo de historia-crónica, que a estas alturas se muestra anacrónica, lo que a su vez ha redundado en que en este momento sea uno de los aspectos menos frecuentado y estudiado en el campo. Por todo esto se pone de manifiesto llevar a cabo en este terreno específico y acotado también la ruptura epistemológica, para instaurar precisamente una historia epistemológica a contra marcha de aquella.

La ruptura epistemológica en el nivel de la historia ha de plantearse como una construcción teórica del objeto histórico. Y esa construcción comienza a llevarse a cabo cuando se le plantean al pasado o al acontecimiento particular que se quiere conocer las preguntas adecuadas. Lo que implica plantarse problemas al acontecimiento histórico, lo que redundará en que este se convierte en sí mismo en algo problemático. Así, pues, el pasado no puede ser concebido como un hecho dado, simple y estático, muy por el contrario es algo construido por la racionalidad científica. Se han de problematizar los acontecimientos canonizados y en la manera cómo se planteó la pregunta, es decir, la manera en cómo se formula el problema ya se está poniendo la base de un conocimiento riguroso con el que se construye conceptualmente el objeto histórico del que se trate.

A diferencia de la historia-crónica que hace de las instituciones y los protagonistas sus objetos históricos privilegiados para ser descritos, la historia epistemológica se centra sobre las prácticas y el proceso cognoscitivo a través del cual estas construyen sus objetos. Las prácticas tanto como los objetos cambian en el tiempo por acción del proceso de conocimiento, que por consecuencia es histórico. A lo largo de la historia de un campo las prácticas y sus objetos de conocimiento cambian y tales cambios van marcando la transformación del campo. En cada fase del campo las prácticas y los objetos cambian de una determinada manera lo que marca las pautas para que se esta-

blezcan y desenvuelvan ya sea la fase de constitución o de autonomía: cambios bajo supuestos precientíficos en la primera fase, cambios científicos en la segunda fase. A la historia epistemológica, por consiguiente, no le interesa el anecdotario histórico del campo, sino la historicidad del proceso de conocimiento que se da entre las prácticas y los objetos. Así, por ejemplo, siguiendo una vez más con el caso mexicano, históricamente el antecedente inmediato que dio lugar al inicio de la fase de constitución del campo bibliotecológico fue el intento emprendido entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX por José María Vigil de catalogar la colección de la Biblioteca Nacional con el sistema Namur. Esto nos refiere que el momento de fundación de un campo no radica en una fecha o un acontecimiento por demás espectacular, eso es parte del anecdotario histórico, sino en la puesta en marcha de una práctica articulada cognoscitivamente. Lo que por otra parte va a significar una toma de distancia del conocimiento empírico en el que fundamentalmente se sustentaban las formas de catalogación. El sistema de catalogación instaurado por Vigil se correspondía con la concepción de la práctica bibliotecaria de la era porfiriana; a su vez fue cambiando por el nuevo régimen revolucionario por el sistema de Melvil Dewey, que respondía a otra concepción cognoscitiva. Lo que a su vez planteó el problema de la preparación del personal idóneo para implementar y manejar la innovación creada por Dewey, por lo que se creó en 1915 la Academia de bibliografía, cuya ineficacia daría lugar en 1916 a la fundación de la primera ENBA. Con esto comprendemos como una práctica en la construcción de su objeto, catalogación, da lugar a otra práctica: la educación bibliotecaria. Lo que marcaba otro paso de distanciamiento del empirismo. Con la ENBA se buscaba dar otro paso que conducía al personal bibliotecario de lo empírico a lo profesional. Cada una de estas prácticas por su parte han cambiado en el transcurso de la fase de constitución del campo bibliotecológico mexicano.

Así pues, la historicidad de las prácticas, los objetos y el conocimiento que interacciona entre ambos es sobre aquello que se centra la historia epistemológica. Pero el desenvolvimiento histórico de las prácticas y los objetos de conocimiento no es lineal, ni continuo, ni homogéneo; por el contrario, es discontinuo. No ha de comprender-

se una práctica como la continuación y derivado inmediato de la precedente. Así como vimos la discontinuidad entre la práctica de catalogación con el sistema Namur instaurado por Vigil y la catalogación con el sistema de clasificación decimal de Melvin Dewey aplicado en la Biblioteca Nacional en el periodo posrevolucionario.

Es de subrayarse que esta historia epistemológica no se centra exclusivamente en el desenvolvimiento histórico de las prácticas y los objetos, al focalizar también su atención en la mediación cognoscitiva que se da entre ambos ello conduce a llevar a cabo un seguimiento de los errores que se generan en el proceso de conocimiento. Errores que por lo mismo son una instancia privilegiada para ser historizada. La producción histórica del error da la pauta para comprender la orientación que siguen las prácticas y los objetos en una determinada fase de despliegue del campo. Seguir el recorrido histórico de los errores asimismo nos permite ver como estos se acumulan hasta formar el obstáculo epistemológico que indica que el momento de llevar a cabo la ruptura epistemológica ha llegado, con lo que se ha de rectificar lo que condujo a ese “tejido de errores tenaces”. Rectificación que además implica reconstituir los actos epistemológicos: técnica y conceptos (que también tienen una historicidad) para construir teóricamente prácticas y objetos. Con lo que la historia epistemológica aparte de mostrar el desenvolvimiento histórico del proceso de conocimiento por vía de prácticas y objetos, tiene también un valor prescriptivo porque a partir de explicar el pasado indica el camino a seguir adelante al campo: la fase de autonomía.

Como se desprende de lo expuesto arriba, la historia epistemológica es producto de una ruptura respecto a la historia tradicional ejercida en el campo bibliotecológico, pero a su vez la práctica de este tipo de historia tiene la particularidad de mostrar el camino a seguir hacia la ruptura epistemológica. A la manera de Jano, deidad romana bifronte, la historia epistemológica tiene dos rostros: el que mira al pasado y el que se dirige al futuro del campo bibliotecológico. Recuperando el pasado se puede proyectar un futuro diferente por mediación de la ruptura: el de la cientificidad, para construir al campo bibliotecológico como un auténtico campo de conocimiento científico.

**Investigación y epistemología: hacia la
construcción de la teoría
bibliotecológica**

Pero lo que aparece es algo totalmente distinto. Un nuevo género. Una historia de la luz, una historia de la reflexión, de la investigación, del triunfo de la razón.

Ricardo Piglia

Conforme el campo bibliotecológico consolida su fase de constitución va dejando rubros pendientes que, al no ser resueltos, se están convirtiendo en un factor que limita su transición hacia la fase de autonomía; es decir, hacia su instauración como un campo de conocimiento auténticamente científico. Uno de esos rubros, muy probablemente el de mayor importancia, es el de la elaboración teórica o, con más ambición, el de la construcción de la teoría bibliotecológica. A todo lo largo y ancho del campo se dejan escuchar cada vez con más frecuencia voces que señalan la necesidad de una fundamentación teórica consistente y propiamente bibliotecológica. Por lo que solicitan se ponga en el centro del debate dentro del campo el proyecto de asumir y desarrollar la teoría bibliotecológica. Lo cual es síntoma claro de que el campo está llegando a su límite de desarrollo dentro de su fase de constitución (límite que, por supuesto, puede prolongarse aún largo tiempo, si no se toman las medidas para evitar ese estancamiento) y requiere ahora ser orientado a la autonomía. Indudablemente también hay voces o posiciones dentro del campo (y fuera de él) que estiman que no es necesario ese excesivo trabajo de construcción teórica puesto que todo funciona como debe ser y así satisface cumplidamente las necesidades de información de la colectividad, así pues, con su función técnica y administrativa basta. De una postura semejante lo menos que se puede decir que es una visión de estrechos alcances, puesto que enfoca al campo de manera segmentada y superficial: no lo comprende a través de la dinámica interactuante del conjunto de sus múltiples prácti-

cas y objetos de conocimiento, ni de su devenir histórico social y mucho menos entiende con precisión la transfiguración que han sufrido los requerimientos informativos de la colectividad a partir de los acelerados cambios propiciados por el ascenso de las nuevas tecnologías (y el proceso de globalización). De comprender todo esto se le haría obvio el por qué el requerimiento de aquellos otros que solicitan la implementación y asunción prioritaria de la construcción teórica.

Ahora bien, la construcción teórica no se realiza por un acto voluntarista, ni por inspiración fulgurante así como tampoco, como hasta ahora se ha pretendido hacer en el campo bibliotecológico, por yuxtaposición extralógica de teorías foráneas.¹ Cabalmente es un proceso de construcción discursiva que comienza a erigirse desde los propios cimientos, como toda construcción que se pretenda sólida y bien hecha. Los cimientos sobre los que se levanta y descansa una construcción teórica son sus supuestos epistemológicos o, más exactamente, la concepción epistemológica desde la que se elabora discursivamente una teoría. De ahí el por qué sea un requerimiento para la empresa de construcción teórica llevar a cabo una reflexión crítica de la práctica epistemológica; en este caso, la que es inherente al campo bibliotecológico. Lo que por otra parte significa comprender cómo se despliega la epistemología por mediación del proceso de investigación bibliotecológica. Resulta por ello pertinente clarificar de primera instancia el carácter tanto de la investigación como de la epistemología para así dilucidar su interacción. Lo que a su vez nos dará la pauta para responder a los problemas de fondo que buscan dirimirse en la reflexión del presente escrito: ¿Por qué la investigación bibliotecológica no ha podido construir hasta ahora la teoría propiamente bibliotecológica? y ¿cómo ésta puede llevarse a su realización?

Como sendas hipotéticas a seguir adelantaré las siguientes respuestas: a) Hasta ahora la investigación bibliotecológica ha asumido de múltiples formas una práctica epistemológica que por sus caracte-

1 H. G. Alfaro López, "Investigación bibliotecológica y teoría: una relación ambigua", en *Investigación Bibliotecológica: Archivonomía, bibliotecología e información*, vol. 19, No. 39, julio-diciembre, CUIB-UNAM.

rísticas ha paralizado el desarrollo del conocimiento bibliotecológico, entrampándolo además en esquemas rutinarios y poco flexibles; b) Sólo a partir de asumir y poner en marcha un tipo diferente (opuesto) de epistemología se podrá gestar la teoría propiamente bibliotecológica.

Puede decirse en cierto modo que toda epistemología es una forma de investigación, más no toda investigación es una epistemología. Este aparente juego de palabras puede clarificarse a partir de comprender la especificidad de cada una de ellas. Para lo cual remitámonos primeramente a la raíz etimológica de la investigación: proviene del latín *investigationem*, acusativo de *investigatio*, que significa “buscar cuidadosamente”. El verbo precisa mejor esto: in (‘en’) + *vestigare* proviene de *vestigium* (vestigio) que significa huella, rastro; por lo que investigar es “seguir las huellas, buscar o descubrir la pista”.² Otras definiciones no etimológicas del verbo investigar acentúan su carácter de acción o disposición intelectual: “Intentar descubrir o conocer alguna cosa examinando atentamente cualquier indicio o realizando las diligencias para averiguar o aclarar un hecho” y “Realizar actividades intelectuales y experimentales de modo sistemático con el propósito de aumentar los conocimientos sobre una materia”.³ Es de notarse que en esta última definición se hace patente una bifurcación hacia el conocimiento especializado, lo que a la vez deja de manifiesto la vía que conduce la investigación hacia la epistemología. Pero antes es conveniente especificar a partir de tales definiciones el carácter propio de la investigación. Lo primero que se pone de manifiesto es que el carácter central de la investigación es *búsqueda y descubrimiento*. En segundo, es búsqueda de vestigios, de huellas de aquello que se quiere descubrir. Por último tal búsqueda se lleva a cabo por medio de una actividad intelectual. La investigación no es una búsqueda y descubrimiento fortuita sino que está encauzada de forma organizada. Entendida de manera amplia, puede decirse que es un movimiento, una orientación, una inclinación

2 Guido Gómez de Silva. *Breve diccionario etimológico de la lengua española*. Colegio de México-FCE, México.

3 Larousse. *Diccionario enciclopédico*. Colombia.

de la razón humana de conocimiento frente al mundo. La investigación es una forma natural de ser del espíritu humano. El hombre no sólo se dedica a vivir en el mundo sino que también tiene necesidad de clarificárselo intelectivamente y para ello pone en marcha la investigación. Esa clarificación intelectual busca discernir, comprender aquello que escapa a lo normal; por sobre el aspecto de normalidad que ofrece la realidad aparecen de manera inesperada y en los lugares menos previsible zonas anormales o patológicas, como las definió Georges Canguilhem,⁴ que despiertan la inquietud por comprender, por saber de qué se trata el pensamiento que guía organizadamente la investigación se mueve con agilidad para encontrar los vestigios que dejan esas zonas anormales, oscuras para iluminarlas y así integrarlas a la normalidad. Pero por cada zona anormal ganada para la normalidad aparece una nueva zona anormal que requiere de clarificación investigadora: cada problema resuelto genera nuevos problemas; esa es la condición de posibilidad de la investigación. La otra cara de lo normal es lo patológico.

Por otra parte la investigación, que responda a su propia naturaleza, ha de ser un proceso abierto, flexible y cambiante para modificar, incluso sobre la marcha al buscar las huellas que deja la anormalidad, la orientación y procedimientos seguidos en la clarificación de lo desconocido que aparece a cada momento y por doquier.⁵ Lo que significa que la acción intelectual que organiza primariamente la investigación entraña también elementos imaginativos y creativos que impiden (o cuando menos limitan) la mecanización, la petrificación y hasta los callejones sin salida en el despliegue investigativo. *La in-*

⁴ G. Canguilhem. *Le normal et le pathologique*. France, PUF, 1966.

⁵ Ricardo Piglia en su apasionante libro *El último lector*, Barcelona, Anagrama, 2005, diserta sobre el procedimiento investigativo que llevan a cabo los detectives literarios, que por lo mismo son también llamados investigadores privados; los cuales son en el sentido etimológico de la palabra auténticos buscadores de huellas de eso que se escapa a la normalidad social, en este caso, el crimen. De ahí que por analogía puede decirse que un investigador académico (público) sea en gran medida también un detective, aunque es de desearse que al igual que los detectives privados tuvieran el sentido del riesgo y la aventura a la hora de emprender sus investigaciones.

vestigación es, pues, el espíritu humano de búsqueda de los vestigios que deja lo anormal en la realidad a través de una acción intelectual e imaginativa. Una vez que después de haber seguido sus huellas ha sido descubierto lo anormal de la realidad la investigación se transfigura, su acción clarificadora de lo desconocido se convierte en proceso de conocimiento, asimismo acorde con el objeto y con los procedimientos para conocerlo. Así, por ejemplo, puede ser un objeto químico, filosófico, físico, bibliotecológico, etc. El espíritu de búsqueda propio de la investigación tiene que asumir los supuestos de esas áreas de conocimiento para conocer sus objetos. Y si ese conocimiento quiere llevarlo a cabo de manera perfectamente lógica y sistemática para conocer su “verdad”, llámense leyes o el ser o cualquier otra cosa, entonces se transfigura epistemológicamente. La investigación adopta el rostro de la epistemología: investigación claramente perfilada de forma cognoscitiva-sistemática; lo cual lleva a plantearnos ahora sobre el qué es la epistemología para comprender mejor su unión con la investigación.

El término epistemología proviene del sustantivo griego *episteme* que significaba conocimiento, pero de un tipo muy específico. De hecho los griegos tenían otras formas de conocimiento como la *dianoia*, la *techne* o la *sofía*, por supuesto que cada una de ellas tenía una especificidad definitoria que la hacía distinguible de las otras: “Pero la *episteme* constituye, en la teoría (filosofía) del conocimiento (epistemología) de los griegos, el auténtico conocimiento, el paradigma o modelo al que se asemejan los restantes tipos(...)”.⁶ Mientras las otras formas de conocimiento tienen una manifestación y un alcance parcial y limitado, la *episteme* tiene facultades más amplias y genéricas para los griegos. Y ello en virtud de su filiación con la verdad. La *episteme* es clara expresión del desenvolvimiento del mundo o, más exactamente, de la verdad del mundo. A lo largo de toda la filosofía griega, desde los presocráticos hasta Aristóteles pasando por Sócrates y Platón, se hace evidente y se fundamenta no sólo el despliegue de la razón (*logos*) en su afán de conocer la verdad, sino tam-

6 Jacobo Muñoz y Valverde, Julián (edición). *Compendio de epistemología*. Madrid, Trotta, 2000.

bién la organización sistemática que se da a sí misma para alcanzar esa verdad. De la pregunta ¿Qué se conoce? (ontología) se oscila a la pregunta ¿cómo se conoce? (epistemología). Gradualmente esta organización (o formas de organización) que se da la razón se convertirá en objeto mismo de conocimiento, lo que dará lugar a la ciencia del conocimiento: epistemología. Esa autoorganización cognoscitiva de la razón con el rodar de los siglos será de múltiples tipos de acuerdo al estado del conocimiento de cada época, las necesidades cognoscitivas de cada sociedad (incluso necesidades de orden político e ideológico), pero principalmente a partir de una sofisticación cada vez más precisa y sistemática de la propia razón al elaborar sus instrumentos y procedimientos para conocer mejor sus objetos, esto es, sus hipótesis, conceptos, métodos, etc. Lo que propició el surgimiento de múltiples teorías del conocimiento que explican esos variados tipos de organización que se da la razón para conocer. A propósito, es pertinente señalar que en algunos contextos epistemología y teoría del conocimiento se utilizan como sinónimos, mientras que en otros se las diferencia claramente; el criterio que aquí sigo es el de distinguirlas de acuerdo al ámbito en el que se utilizan: cuando se explica el proceso de conocimiento fuera del ámbito científico lo comprendo como teoría del conocimiento; mientras que cuando es referido a todo lo relativo al conocimiento científico (y principalmente dentro de los espacios propios de producción científica como son los campos de conocimiento) lo defino como epistemología. Lo que no significa una tajante separación y diferenciación puesto que según la dinámica de conocimiento social pueden interactuar y fundirse en un solo y mismo proceso.

Conforme los diversos órdenes de conocimiento se polarizan especializándose, después de que la matriz filosófica griega que integraba los múltiples saberes hizo eclosión, la razón asimismo se transfigura para adecuarse a las necesidades de tales saberes. Lo que va a propiciar el desarrollo y consolidación de la epistemología, pero además con ello el impulso investigativo inherente a la razón que se auto organiza para conocer los objetos propios de esos saberes a la vez se precisa y consolida. La arquitectura epistemológica que sostiene a la razón para lograr el conocimiento de manera más sistemática

y precisa está signada por el espíritu de búsqueda de la investigación. Una vez descubierto el objeto de conocimiento, la epistemología, con sus instrumentos y procedimientos, lo conoce, esto significa la depuración, la realización y consolidación del proceso de investigación. Más por otra parte, al alcanzar esa consolidación, la investigación (el espíritu de búsqueda y descubrimiento) corre el riesgo de petrificarse como consecuencia de los instrumentos y procedimientos empleados por la misma epistemología. Y esto es mayormente probable en aquellas epistemologías que por las características de su propia arquitectura tiende a la mecanización, como se verá más adelante. Después de lo expuesto puede comprenderse el sentido del enunciado de que no toda investigación es una epistemología, mientras que toda epistemología es una forma de investigación. Esta última es espíritu de búsqueda y descubrimiento siguiendo un orden primario y sólo se reviste epistemológicamente bajo ciertos supuestos y requerimientos cognoscitivos; mientras que la epistemología es permanentemente investigación sistematizada para alcanzar la verdad. Esto se comprenderá mejor cuando se vea al trasluz de la unión de investigación y epistemología desplegándose dentro del campo bibliotecológico; lo que a su vez será el umbral de acceso para alcanzar el objetivo de esta reflexión: comprender cómo al asumir otro tipo de epistemología, diferente al que prevalece actualmente, la investigación bibliotecológica puede construir la teoría que sea el basamento de su práctica generalizada de investigación, lo que le permitirá ser el eje fundamentador y coordinador de las diversas prácticas constitutivas del campo. Lo que por último redundará en que el campo bibliotecológico alcance su autonomía, esto es, que se encuentre fundado de manera integral por la *-su-* teoría, adquiriendo plenamente así el estatus de científicidad.

El filósofo John Dewey en su monumental obra *Lógica. Teoría de la investigación* plantea una fecunda dualidad de la investigación, por un lado está la que denomina como *investigación del sentido común* y por el otro lado aquella que designa como *investigación científica*. Cada una tiene sus cualidades específicas y sus ámbitos de desarrollo y aplicación:

Designaré el ambiente que abarca *directamente* a los seres humanos ambiente o ‘mundo’ del sentido común y las investigaciones que tienen lugar para llevar a cabo los ajustes requeridos en el comportamiento, investigaciones del sentido común (...) En las investigaciones del sentido común va implícita necesariamente la adquisición del conocimiento de algunas cosas, pero tiene lugar a los fines de alcanzar algún resultado de uso y goce y no, como en el caso de la investigación científica, la investigación por la investigación misma. En este caso los seres humanos no se hallan *directamente* envueltos por el ambiente *inmediato*, hecho que lleva aparejada la base para distinguir lo teórico de lo práctico (...) tienen que distinguirse (las investigaciones de sentido común) de las investigaciones característicamente científicas o que se proponen alcanzar hechos, leyes y teorías confirmadas.⁷

El dar estatus de investigación al sentido común muestra la perspicacia de Dewey para comprender el polimorfismo del proceso investigativo. Y es la investigación del sentido común la que mejor pone en evidencia que no toda investigación es epistemológica, puesto que en esa esfera no se requiere la arquitectura epistemológica para realizar sus fines que son, como indica J. Dewey, el uso y el gozo, no el conocimiento de la verdad: hechos, leyes. Es de acotarse que el autor establece una permanente relación entre ambos tipos de investigación; relación que en ciertas fases se torna más tenue o “tortuosa” pero siempre está presente, de hecho lo estima como un proceso circular: la ciencia arranca del sentido común y a él termina regresando.⁸ Lo que de entrada denota que a la base de su visión de la investigación esta trabajando una epistemología de carácter empirista, en la que la ciencia sólo juega un papel de procesadora del sentido común. Lo que en el fondo resulta la consagración empírica de la expe-

7 J. Dewey. *Lógica. Teoría de la investigación*. México, FCE, 1950, pp. 76-77.

8 “Los problemas desaparecen al darnos cuenta que los objetos científicos guardan una relación genética y funcional con las del sentido común. El objeto científico es intermedio y no final y completo en sí mismo”. *Ibid.*, p. 82 “De todos modos las vías de comunicación entre el sentido común y la ciencia son, en gran parte, senderos de una sola dirección. La ciencia arranca del sentido común, pero el camino de regreso al sentido común es tortuoso y se halla bloqueado por las condiciones sociales existentes”. *Ibid.*, p. 94.

riencia inmediata, muy acorde con la tendencia genérica seguida por la epistemología estadounidense. J. Dewey en ningún momento, a lo largo de su obra *Lógica. Teoría de la investigación*, se plantea la contradicción que subyace entre sus supuestos empiristas y su concepción de la investigación científica. De hecho como lo muestra la revolución científica del siglo XX, entre sentido común y conocimiento científico se da un distanciamiento cada vez mayor, al grado de contraponerse llegando a una completa ruptura epistemológica entre ambos, como lo clarificó y fundamentó Gastón Bachelard.⁹ La ciencia, pues, no es una continuación del sentido común sino su discontinuidad, por lo que entre investigación de sentido común e investigación científica se da una ruptura epistemológica. El objeto científico no es una fase intermedia de la que después se siga tortuosamente el camino de regreso al sentido común, sino que es el momento último de un largo y complejo camino de elaboración epistemológica abstracta, que va en dirección contraria del sentido común: es, finalmente, una construcción teórica.

La concepción dualista de la investigación de J. Dewey por otra parte, y esto es en lo que radica su importancia para mi argumentación, muestra el punto en que la investigación de sentido común se transfigura en investigación científica pero presentándose como continuidad que encubre la discontinuidad, tendencia característica y definitoria de todas aquellas epistemologías que se sustentan en principios de carácter empirista y positivista. La investigación *per se*, como ya se explicó, es aquella manifestación del espíritu de búsqueda y descubrimiento, al transfigurarse en investigación del sentido común se orienta ahora a la búsqueda y el descubrimiento del uso y el gozo de la realidad. La acción intelectual de la investigación para alcanzar esto se avoca hacia la búsqueda de regularidades de la realidad y con base en ellas fincar su descubrimiento. La mente tiene una faceta organizativa que hace que, llevada a su extremo, se convierta en una “máquina atrapa regularidades”. Desde el momento en que han sido descubiertas esas regularidades y con ello satisfecho las ne-

9 G. Bachelard. *Le nouvel esprit scientifique*. París, PUF, 1999.

cesidades de la investigación de sentido común quedan estatuidas como elemento central del conocimiento. Las regularidades que ofrecen los objetos y los datos de la experiencia al ser percibidos pasan a ser *lo dado*, el *hecho empírico*: y se cree que es de tal grado su evidencia fundada en su regularidad que son concebidos de manera no problemática. Esto viene a reforzarse a partir de considerar que la objetividad que ofrecen los hechos empíricos les viene dada precisamente por su constancia y regularidad. Los datos de partida son sensoriales, pero no por ello subjetivos sino todo lo contrario, objetivos. Noción de objetividad que incluso se sustenta sobre el *dictum* ideológico de incuestionabilidad, que rechaza a cualquier otra alternativa que proponga un paradigma distinto de objetividad. De esta manera se da la transición de la investigación de sentido común a la investigación científica a través de una epistemología empirista, y sobre todo en su vertiente más rigurosamente formalizada con el positivismo.¹⁰ Esta transición de un tipo de investigación a otro es el que va a asumir como propio el campo bibliotecológico a lo largo de su fase de constitución afincándose claramente en una epistemología positivista, por lo que conviene detenernos en ello para revisarlo en detalle.

La fase de constitución del campo bibliotecológico se inicia durante el periodo en que el antiguo modelo bibliotecario da paso a otro modelo fundado en la biblioteca pública. Esto se da primeramente en los Estados Unidos, donde la expansión industrial de finales del siglo XIX, la organización política democrática y el ascenso de la sociedad de masas establecen otra forma de producción, distribución y consumo de la información. La respuesta a todo ello fue la biblioteca pública, la cual para dar satisfacción al incremento en la demanda de información dio prioridad a los procesos técnicos, lo que conllevó el

10 Es de aclarar que aunque en algunos casos se ha hecho del empirismo y el positivismo sinónimos es de aclarar que son diferentes pero tienen elementos comunes que los hermanan profundamente. Por su parte el empirismo tiene como factor prioritario de conocimiento los hechos, lo que supone una sumisión pasiva a la realidad; mientras que el positivismo se centra primordialmente en la formalización de el hecho. Por lo que la obtención de la verdad científica pasa por el uso de un buen método perfectamente formalizado y sistematizado. De facto esa diferencia entre ambos es más de grado que de fondo.

privilegio de la técnica en la integridad de la organicidad bibliotecaria. En consonancia con el proceso de tecnificación se fueron definiendo una amplia diversidad de prácticas, lo que coadyuvo a la generación del campo en su fase de constitución signada ésta por el dominio y despliegue técnico. Muy en consonancia con la fase de constitución de los campos científicos determinados por el privilegio técnico. Pero como la técnica por sí misma no genera conocimiento, el campo bibliotecológico va a requerir en su fase de constitución una base epistemológica para dar explicación a y de sus procesos técnicos, lo que significaba hacerlos más funcionales y efectivos para satisfacer la demanda de información. Para ello de manera natural se asumió la epistemología que estaba en consonancia con ese privilegio técnico: el positivismo; el cual al fusionarse epistemológicamente con la técnica se conformó en un *positivismo instrumental*, que en síntesis puede caracterizarse como aquel que a través de medios técnicos busca realizaciones administrativas.¹¹ Por otra parte es de subrayarse que también contribuyó al establecimiento del positivismo en el campo bibliotecológico no sólo su prestigio científicista sino también el que por sus características específicas está en perfecta consonancia con la mentalidad pragmática estadounidense. Todo esto contribuyó para el gran éxito del modelo bibliotecario formulado en los Estados Unidos, además de estar nimbado por el prestigio de la ascendente potencia en que se estaba convirtiendo ese país. Todo eso contribuyó para que fuera exportado al resto del mundo, teniendo una profunda influencia, sobre todo en Latinoamérica, hasta nuestros días.

Ahora bien, las características particulares definitorias de la epistemología positivista consisten en que parten de los datos de la percepción que nos ofrecen lo dado, los hechos empíricos, a partir de su constancia y regularidad, que son delimitados y aislados de su contexto, de los referentes que guardan con los demás hechos y objetos empíricos. Con lo que comienza así a establecerse el efecto de invernadero sobre el objeto de conocimiento, que redundará en una in-

11 Cfr. Max Horkheimer. *Crítica de la razón instrumental*. Madrid: Trotta, 2002.

capacidad de captar la totalidad. Una vez que los hechos o los objetos han sido claramente delimitados en la observación, la cual debe ser lo más precisa posible para alcanzar la objetividad y evitar a toda costa el error, se montan en la *cadena de producción del conocimiento* (a semejanza del chasis que avanzaba en la cadena de montaje del taylorismo) para ir avanzando irreversiblemente por cada una de las siguientes etapas: hipótesis, experimentación, resultados, interpretación y conclusión (OHERIC). Son etapas claramente formalizadas y sistematizadas con una lógica preestablecida. Cada paso sigue lógica y necesariamente al siguiente, no hay vuelta atrás ni desvíos laterales. Formalización que se solidifica en un sistema hipotético-deductivo del que finalmente se extraerán las leyes que rigen al objeto empírico. Lo que no significa que al salir el objeto de procesamiento científico en la cadena de producción del conocimiento (OHERIC) se hayan establecido sus relaciones con el entorno de los demás objetos empíricos. Después del proceso epistemológico se conocen las leyes que lo rigen pero en su aislamiento, más nunca se plantea conocerlo al trasluz de la totalidad de la realidad. Sólo se puede ser coherentemente objetivo si la subjetividad capta la totalidad. El objeto empírico ha sido convertido en objeto científico, pero en él aún preexisten sus adherencias empíricas, de hecho eso es lo que permite restituirlo al horizonte del que originalmente fue extraído; el tortuoso proceso, que explicaba J. Dewey, que recorre el objeto empírico a través de la investigación científica es así reintegrado (procesado) a la empiria. El positivismo cierra así circularmente su proceso epistemológico: comienza con un empirismo simple y concluye con un empirismo más elaborado y procesado. Pero a lo largo de ese proceso de formalización cognoscitiva positivista acontece también algo más recóndito y sutil: el espíritu de la investigación, búsqueda y descubrimiento, acaba por ser formalizado. La lógica férrea con la que se despliega la epistemología positivista convierte a la búsqueda y el descubrimiento en estructuras lógicas, lo que las significa vacías de imaginación y creatividad, llegando incluso a convertirse en procedimientos mecanizados y reiterativos. Lo cual va a tener hondas repercusiones en el campo bibliotecológico cuando a lo largo de su fase de constitución vaya delimitándose su práctica de investigación.

El positivismo al estar avalado por los prestigios de la ciencia de manera natural se convirtió en el soporte teórico y epistemológico de los campos de conocimiento; al estar en consonancia con los campos propiamente científicos los impulsó para alcanzar su autonomía, mientras que a los otros campos que adoptaron el positivismo les dio diferentes resultados. En el caso del campo bibliotecológico, en el inicio de su fase de constitución, el positivismo le sirvió para justificar y consolidar su orientación técnica y conformar una base de conocimiento a partir de esa orientación, lo que redundaba en una mayor eficiencia de los servicios bibliotecarios que se requerían en ese momento. Esto a su vez va a generar la necesidad de constituir la práctica de investigación, para que sea en ella que, de forma sistemática, se lleve a cabo la elaboración cognoscitiva, como comprendió y emprendió primeramente la *Graduate Library School of Chicago* (GLSCH o simplemente Escuela de Chicago).¹² Su visionario director, Louis Round Wilson, entendió claramente la pertinencia de constituir la práctica de investigación bibliotecológica, la cual, según su idea, tenía que ser además el soporte del programa educativo de la Escuela de Chicago. Lo que significó el primer intento de hacer de la práctica de investigación el eje fundamentador y articulador de las demás prácticas y del campo. Ahora bien, conforme va definiéndose la práctica de investigación, a la par de la definición de las demás prácticas y del campo en su conjunto durante su fase de constitución, el positivismo se consolida como su base epistemológica, desplegándose a través de las múltiples prácticas. Lo que de manera no dicha acaba por darle un estatus de institucionalidad, que permea incluso los estratos más profundos de la mentalidad de los integrantes del campo, llegando a convertirse en un automatismo inconsciente. Una epistemología no es un instrumento de conocimiento neutro, desde el momento en que es institucionalizada y consensuada dentro de un campo se solidifican las adherencias políticas e ideológicas que la acompañan. Lo que termina por legitimar a la susodicha epis-

12 Jesse Shera. *Los fundamentos de la educación bibliotecológica*. México: CUIB-UNAM, 1990.

temología como la única instancia productora de conocimiento válido o incluso como el único conocimiento sustentado en la verdad.

La investigación bibliotecológica fundada en la epistemología positivista va a buscar comprender las regularidades de los fenómenos que le son propios. Procediendo como lo dictan los supuestos del positivismo va a partir cognoscitivamente de los hechos empíricos que ofrecen los fenómenos bibliotecológicos en turno a conocer, aislandolos del resto de los fenómenos del campo. Los objetos o prácticas a ser conocidas están a su vez signados por el *dictum* técnico predominante en el campo, por lo que se les enfoca técnicamente también. Determinismo técnico que al sustentarse en el positivismo busca conocer el objeto desde el enfoque cognoscitivo técnico. Al objeto, aislado de los demás objetos bibliotecológicos, se le monta en la cadena de producción del conocimiento (OHERIC), de donde sale como un objeto justificado técnicamente y para finalidades técnicas que le permitan ser más funcional y eficiente en la biblioteca. De hecho con esto queda de manifiesto cómo la finalidad de la investigación bibliotecológica está determinada por los requerimientos técnicos de la biblioteca. Esto hace que la teoría sea desarrollada a posteriori para explicar y justificar la previa actividad práctica bibliotecaria. Así el tipo de teoría que desarrolla la investigación bibliotecológica va a la zaga de los procesos bibliotecarios, cuando debería ser al contrario, la investigación marcando las directrices teóricas de cómo debe ser la biblioteca y hacia donde debe ir. De ahí que la biblioteca vaya a su vez a la zaga de los procesos sociales, cuando debería ser ella factor de transformación de la sociedad. El positivismo contribuye a la fundamentación técnica, la cual a su vez fundamenta las prácticas y los objetos del campo bibliotecológico, que al estar determinado por los procesos técnicos queda estacionado en su fase de constitución, lo que significa inmovilizado en su etapa técnica.

Pero estos son los efectos de la epistemología positivista en la dimensión más externa del conjunto del campo, vayamos a mayor profundidad para comprender con precisión el por qué tal epistemología ha paralizado el desarrollo del conocimiento bibliotecológico, lo que ha coadyuvado en que no se lleve a cabo la construcción de la teoría bibliotecológica propia. El positivismo, como se

explicó, establece el hecho empírico a partir de sus regularidades y su aislamiento, que al ser montado en la cadena de producción del conocimiento (OHERIC) acaba por ser cercado por la formalización. Esto redundaba en que el espíritu de la investigación: búsqueda y descubrimiento a través de la interacción de razonamiento, imaginación y creatividad se formalice. De hecho esa formalización significa la marginación de la imaginación y la creatividad del proceso cognoscitivo dejando sólo actuar al razonamiento potenciando con ello su operatividad lógica. Todo esto favorece la continuidad y reiterabilidad del proceso de conocimiento, que por lo mismo tiende a caer en la inercia del automatismo, lo que acaba por desembocar en la conformación de esquemas que se constituyen en el basamento de la investigación. Esquemas que consolidan el conocimiento establecido posibilitando su reproducción, pero que, por su propia naturaleza, no propician la generación de conocimientos nuevos y distintos.¹³ Jean Piaget comprendió perfectamente la función de los *esquemas de asimilación*, como los definió, en el proceso de la investigación, a los que enuncia en dos postulados:

Primer postulado: Todo esquema de asimilación tiende a alimentarse, es decir, a incorporar los elementos exteriores a él y compatibles con su naturaleza. Este postulado se limita a asignar un motor a la investigación, y por lo tanto a considerar como necesaria una actividad del sujeto, pero no implica por sí mismo la construcción de novedades, porque un esquema bastante amplio (como el de <entes>) podría asimilar todo el universo sin modificar éste ni enriquecerse en cuanto a comprensión.

Segundo postulado: Todo esquema de asimilación se encuentra obligado a acomodarse a los elementos que asimila, es decir, a modificarse en función de sus particularidades, pero sin perder por ello su continuidad (y por lo tanto su cerramiento en cuanto ciclo de procesos interdependientes), ni sus anteriores poderes de asimilación. Este segundo postulado (que ya es válido en el plano biológico

13 También hay que agregar que otro factor que propicia la generación de esquemas en la investigación y que asimismo los solidifica es el marco institucional que permitió primeramente la legitimación de una epistemología particular. Esa institucionalidad legitima el conocimiento a partir de su reiterabilidad y continuidad, sin rupturas ni discontinuidades, que se ajuste a parámetros ya conocidos.

con la formación de las <adaptaciones> fenotípicas) afirma la necesidad de un equilibrio entre la asimilación y la acomodación en la medida en que la acomodación se impone y sigue siendo compatible con el ciclo, modificado o no.¹⁴

La investigación una vez que se transfigura epistemológicamente tiende a estabilizarse a través de la instauración de esquemas; pero si la epistemología que está tensionando a la investigación tiene una férrea estructura formalizadora como la del positivismo entonces los esquemas tienden a petrificarse, a inmovilizarse retardando o incluso rechazando el cambio. Sintetizando lo que señala Piaget en sus dos postulados, los esquemas incorporan elementos exteriores a él y que son compatibles con su naturaleza; pero es de suma importancia subrayar que a pesar de toda la asimilación que pueda hacer de tales elementos eso no implica la construcción de novedades. Puesto que todo esquema se encuentra obligado a acomodarse en los elementos que asimila favoreciendo con ello su continuidad. El esquema se sostiene y perpetua en el equilibrio entre la asimilación y la acomodación, pero en la medida que la acomodación se impone y sigue siendo compatible con el ciclo del esquema.

Un esquema no es una cosa sino un momento del proceso cognoscitivo de investigación, que una vez que se genera busca estabilizarse por medio del equilibrio de sus funciones de asimilación y acomodación. Cuando alcanza esa estabilización se especializa en reiterar los conocimientos ya conocidos, haciéndolos avanzar sin cambios en una sola dirección preestablecida. Evitando con todo ello la irrupción o construcción de nuevos conocimientos que propicien rupturas epistemológicas, que puedan a su vez derivar en cambios de dirección en el conocimiento. El esquema consolida y legitima la reproducción de conocimientos ya establecidos y simultáneamente el esquema se consolida y legitima a sí mismo por medio de la reiteración y continuidad de los conocimientos asimilados y acomodados en su estructura. Esto es particularmente notorio en la investigación bibliotecológica signada por la epistemología positivista, en la que

14 Piaget, J., *La equilibración de las estructuras cognitivas. Problema central del desarrollo*, México, Siglo XXI, 2005, p. 9.

además a la estabilización del actual esquema a contribuido de manera decisiva el predominio técnico, característico de la fase de constitución. La técnica *per se*, sin control teórico y liberada a su propia inercia, es un conjunto de procedimientos que tienen una aplicación práctica inmediata, y en cuanto tal es una destreza u oficio que ha de ser regularmente llevado a cabo de manera repetitiva. Lo que significa que la técnica tiene, para su realización, que ser instaurada de manera continua y reiterativa. Incluso aunque una técnica fuera cambiada por otra en ese instante la técnica sustituta asumiría la dinámica de la reiteración para así poder ser aplicada. La técnica aparte da la seguridad de lo ya conocido y continuado bajo el atuendo de la destreza en el procedimiento. Por su parte el positivismo lleva a su extrema potencia estos atributos de la técnica, por la natural consonancia que existe entre el uno y la otra. De ahí que la técnica sea un factor determinante para la estabilización del esquema cognoscitivo en la investigación bibliotecológica. Lo que redundará en que los conocimientos que asimila y acomoda el esquema tengan una base técnica; lo cual permite que el esquema reitere conocimientos signados técnicamente y, que a su vez, produzca conocimientos orientados técnicamente. Es la reproducción de conocimientos previamente establecidos que ya pasaron por la cadena de producción positivista del conocimiento. Así el esquema perpetua una orientación preestablecida signada por la técnica que ha de seguir la investigación bibliotecológica. Lo que asimismo significa la formalización técnica del espíritu de la investigación: la búsqueda se convierte en un proceder técnico en aras de alcanzar un objeto bibliotecológico determinado y concebido técnicamente. El colofón que resulta de todo esto es que una epistemología de semejante índole contribuye decisivamente a que el campo bibliotecológico no pueda llevar a cabo la construcción de su propia teoría, o, con más precisión: la teoría propia construida con los propios medios y a partir de la lógica del propio campo bibliotecológico. Lo cual no significa el rechazo de la implementación de teorías provenientes de otros campos, siempre que éstas sean pasadas por la criba de una crítica sistemática que demuestre de manera coherente y fundada su pertinencia para el campo bibliotecológico. Todo lo contrario a una yuxtaposición extralógica,

como definió Samuel Ramos a este tipo de proceder, de teorías foráneas que acaban por distorsionar los objetos bibliotecológicos sobre los que se aplican.

Asimismo, los efectos segmentadores y aisladores de la epistemología positivista se expanden a la integridad del campo, convirtiéndolo en una estructura fragmentada en sus múltiples órdenes. Durante la fase de constitución el positivismo fue factor determinante en la definición y consolidación de las múltiples prácticas y objetos propios del campo, pero una vez que llegó a su límite tal proceso se ha convertido en un freno: se ha solidificado la separación y aislamiento entre las prácticas y objetos. Así, por ejemplo, al interior de la práctica de investigación se da la segmentación aisladora de los diversos objetos de conocimiento, los cuales son concebidos sin relación (clara) con la integridad de los demás objetos de conocimiento. De manera análoga la propia práctica de investigación se encuentra aislada de las demás prácticas del campo, no cumpliendo así su función de unificadora del campo a través de articular a las diversas prácticas por mediación teórica. Todo lo cual redundará en el propio aislamiento exterior del campo bibliotecológico respecto a los demás campos de conocimiento así como en relación a la dinámica de los procesos históricos sociales.

Ahora bien, respecto al ahondamiento de la distancia entre el campo bibliotecológico en su fase de constitución y la dinámica que sigue la sociedad en su actual fase de expansión globalizadora es pertinente agregar que podría cerrarse en la medida que el primero sepa transitar hacia otra fase, aquella que le permita reconstituirse para que pueda ajustarse cognoscitivamente a las nuevas exigencias del segundo; en otras palabras, en la medida que el campo bibliotecológico transite hacia su fase de autonomía podrá seguir, comprender y satisfacer los requerimientos de una sociedad, de un mundo que se expande y se torna mayormente complejo, en el que la información se ha convertido en mercancía central de primera magnitud. Y su ariete para lograr tal fin es la construcción de su teoría.

Si el momento inicial de la fase de constitución del campo bibliotecológico está marcado por la instauración de las bibliotecas públicas, lo que significó el predominio de los procesos técnicos para satisfa-

cer las necesidades (y transformaciones) de la ascendente sociedad de masas, una vez que el tiempo histórico ha girado y que los cambios y las necesidades sociales se han acelerado y complejizado dando lugar a otro tipo de sociedades, llámense globalizadoras o de la información,¹⁵ las necesidades se han transfigurado completamente respecto de aquellos que marcaron la fase de constitución del campo. Por lo que ya no se puede hacer frente a la aceleración de los cambios de las sociedades actuales con la organicidad propia de la fase de constitución. Lo que ahora se manifiesta es el ascenso de las nuevas tecnologías de la información, lo que está ocasionando el desplazamiento de las antiguas técnicas de manejo de la información hacia la tecnología cibernética, lo que transforma la producción, distribución y consumo de la información. Lo cual, por supuesto, impacta en el centro del campo bibliotecológico poniendo en evidencia que, desde los supuestos epistemológicos positivistas sobre los que se sustenta, no ha podido dar una completa respuesta a los retos que ofrecen las actuales transformaciones sociales. De hecho puede decirse que esto es lo que ha dado lugar a todas esas incertidumbres que recorren como un fantasma al campo sobre su identidad y futuro. Ese obsesivo cuestionamiento que en el fondo es precisamente producto del desfase entre la fase de constitución del campo y la fase de expansión globalizadora de las sociedades.

La sujeción de la teoría a la técnica ya no es, por tanto, la respuesta apropiada para el momento actual (el error radica en que sigue trabajando bajo el mismo esquema positivista: mantener la teoría bajo la sujeción de la tecnología); la respuesta al reto es la inversión de este supuesto: la tecnología ha de responder a los dictados teóricos. De ahí que sea una exigencia impostergable la transición hacia la autonomía, para configurarse como un campo de conocimiento plenamente científico. Lo que para comenzar implica reconstituir su

15 Zygmunt Barman. *La globalización. Consecuencias humanas*. México: FCE, 2004. Jonathan Friedman. *Identidad cultural y proceso global*. Buenos Aires: Amorrortu, 2001. Anthony Giddens. *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus, 2000. Scott Lash. *Crítica de la información*. Buenos Aires: Amorrortu, 2005.

basamento cognoscitivo, esto es, cambiar la epistemología positivista prevaleciente por una epistemología diferente (opuesta), que brinde los elementos adecuados para la construcción de la teoría bibliotecológica propia. Esa alternativa la ofrece precisamente la *epistemología constructivista*.

El constructivismo o, más exactamente, aspectos particulares del constructivismo se han desarrollado a lo largo de la historia del pensamiento occidental, pero es en la obra del filósofo Kant que adquiere su primera formulación más concisa. Al postular este filósofo alemán que la realidad, los objetos propios de ésta son producto del proceso de construcción de las categorías a priori, tiempo y espacio, del entendimiento, está formulando el núcleo del constructivismo epistemológico.¹⁶

Es de subrayar que al decir “construir los objetos de la realidad” no significa que tales objetos se estén “inventando” o “construyendo” de la nada. Y que por un acto plenipotenciario del entendimiento aparecieran en la realidad, lo cual sería un absurdo. Kant entiende el acto constructivo del entendimiento como darle forma a una entidad perceptiva, fenómeno en bruto, de la realidad construyéndola como objeto de conocimiento. Objeto que es así integrado al ámbito humano: al sistema de relaciones construido por la razón, satisfaciendo con ello las necesidades propiamente humanas. De lo que resulta que el mundo humano es una construcción hecha a la medida de su propio constructor el ser humano o, más exactamente, la razón humana. Mundo humanizado que se erige sobre el mundo natural de la percepción. La complejidad que para el sentido común entraña el constructivismo tuvo que desarrollarse en la marginación o a la sombra de propuestas epistemológicas de menor complicación, como por ejemplo el positivismo, que cumple con la autosatisfacción de la percepción. El positivismo es gratificante para los sentidos que no se separan de la facticidad, ni se complican con una compleja elaboración racional, con la construcción discursiva de la realidad. Sólo en la medida en que el constructivismo fue perfilando, depurando y preci-

16 I. Kant. *Crítica de la razón pura*. Madrid: Alfaguara,

sando sus contornos y sus supuestos es que se dejará denotar como una clara propuesta epistemológica. En Alemania y Francia es donde principalmente se ha llevado a efecto este proceso de definición del constructivismo epistemológico; aunque ha sido en este último país donde a lo largo del siglo XX fue mayormente depurado y precisado en sus supuestos y organicidad. Así la línea central más definitoria del pensamiento francés del siglo XX se distinguió por asentarse y desarrollarse a partir de la epistemología constructivista.

Desde Alexandre Koyré, Gaston Bachelard y Jean Piaget pasando por Georges Canguilhem, Michel Foucault, Louis Althusser hasta llegar a Edgar Morin y Pierre Bourdieu, como por supuesto varios más, el constructivismo fue construido con los aportes e interpretaciones de cada uno de ellos. Adquiriendo el constructivismo una definición particular en cada caso, según la interpretación que hacía cada pensador de él. Así, por ejemplo, Bachelard definió su epistemología constructivista como *racionalismo aplicado*; Piaget como *epistemología genética*; Foucault como *arqueología del saber*.¹⁷ Pero más allá de las denominaciones particulares, que entrañan especificidades diferenciales dentro del constructivismo, todas esas propuestas comulgan en los supuestos fundamentales de la epistemología constructivista. Mas todas en conjunto representan el largo camino de construcción definitoria del constructivismo. Dentro de esta trayectoria de definición del constructivismo una línea que fue decisiva para precisarlo mejor ha sido el proceso de reconfiguración epistemológica que experimentaron los campos científicos de conocimiento que los llevó a su completa autonomía, primeramente fue el campo de la física; que a partir del desarrollo de la microfísica y los aportes de Albert Einstein cambió la organización epistemológica científica haciendo uso de supuestos constructivistas, como lo evidenció y explicó la filosofía de la ciencia en la vertiente de Koyré, Bachelard y Canguilhem.¹⁸

17 G. Bachelard. *Le rationalisme appliqué*. París: PUF, 2004. M. Foucault. *L'archéologie du savoir*. París: Gallimard, 1969. J. Piaget. *L'épistémologie génétique*. París: PUF, 1988.

18 A. Koyré. *Études d'histoire de la pensée scientifique*. París: Gallimard, 1973. G. Bachelard. *Le nouvel esprit scientifique*. París: PUF, 1999. G. Canguilhem. *Études d'histoire et de philosophie des sciences*. París: Vrin, 1989.

Para la epistemología constructivista la realidad no es lo dado ni el ámbito de los hechos empíricos sino un *sistema de relaciones de carácter natural* sobre el que se construirá otro *sistema de relaciones pero de carácter racional*: los objetos son construidos discursivamente. Lo que significa abordarlos desde un previo enfoque teórico. Como lo especifica la siguiente definición, en que se señalan sus elementos distintivos:

Controverse qui nous permet au moins de disposer d'une définition minimum du constructivisme qui va s'avérer d'un niveau de généralité suffisant pour légitimer un discours épistémologique : le réel existant et connaissable peut être construit par ses observateurs qui sont dès lors ses constructeur (on dira plus volontiers : ses modélisateurs). Construction cognitive, ou artificielle, familière depuis longtemps aux mathématiciens, qui font ainsi exister ces <objets réel par construction> que sont les figures géométriques, les nombres ou les opérateurs symboliques(...) si le réel connaissable est constructible, les axiomes sur lesquels se fonde la construction de la connaissance le sont aussi. Ils ne sont donc pas <données naturelles> s'imposant en raison á l'observateur-modélisateur.¹⁹

Al estar los fenómenos interrelacionados de manera natural la realidad se muestra como un todo complejo al que por lo mismo hay que plantearle problemas para conocerlo. No es lo dado y, por lo tanto, simplificado a lo que se puede acceder por vía inicial de la mera observación sin supuestos bajo la directriz de una objetividad artificial. Para el constructivismo la vía inicial de acceso al objeto es concebirlo de manera problemática (teórica), lo que conlleva un supuesto: depurarlo de sus adherencias empíricas, para ello se ha de llevar a cabo la ruptura epistemológica respecto a la realidad empírica. Con ello se busca que el proceso de conocimiento genere un ámbito estrictamente racional, por definición científico, dentro del cual el objeto es construido estableciendo las reglas que lo rigen. Es de subrayarse la completa diferencia y distancia que existe entre regularidades y constancia por un lado y reglas por el otro. La primeras son extraídas de la reiteración que presentan (o que se cree que presentan) los fenómenos empíri-

19 Jean Louis Le Moigne. *Les épistémologies constructivistes*. París: PUF, 1999, p. 40.

cos; el positivismo estipula que una observación rigurosa, libre de errores nos ha de mostrar de manera clara las regularidades de los hechos empíricos, sin cuestionar el propio trasfondo cognoscitivo de la noción de regularidad. Por su parte *las reglas son una construcción discursiva* a través de las cuales se busca conocer las relaciones que establece el objeto de conocimiento con los demás objetos. De hecho es el sistema de relaciones el que define (construye) al objeto. Mas para que se realice esa definición relacional del objeto de conocimiento se requieren las reglas, que no las regularidades; y a su vez las reglas se construyen discursivamente conforme el objeto de conocimiento cruza por las fases de la OHERIC, que en el constructivismo no se establece a la manera positivista como cadena de producción irreversible del conocimiento, sino como camino abierto, que puede desembocar en caminos laterales e, incluso, regresar sobre el camino ya antes caminado. De hecho transitar por OHERIC se convierte en un vaivén, que rompe con la férrea linealidad formalista. Así se puede pasar de la observación, que ha de estar sustentada teóricamente, hacia cualquiera de las otras fases ya sea de la hipótesis a la conclusión. Y de esta última se puede regresar a la experimentación o la observación. Lo que implica dejar la puerta abierta para que se introduzca el error en el proceso de conocimiento. El error no es algo negativo sino todo lo contrario, puesto que el constructivismo hace de él también un objeto de conocimiento, a diferencia del positivismo que busca exorcizarlo a como de lugar, puesto que no tiene cabida en la codificación que hace de las etapas de conocimiento:

En los modelos *constructivistas* los errores no se consideran faltas condenables ni *fallas de programa* lamentables: son *síntomas* interesantes de los obstáculos con los que se enfrenta el pensamiento (...) ya que están en el mismo centro del proceso de aprendizaje que se quiere conseguir e indican los progresos conceptuales que deben obtenerse (...) En lugar de una fijación (“algo neurótica”) en el distanciamiento de la norma, se trata de profundizar en la *lógica del error* y de sacarle partido en mejorar los aprendizajes (la investigación).²⁰

20 Jean Pierre Astolfi. *El “error”, un medio para enseñar*. Sevilla: Díada Editora, 1999, pp. 14-15.

Los errores son, pues, síntomas notorios de los obstáculos con los que tarde o temprano se enfrenta el pensamiento durante el proceso de investigación. Cuando no se profundiza en la lógica del error para sacarle partido éste se perpetúa conformando un tejido de errores que finalmente quedan fijados en los esquemas de investigación. Por lo que para que la investigación siga avanzando renovándose y no sólo reproduciendo conocimiento ya establecido es necesario remover el obstáculo que representa ese tipo de esquema. Para dar lugar a esquemas más flexibles, fluidos y que puedan ser sustituidos a su vez por otros esquemas igual de provisionales, que a su vez serán sustituidos por otros. Precisamente el movimiento de vaivén multidireccional con que la epistemología constructivista desarticula el formalismo que el positivismo impone a la cadena de producción del conocimiento (OHERIC) a la par de permitir la manifestación del error, procura el antídoto contra la perpetuación de los esquemas en el proceso de investigación. Al hacer la epistemología constructivista de los esquemas fases provisionales permite la generación de conocimientos nuevos, la innovación se convierte en la divisa del avance del conocimiento. Lo que asimismo significa la recuperación de lo más esencial del espíritu de la investigación: la imaginación y la creatividad dentro de la búsqueda y el descubrimiento. Lo que pone por otra parte en evidencia que la *representación lógica* que el positivismo hace del desenvolvimiento del proceso de conocimiento tiene correlato en la forma lógica con que es presentado el resultado final de la investigación. En el fondo no es sino una reconstrucción a priori que responde más a las necesidades de comunicación de los resultados conseguidos que a la descripción de las formas de alcanzarlo. En la investigación científica se hace un discurso de lo que se cree hacer y no de lo que en realidad se ha hecho. Hay un *dictum*, incluso de carácter político, que impele a presentar el resultado final, lógico, de la investigación como un todo coherente y sin fisuras, evitando detallar los fallos y hasta callejones sin salida (errores) que se presentan de manera natural a lo largo de la investigación.²¹

21 Bruno Latour. *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa, 2001.

Al no pretender producir una representación lógica de la investigación científica el constructivismo muestra a la investigación en su dinámica real: abierta, imaginativa, creativa, en permanente vaivén, propensa a los errores, sin temor al cambio y a la innovación, en constante estado de problematización: se parte de un problema para llegar a otro más importante. Así la investigación ha de comenzar problematizando sus objetos de conocimiento y ha de concluir problematizando de manera más compleja,²² o, en otras palabras, la solución que se dé a un problema conlleva el planteamiento de nuevos problemas. Lo que significa el complejo camino que ha de recorrer la investigación a través de la epistemología en la construcción de la teoría. Plantear un problema entraña supuestos teóricos que van depurándose, esto es, ampliándose, precisándose, fundamentándose conforme el objeto va construyéndose a través de la OHERIC. El resultado final es un objeto construido teóricamente, pero que a su vez ha permitido la construcción de la teoría, la cual hace de ese objeto final una entidad problemática más compleja por ser parte de un sistema de relaciones construido sobre un sistema natural de relaciones del que se partió originalmente. Por lo mismo a ese objeto construido hay que plantearle nuevos problemas que exigen mayor imaginación y creatividad en la búsqueda y el descubrimiento propios de la investigación: con lo que el ciclo de la epistemología constructivista se reinicia o, más exactamente, se continúa con nuevos problemas desde supuestos teóricos.

La investigación bibliotecológica al asumir la epistemología constructivista da un paso adelante en relación con la epistemología positivista que hasta ahora ha sido su basamento cognoscitivo. Y más aún es la senda por la que puede encaminarse el campo bibliotecológico hacia su fase de autonomía. Pero no olvidemos que la epistemología positivista realizó una importante labor en el campo bibliotecológico durante su fase de constitución: perfiló y circunscribió las prácticas y

22 Lo que implica que el trabajo del investigador no consiste tanto en resolver los problemas como plantearlos bien e inventar el marco conveniente para su solución. El investigador ha de concebirse como agente de la problematización cognoscitiva.

objetos bibliotecológicos; instaurando al campo como un sistema de prácticas y objetos aislados y particularizados, sistema estático y fragmentario. El paso delante de la epistemología constructivista consiste en construirlo ahora como un sistema de relaciones; donde prácticas y objetos conforman una totalidad compleja de interacción. Para ello se ha de emprender en primera instancia una ruptura epistemológica con el empirismo a través del cual el proceder positivista delimitó y sustentó prácticas y objetos bibliotecológicos, para luego llevar a cabo su construcción discursiva por mediación la OHERIC. Lo que implica remover el esquema de investigación que se estabilizó a lo largo de la fase de constitución, para dar lugar a esquemas provisionales que puedan seguir mejor las transformaciones de las prácticas y objetos del campo, lo que generará conocimientos innovadores de ellos y sobre ellos; y, por el otro lado, como la investigación (construcción del objeto) parte de supuestos teóricos concluirá en la construcción teórica de los objetos a la par de la construcción teórica *per se*, ya que al ser privilegiada la esfera teórica, la técnica y su derivación tecnológica han de quedar supeditadas a las pautas que les marca la teoría, la cual ha de sustentarlas. Lo que significa que la teoría hace de la técnica y la tecnología un medio (no un fin en sí mismo) para la realización práctica-concreta de los conocimientos alcanzados por la epistemología constructivista para la acción transformadora del conocimiento en general y de la sociedad, o, en otras palabras, para unificar el conocimiento y la vida humana. Lo cual como efecto expansivo conlleva recuperar la dimensión humanística en el campo bibliotecológico,²³ que fue precisamente marginada durante la fase de constitución como efecto de los privilegios técnicos.

Cada práctica y objeto construidos teóricamente irán conformando el sustrato teórico en conjunto del campo, que se configurará así en su integridad como un sistema de relaciones, una totalidad compleja por designio teórico. Lo que además significa que cada una de las prácticas alcanza con ello su completa autonomía, cumpliendo de manera científica con la función que les es propia en el campo. Así, la práctica de *

23 J. Adolfo Rodríguez Gallardo. *Formación humanística del bibliotecólogo: hacia su recuperación*. México: CUIB-UNAM, 2003.

por vía del constructivismo alcanza su autonomía, lo que indica que realiza su vocación de constructora teórica. La investigación dentro de un campo ha de ser sinónimo de elaboración conceptual y teórica.²⁴ Y en segunda instancia ha de ser la práctica desde la cual se ha de llevar a cabo la fundamentación teórica de las demás prácticas del campo, las cuales al desplegarse teóricamente generarán la información, los conocimientos que les son propios, los que a su vez servirán como base de la construcción teórica llevada a cabo por la investigación. Que por otra parte el dar preeminencia a la elaboración teórica desde los supuestos constructivistas conlleva volver a reunificar la investigación, que fue escindida artificialmente por la epistemología positivista entre investigación pura e investigación aplicada. El constructivismo reestablece la unidad de la investigación en un *continuum* entre teoría y práctica. La investigación pura o teórica dirigiendo la organización, el proceder y las finalidades de la investigación aplicada o práctica. Lo que desemboca en formas innovadoras del conocimiento bibliotecológico desplegado de manera concreta en la realidad:

Hay que acabar, pues, con la división radical entre investigación básica y aplicada, que, aunque es una realidad histórica de la ciencia, que se extiende a todos los campos de conocimiento, empieza a estar superada. Los límites donde termina una y comienza la otra cada día están más borrosos. Se está llegando hoy a la noción de *continuum* entre los diferentes tipos de investigación. Desde esta perspectiva se puede conseguir la continuidad entre aquellos para los que la investigación se justifica únicamente por el desarrollo de teorías y aquellos para los que la investigación no tiene valor más que en función

24 “Hernon ofrece una definición más precisa, en un intento de cubrir todos los tipos de investigación posibles en biblioteconomía y documentación:

Investigación es un proceso en el que se definen claramente los parámetros del estudio y que tiene como objetivo:

1. Descubrir o crear conocimiento o construir teorías.
2. Probar, confirmar, revisar, rechazar conocimiento y teorías.
3. Investigar un problema para la toma de decisiones sobre problemas locales”, Emilio Delgado López-Cózar. *La investigación en biblioteconomía y documentación*, Gijón, TREA, 2002, p.58.

de su aplicación práctica. La interacción entre el polo aplicado de la investigación en nuestro dominio (investigación llevada a cabo por los profesionales) y el polo fundamental (investigación llevada a cabo por el mundo académico) es posible y deseable.²⁵

Lo que redundará en que la investigación se convierta en la articuladora del sistema de relaciones de las diversas prácticas, configurando así al campo en su fase de autonomía, es decir, como un distinguible campo científico de conocimiento determinado por la teoría. Lo que finalmente le otorgará el estatus que defina su identidad respecto a los demás campos, ya que, debido a su gran potencial, implica que deberá asumir su función específica respecto de ellos, así como articular y unificar sus respectivos conocimientos. También frente a la sociedad habrá de alcanzar una visibilidad definitoria, que será plataforma para actuar en ella transformadoramente. En suma, el campo bibliotecológico tendrá que reconfigurarse para alcanzar su autonomía, lo cual bien puede sintetizarse en la divisa que puede considerarse como su mascarón de proa que mira al futuro: *Hay que sacar a la investigación o, lo que para el caso es lo mismo, a la bibliotecología de los muros de la biblioteca.*²⁶

25 *Ibid.*, pp.233-234.

26 Por supuesto que todo lo argumentado aquí no obsta para soslayar un obstáculo de fondo que dificulta la reconfiguración epistemológica del campo bibliotecológico: es una forma de mentalidad producida por usos y costumbres a lo largo de la fase de constitución, la cual por lo mismo es difícil de remover, máxime que ella ni siquiera considera la necesidad del cambio. Ante ello lo único que de momento se puede decir es que: el cambio es la fuerza motriz del crecimiento (y de la grandeza).

**Investigación y divulgación
bibliotecológicas: una
relación no resuelta**

En el siglo III a. n. e., la dinastía Ptolemaica estableció en Alejandría la más grande biblioteca del mundo antiguo. La Biblioteca de Alejandría buscó hacer realidad el sueño de la biblioteca universal que contendría todo el conocimiento conocido hasta ese momento o, al menos, todo el conocimiento conocido dentro de la órbita de la civilización griega. Nada se escatimó para que esa biblioteca incorporara a los mejores autores y a las mejores ediciones. Al grado de que cada barco que atracaba en los muelles del puerto de Alejandría se le requisaban los libros que traía a bordo para hacer copias de ellos, las cuales se daban a sus propietarios mientras que los originales se depositaban en la biblioteca, también para incrementar el acervo se enviaban buscadores de libros por todos los rumbos del vertiginoso mundo griego. Era prioridad de los monarcas ptolemaicos enriquecer su Biblioteca pues, además de ser concebida como el lugar donde estaban contenidos los grandes logros culturales y espirituales de la civilización griega, también jugaba un importante papel de legitimación simbólica y política de la monarquía ptolemaica, cuya ascendencia helénica la hacía buscar el reconocimiento del resto de la comunidad, pero también frente a los nativos egipcios y demás comunidades que habitaban la ciudad de Alejandría. La Biblioteca era un elemento de distinción pero a la vez de distanciamiento. Distinguirse como una monarquía superior, culta y culturizadora, distanciamiento con ello tanto de los otros griegos y principalmente de los egipcios y demás comunidades. De ahí que los libros de la biblioteca no circularan entre el grosor de la comunidad de Alejandría. Sólo eran utilizados por los eruditos venidos del orbe griego; pero en particular los libros de esta Biblioteca estaban desti-

nados para los “investigadores”¹ que trabajaban en la institución afín y complementaria: el Museo.²

Mientras las bibliotecas ya tenían una larga historia en el mundo antiguo el Museo es una institución totalmente nueva y una completa invención de la monarquía ptolemaica. El Museo es el antecedente remoto y directo de los actuales centros de investigación. En esta institución se reunían eruditos, científicos y pensadores, los más connotados del período helénico; donde se dedicaban a investigar sobre variadas ciencias. Con lo que ampliaron el conocimiento en el mundo antiguo y cuyos fragmentos han llegado hasta nosotros dándonos una esquemática idea de cómo fue ese momento. Los investigadores del Museo estaban subvencionados por la monarquía, lo que los hacía unos privilegiados frente aquellos eruditos que quedaban fuera de ese patrocinio y de las prebendas que se tenían al pertenecer a semejante institución. Por lo que los miembros del Museo representaban una elite intelectual privilegiada al margen de los demás. Una de tales prebendas era el de tener acceso irrestricto a todo el acervo de la biblioteca, así como al conjunto de sus servicios, incluyendo los escriturarios: recordemos que en ese mundo las operaciones de escritura, invención y lectura se encontraban separadas, siendo llevadas a cabo cada una por especialistas. Lo que evidencia la estrecha complementariedad entre ambas instituciones. Entre la Biblioteca y el Museo se daba un reciclamiento de la información y el conocimiento en ambos sentidos. Los libros de la Biblioteca permitían a los investigadores del Museo escribir sus libros que podían ser obras originales o

1 Aunque es un anacronismo llamar investigadores a los eruditos que trabajaban en el Museo, se les designa así para resaltar su analogía, su consonancia con los investigadores actuales, analogía que es fundamental para la propuesta que aquí desarrollo.

2 Para una mayor profundización sobre el tema de la Biblioteca y el Museo de Alejandría pueden consultarse: Héctor Guillermo Alfaro López. “La biblioteca de Alejandría: el surco de la lectura en el Mundo Antiguo”. En *Investigación Bibliotecológica: archivonomía, bibliotecología e información*. Vol, 16, No. 33, julio-diciembre, CUIB-UNAM. Lionel Casson. *Las bibliotecas del mundo antiguo*, Barcelona: Bellaterra, 2003. Juan José Riaño Alonso. *Poetas, filósofos, gramáticos y bibliotecarios. Origen y naturaleza de la antigua Biblioteca de Alejandría*. Asturias: TREA, 2005.

comentarios de las obras ya existentes en el acervo bibliotecario. Esos libros pasaban a su vez a formar parte de la colección de la biblioteca. Lo que venía a ser otra vía por la que ésta se ampliaba. Y el ciclo información-conocimiento-escritura continuaba dentro de los muros de las instalaciones de ambas instituciones... sin contaminarse en las calles de Alejandría.

A los investigadores del Museo no les pasaba por la cabeza que ese conocimiento que recibían (de los libros) y producían tuviera que divulgarse entre la amplia población de Alejandría. Actitud por un lado en consonancia con la postura aristocratizante de la monarquía que los patrocinaba, y por otro lado acorde con la actitud aristocratizante que el mundo antiguo guardaba respecto al conocimiento, que era producido por seres libres y superiores para ser destinado a sus pares. El conocimiento era un elevado acto del espíritu que no debía mancillarse en la divulgación para el populacho inculto. Las sentencias del filósofo Heráclito son todo un manifiesto ilustrativo de esa actitud antidivulgatoria del conocimiento en el mundo antiguo: “Los mejores prefieren una cosa sobre todas: en vez de lo perecedero, fama sempiterna. Mientras que los más se sacian como animales.” “Aunque tropiecen en ellas, no entienden las más semejantes cosas ni las comprenden aunque las aprendan; pero se figuran entenderlas.” “¿Dónde están su inteligencia y su cordura?; creen a cantores callejeros y para ellos la plebe hace de maestro, sin caer en cuenta de que ‘los más son malos y los buenos, pocos’”. “Los perros ladran a los que no conocen.” “El hombre hueco de cabeza es propenso a quedarse boquiabierto por cualquier cosa que se diga.”³

Había entre estas elites la certeza de que el conocimiento en manos de la población era un peligro, en primer término para esa misma población que no sabía que hacer con él, derivando en su mal uso. Así la producción del conocimiento que generaban los investigadores del Museo y los eruditos que frecuentaban la biblioteca sólo era objeto de comunicación entre ellos, generando un tipo de discurso cada vez más elaborado y refinado, pero que era impensable

3 Juan David García Bacca (comp., trad. y notas). *Los presocráticos*. México: FCE, 1980, pp.240, 246-247.

divulgarlo fuera de las dos instituciones. La alta reflexión no se atrevía a pisar la calle. Aunque es de señalarse que de una u otra forma algunos de esos conocimientos por vía indirecta y asistemática lograron filtrarse hacia la sociedad, pero ello no logró una influencia transformadora de importancia en la vida de la población.

Al no entrar en contacto con las necesidades y exigencias de la población el gran corpus de conocimiento producido por la interacción de la Biblioteca y el Museo no evolucionó con mayor celeridad y profundidad. Por lo que ese conocimiento acabó paralizándose o derivando en una erudición hueca, que finalmente provocó su pérdida al no quedar registrado en la memoria colectiva. Lo que retrasó, por ejemplo en el terreno científico, el desarrollo de la civilización occidental, la que tuvo que redescubrir muchos siglos después con retrocesos y rodeos los avances logrados por los científicos griegos.⁴ Y, peor aún, al quedar excluida del conocimiento que producían sus investigadores en su ciudad, la población no se identificó con esas instituciones. Así, cuando la Biblioteca y el Museo fueron golpeadas por las oleadas ígneas de intolerancia y conquista no las protegieron. La población sólo fue testigo de los incendios y la destrucción que ambas instituciones sufrieron hasta su fin definitivo. El ejemplo de la Biblioteca y el Museo es ilustrativo en grado extremo, no por ser único sino porque que esa situación de no divulgación y destrucción se ha repetido a lo largo de la historia, enfatizando la importancia que tiene la función de la divulgación del conocimiento, y de las consecuencias que acarrea cuando no se implementa un programa de divulgación de la información tanto en las bibliotecas como la que se produce en los procesos de investigación.

Resulta pertinente el ejemplo de la Biblioteca y el Museo de Alejandría por la especificidad del tema que se trata aquí sobre la investigación y la divulgación en el campo bibliotecológico. Lo que conlleva plantear una serie de cuestiones que buscan dilucidar en esta indagación: ¿Qué son y cómo se llevan a cabo la investigación y la divulgación? ¿Qué tipo de relación guardan la investigación y la divulgación?

⁴ Cfr. Giovanni Reale y Darío Antiseri. *Historia del pensamiento filosófico y científico*. 3 tomos, Barcelona: Herder, 2001.

¿Cuál es la importancia y función de la divulgación para el campo bibliotecológico? El *leitmotiv* que recorrerá la respuesta a estas preguntas será precisamente el ejemplo de la Biblioteca y el Museo de Alejandría; puesto que en su relación mutua y en su proceder están prefigurados los problemas que se encuentran en la concepción y relación de la investigación y la divulgación en el campo bibliotecológico actualmente. Aunque bien es cierto que no puede hablarse de campo bibliotecológico en cuanto al entramado de prácticas que se daban entre la Biblioteca y el Museo; y ello considerando que las prácticas de investigación que se daban en particular en el Museo abarcaban un amplio espectro de conocimientos que no necesariamente tenían que ver con las prácticas bibliotecarias, de hecho sólo podemos hablar de “campo de conocimiento” hasta la modernidad. Pero, repito, el ejemplo de ambas instituciones sólo hará las veces de *leitmotiv* orientador.

En torno a la divulgación en el campo bibliotecológico existen una serie de equívocos, malas interpretaciones y hasta desconocimiento de lo que son sus características definitorias *per se*, así como de cuál es la profunda imbricación que tiene con la investigación y su significación para la especificidad del campo bibliotecológico. Por lo que, para comprender la problemática de la divulgación, es conveniente primero aclarar estos equívocos que se han tejido en torno a ella. Es de señalarse que dentro de esta aclaración no se han considerado aquellos factores de carácter administrativo institucional que han contribuido a la descalificación de la divulgación en el campo bibliotecológico. Factores como por ejemplo, para hablar del caso mexicano, los programas de estímulos a la productividad que, desde la limitada perspectiva del puntaje administrativo, privilegian la producción investigativa en detrimento de la divulgativa.⁵ Lo que redundaba en que los investigadores no canalicen sus investigaciones de manera natural hacia la vertiente de la divulgación, con lo que se acaba por desconocer su especificidad e importancia. Éste, que suele ser

5 A lo que se agrega también el inflexible y recalcitrante argumento de la limitante de recursos económicos para las publicaciones de divulgación bibliotecológica.

el factor que más se argumenta como el determinante para la marginación de la divulgación, es en realidad el más superficial y externo, lo que no significa que no sea de consideración y que tenga un peso específico en este problema; pero, repito, me centraré aquí en aquella problemática que obedece más a la lógica interna del campo que a las condicionantes exteriores.

Como se explicó atrás los investigadores del Museo tenían una situación privilegiada respecto a todos aquellos eruditos y pensadores que no gozaban de los beneficios que la membresía a tal institución otorgaba. Lo que desembocó en un mayor aislamiento y distanciamiento de la comunidad de investigadores respecto a la colectividad tanto alejandrina como del orbe helénico en conjunto. Esta situación en gran medida determinó su tipo de investigación y la escisión de ésta respecto a la divulgación. Lo que tiene consonancia hasta cierto punto con la situación del campo bibliotecológico en el presente. El gran sociólogo Pierre Bourdieu comprendió y teorizó la problemática que preexiste en el fenómeno de aislamiento y distanciamiento de un campo de conocimiento en relación a la sociedad. Problemática de la cual, aparte de mostrar su especificidad en cada campo particular, supo determinar su fundamento en la dinámica más amplia de la organización social o, más exactamente, de los grupos sociales. Como nos lo explica el mismo Bourdieu en la que fue su última y más personal obra *Autoanálisis de un sociólogo*:

La influencia de los grupos poderosamente integrados, cuyo límite (y modo práctico) es la familia convencional, se debe en gran medida al hecho de que están unidos por una *collusio* en la *illusio*, una complicidad fundamental en la fantasmagoría colectiva, que garantiza a cada uno de sus miembros la experiencia de una exaltación del yo, principio de una solidaridad en la adhesión a la imagen del grupo como imagen encantada del propio yo. Es, en efecto, este sentimiento socialmente construido de pertenecer a una “especie superior” lo que, con las solidaridades de intereses y las afinidades de *habitus*, contribuye más a establecer lo que no podemos menos que llamar un “espíritu de cuerpo”, por insólita que pueda parecer esta expresión aplicada a un conjunto de individuos convencidos de ser esencial y absolutamente institucionales (...) Los efectos del aislamiento,

acentuados por las de la elección escolar y de la cohabitación prolongada de un grupo socialmente homogéneo, sólo pueden, en efecto, propiciar un distanciamiento social y mental en relación con el mundo que nunca es tan manifiesto, paradójicamente, como en los intentos, a menudo patéticos, por alcanzar el mundo real(...) ⁶

Sea el grupo familiar o escolar, o de cualquier otra índole social, hay una fuerza de atracción unificadora de sus miembros que, como explica Bourdieu, es en buena medida producto de la *collusio* en la *illusio*, esto es, una complicidad debida a la ilusión de membresía a una especie superior que da como resultado el espíritu de cuerpo, lo que redundan en un distanciamiento social y mental en relación con el mundo; lo que de cualquier manera es una *alienación* de tales grupos de la realidad en torno. Esos grupos crean su propio mundo al margen del mundo que les rodea. Mundo propio regido por una normatividad y una dinámica personal e intelectual acorde con la especificidad (lógica) de cada grupo. Conforme más se aleja y aísla el grupo del entorno su normatividad y dinámica se vuelven mayormente elaboradas y codificadas, lo que puede conducir al estancamiento al no tener el estímulo renovador del contacto con una realidad distinta. Esto es lo que aconteció con el grupo de investigadores que formaban parte del Museo. Se sentían una especie superior que los alienaba de la sociedad alejandrina, situación que acabó repercutiendo de una u otra forma en su práctica de investigación tanto a nivel epistemológico como en la elaboración del discurso de su producción cognoscitiva, la cual no tuvo continuación y desemboadura en la divulgación.

La explicación de Bourdieu sobre el aislamiento y alejamiento de ciertos grupos respecto al mundo adquiere un sesgo particular en el ámbito de los modernos campos de conocimiento, ya que están expuestos a lo que define como el *efecto del campo*. Al ser espacios regidos por leyes propias que se expresan en la búsqueda, lucha y posesión de capital de conocimiento y capital simbólico propician el

6 P. Bourdieu. *Autoanálisis de un sociólogo*. Barcelona: Anagrama, 2006, pp. 21-23.

efecto del campo⁷ consistente en que los agentes pertenecientes al campo quedan determinados por esas leyes, lo que hace que queden unidos en una *collusio* en la *illusio*. El efecto del campo a su vez repercute en la producción cognoscitiva de los integrantes del propio campo, asimismo también de acuerdo a su grado de desarrollo, lo que puede marcar las pautas en su aislamiento y alejamiento de la sociedad o, por el contrario, de su continuidad y cercanía social. Antes de entrar en la explicación de cómo se da el efecto del campo en particular en el campo bibliotecológico y de cómo ello repercute en la investigación y divulgación bibliotecológicas, es pertinente explicar las características definitorias tanto de la investigación como de la divulgación *per se*, para luego comprender su relación, lo cual se hará desde los enfoques de la construcción epistemológica y la elaboración del discurso.

La epistemología y el discurso no son lo mismo pero guardan una estrecha relación de continuidad que hace que el desenvolvimiento de cada uno remita al otro. Esa interrelación donde se muestran de manera más precisa y clara todas las implicaciones de su entramado es el marco de los campos de conocimiento. La producción de conocimiento define los campos y en ellos la construcción epistemológica y la elaboración discursiva hacen de su continuidad una necesidad, lo que acaba por convertir ambos procesos en una unidad inseparable. Unidad de epistemología y discurso que viene a ser incluso una

7 “Los campos se presentan para la aprehensión sincrónica como espacios estructurados de posiciones (o de puestos) cuyas propiedades dependen de su posición en dichos espacios y pueden analizarse en forma independiente de las características de sus ocupantes (en parte determinados por ellas). Existen *leyes generales de los campos*: campos tan diferentes como el de la política, el de la filosofía o el de la religión tienen leyes de funcionamiento invariantes (gracias a esto el proyecto de una teoría general no resulta absurdo y ya desde ahora es posible utilizar lo que se aprende sobre el funcionamiento de cada campo en particular para interrogar e interpretar a otros campos, con lo cual se logra superar la antinomia mortal de la monografía ideográfica y de la teoría formal y vacía) (...) Pero sabemos que en cualquier campo encontraremos una lucha, cuyas formas específicas habrá que buscar cada vez, entre el recién llegado que trata de romper los cerrojos del derecho de entrada y el dominante que trata de defender su monopolio y de excluir a la competencia”. P. Bourdieu. “Algunas propiedades de los campos”, en *Sociología y cultura*. México: CNCA-Grijalbo, 1990, p. 135

fuerza motriz que fundamenta e impulsa el desenvolvimiento de los campos de conocimiento. La epistemología organiza, sistematiza y codifica el proceso de conocimiento que se lleva a cabo en el campo; lo cual conlleva a una visión particular de la realidad o, más exactamente, del objeto de conocimiento y una implementación de elementos conceptuales, teóricos y metodológicos. Todo lo cual permite llevar a cabo la construcción del objeto de conocimiento. Es de acotarse que desde el momento que hago uso de un término como *construcción* queda en evidencia la perspectiva epistemológica de la que hago uso: el *constructivismo epistemológico*; ello a contramarcha del positivismo no epistemológico. La construcción epistemológica requiere a su vez de un medio de expresión por el cual se explique organizadamente la forma cómo se realiza el proceso de conocimiento en el campo, tal es el carácter y función del discurso. En cuanto tal, el discurso es una organización racional que la razón se da a sí misma para poder expresarse de acuerdo a la particularidad del objeto de conocimiento y del proceso epistemológico a través del cual es conocido. Así, pues, sintetizando, puede decirse que la epistemología es ese proceso en que se expresa y comunica. Lo que significa también que epistemología y discurso obedecen a la lógica que rige la organización específica de cada campo, no son entidades trascendentes a él o que se implanten de manera trascendente en él. Y por lo mismo entre la epistemología y el discurso se despliegan la investigación y la divulgación de los campos de conocimiento.

El aspecto epistemológico en que me centraré para comprender el despliegue de la investigación es el de la problematización y la elaboración de las preguntas que eso conlleva. Esto en contraposición de una epistemología que ha hecho de lo problemático algo no problemático por considerar que el objeto de conocimiento sólo es una entidad que se muestra a partir de una observación cuidadosa y organizada y que en cuanto tal no ofrece problema. Por el contrario una concepción de la investigación que considera ese primer enfrente con el objeto como algo que en sí mismo es problemático, considera a la investigación como un proceso complejo, por lo que éste es el camino aquí seguido. Esto requiere unas consideraciones específicas sobre el acto de problematizar y su elaboración lógica en el pre-

guntar. Desde el momento en que la investigación elige sus objetos de conocimiento ello significa un corte y acotamiento de la multiplicidad de la realidad. Ese seccionamiento se lleva a cabo porque ese aspecto de la realidad es desconocido o poco conocido y, en cuanto tal, se presenta como interrogante para la indagación y su resolución. Lo conocido de la realidad no es algo o no debería de ser aquello de que se ocupe la investigación (aunque los hechos suelen desmentir este acierto del sentido común). Pero el acotar la realidad para delimitar el objeto de conocimiento no significa aislar a ese objeto de los demás objetos, de hecho estos son el entorno con el que aquel se relaciona; entorno del que por lo mismo no puede prescindir. El objeto a conocer comienza a convertirse en una entidad problemática precisamente cuando se considera que se encuentra en interrelación con otros objetos, y que esa interrelación está en permanente cambio. El objeto planteado como un problema ha de ser construido a lo largo de la investigación y es la pregunta la que orienta su construcción como objeto de conocimiento. Antoine Prost ha explicado la importancia y significación epistemológica del planteamiento de preguntas en la investigación histórica, que bien puede ser considerado de manera genérica para todo tipo de investigación:

Son las preguntas las que construyen el objeto histórico procediendo a un recorte original del universo, procediendo a un recorte original del universo ilimitado de los hechos y de los documentos posibles. Desde un punto de vista epistemológico, la pregunta, pues, desempeña una función fundamenta, en el sentido etimológico del término, dado que es la que funda, la que constituye el objeto histórico. En cierto sentido, una historia vale lo que valgan sus interrogantes. De ahí la importancia y necesidad de plantearse la pregunta de la pregunta.⁸

Y más adelante A. Prost explica la organicidad que llevan a cabo las preguntas mutuamente dejando en claro que no son monolíticas, ni algo estático y fijado de una vez por todas. De hecho el desenvolvimiento de una investigación está determinado en gran medida por la movilidad de las preguntas:

8 A. Prost. *Doce lecciones sobre la historia*. Madrid: Frónesis, 2001, p. 90.

Las preguntas se engarzan unas con otras, se engendran mutuamente. Por un lado, las curiosidades colectivas se desplazan; por otra, la verificación/refutación da lugar a otras nuevas, y eso ocurre en el seno de teorías que también evolucionan. La investigación se reactiva, pues, de forma indefinida. Más que la relación de los hechos, es el repertorio de las preguntas históricas lo que no se puede cerrar: la historia se rescribe continuamente. Sin embargo, en cada periodo histórico hay preguntas que desaparecen y otras distintas que ocupan su lugar. Las primeras son rebatidas y desechadas, mientras las segundas se convierten en el centro de las preocupaciones de la profesión.⁹

Una vez planteado el objeto de manera problemática la investigación es guiada por la pregunta, la cual conforme va siendo resuelta abre nuevos problemas y con ellos nuevas preguntas. Así las preguntas van dando la pauta en la elaboración de conceptos, hipótesis y métodos utilizados en la investigación fundados a su vez en una teoría que conduce a una construcción teórica. Las preguntas, al dar forma y orientar la investigación, hacen avanzar al campo, renovándolo constantemente. Cuando no hay preguntas el avance se detiene y un campo se estanca. Por otra parte, son la aparición de nuevos objetos o el poner en relieve objetos antes ignorados o dejados de lado, lo que hace que nuevas preguntas se generen. Lo que significa que la realidad misma es la que estimula la elaboración de problemas y de preguntas. Por eso cuando la investigación se aísla de la realidad se paraliza dando de bruces en la reiteración erudita de lo conocido, como fue el caso del Museo de Alejandría. El discurso se constituye al compás de este desenvolvimiento epistemológico de la investigación. Puede decirse que ya la pregunta es el umbral de la elaboración discursiva. La racionalidad que epistemológicamente construye el objeto de conocimiento a través de la investigación va paralelamente organizándose en el discurso, que fija lógicamente cada parte, aspecto y desenvolvimiento de la investigación hasta llegar al resultado o, lo que es lo mismo, a la respuesta de las preguntas planteadas.

9 *Ibid.*, pp. 94-95.

Dentro del mismo proceso de investigación la respuesta a las preguntas es ya la puerta de entrada hacia nuevas preguntas. Pero en el caso de que la investigación derive hacia su divulgación, la respuesta es una puerta de salida que conduce a que los conocimientos logrados sean ofrecidos a la colectividad, entendida ésta de manera amplia. La pregunta se renueva en el proceso inacabable de la investigación, mientras lo que se entrega a la sociedad son las respuestas a que aquella llegó. A su vez, esa realidad social recibe las respuestas por lo que genera demandas para satisfacer necesidades, y al ser asumidas por la investigación, dan lugar a nuevas preguntas. La sociedad quiere y requiere conocimientos acabados, aplicables, esto es, respuestas, no problemas generadores de más problemas. Lo que por necesidad conlleva a que el discurso tenga que transfigurarse en el tránsito del espacio de investigación al espacio social. Transfiguración del discurso que implica a la par de un cambio de organización y estructura lógica del discurso, el ingreso al fenómeno de *transposición* de un espacio específico (regido por leyes propias específicas y diferenciales) hacia otro espacio; o, más exactamente, porque hay una transposición de un espacio a otro se da una reconstitución del discurso que lo lleva de la investigación a la divulgación.

El fenómeno de *transposición* ha sido teorizado y explicitado por el investigador de la educación Yves Chevaillard, revelando con ello las profundas implicaciones y transformaciones que sufre el conocimiento cuando se transpone de un espacio a otro. Esa transposición hace que el conocimiento avance o retroceda según sea asimilado y procesado por el espacio al que ha sido transpuesto un conocimiento, pero en cualquier caso, el fenómeno en cuanto tal es de extrema complejidad que deja de manifiesto que un conocimiento no pasa tal cual, indemne, del espacio en que originalmente es creado hacia otro espacio, sufre profundas alteraciones que lo modifican, llegando incluso a convertirlo en otra cosa distinta. Chevaillard define la transposición, primordialmente en el terreno de la didáctica, de la siguiente forma:

Un contenido de saber que ha sido designado como saber a enseñar, sufre a partir de entonces un conjunto de transformaciones adaptativas que van a hacerlo apto para ocupar un lugar entre los *objetos de*

enseñanza. El “trabajo” que transforma de un objeto de saber a enseñar en un objeto de enseñanza, es denominado la *transposición didáctica*.¹⁰

Explicando el fundamento del fenómeno de la transposición Chevaillard ahonda en el problema añadiendo:

Todo saber considerado *in statu nascendi*, está vinculado a su productor y se encarna en él, por así decirlo. Compartirlo, en el interior de la comunidad académica, supone un cierto grado de despersonalización, que es requisito para la *publicidad* del saber (...). Sin duda el proceso de despersonalización no se realiza nunca tan completamente como durante el momento de la enseñanza (“Pueden creerme, porque no es mío...”). Pero comienza indiscutiblemente en la comunidad académica. Asume en ella, es cierto, modalidades y funciones diferentes. Según las condiciones de exposición del saber, este proceso debe dar lugar primero a la difusión y a partir de allí a la *producción social* del conocimiento. Más tarde, además, en la intimidad del funcionamiento didáctico, cumplirá una función enteramente diferente: de reproducción y de representación del saber, sin estar sometido a las mismas exigencias de productividad. El juego del saber adopta ahora un aspecto totalmente diferente.¹¹

Desde el momento en que el saber de un productor es compartido con la comunidad académica sufre ese saber su primera y más elemental transposición. La consecuencia de esa primaria transposición es “un cierto grado de despersonalización” que es requisito para la publicidad del saber; publicidad que ha de entenderse como también como la primera y más inmediata forma de divulgación: la que se realiza entre pares. Pero el proceso de despersonalización del saber se continúa y ahonda en cada transposición a que es expuesto cuando pasa de un espacio a otro. Cada transposición del saber va acompañada de su difusión que según los requerimientos del nuevo espacio al que es transpuesto asume en diverso grado el aspecto de divulgación. Cada espacio tiene una organización lógica específica y definitoria por lo que el saber transpuesto se despersonaliza a partir

10 Y. Chevaillard. *La transposición didáctica. Del saber sabio al saber enseñado*. Buenos Aires: Aique, 2005, p. 45.

11 *Ibid.*, pp. 24-25.

de los requerimientos de esa organización lógica, para adquirir una nueva conformación. La investigación en su vertiente epistemológica se transfigura cuando se transpone de su espacio natural de producción hacia el espacio social. Esa transposición a nivel epistemológico exige pasar de la fase de las preguntas a la de las respuestas de la investigación. Es de precisarse que la respuesta no es sólo un segregado del desarrollo cognoscitivo de la pregunta, por sí misma tiene cualidades que le dan un carácter definitorio: es coherente, manejable, estable y aplicable. Cualidades que están en consonancia con la organización social, sobre todo en la esfera de la vida cotidiana. Epistemológicamente las cualidades de las respuestas de la investigación llenan las necesidades de las personas dándoles en síntesis un conocimiento acabado y utilizable, que les sirve en distintos aspectos de su vida cotidiana dándole a ésta coherencia y estabilidad. Pero al llenar las necesidades de las personas eso abre nuevas necesidades que se convierten en otros requerimientos y, en cuanto tales, pasan a ser nuevas preguntas que se plantea la investigación. En suma Chevallard con su teoría de la transposición nos estaría diciendo que un saber (conocimiento) al ser transpuesto de un espacio a otro no pasa indemne, por el contrario sufre profundas transformaciones, que pueden incluso llegar a convertirlo en caso extremo en un saber distinto y autónomo, aunque nominalmente siga emparentado con el saber de origen.

Como se indicó palabras atrás la transposición va acompañada por la difusión, la cual a su vez deviene en divulgación de un conocimiento; esto, ahora comprendido desde la esfera del discurso, implica que la investigación se reconstituye discursivamente para organizar y comunicar las respuesta a que llegaron sus preguntas en el espacio social. Las respuestas se revisten con el discurso de divulgación. Por ser precisamente el discurso de divulgación el espacio donde se dan los equívocos, resulta pertinente una explicación con detalle. Lo primero que hay que clarificar son las confusiones a que se presta el concepto de divulgación con otros términos, que incluso, se llega en el extremo a considerar como sinónimos derivados o afines. El analista del discurso Daniel Cassany ha explicitado con claridad las diferencias y distancia que hay entre esos términos y el concepto de divulgación:

En resumen, la divulgación de la ciencia no es *popularización*: no se transforma en algo “selecto” o “exclusivo” para uso del pueblo. Tampoco es *vulgarización*: traducir algo “formal” o “técnico” a un lenguaje coloquial o más general, cercano al habla corriente. Ni una simple *traducción*, porque esto supone aceptar que el contenido es independiente de la forma. No: el contenido y las palabras con que se formula son una unidad.¹²

Términos como popularización o vulgarización suelen aparecer cuando se hace referencia a la divulgación y, por el significado de simplificación y masificación del conocimiento que se les atribuye, acaban por onda expansiva de sinonimia creándole mala prensa a la divulgación. Hay que dejar claro que la divulgación es algo muy distinto a la popularización y la vulgarización. Cuando los resultados de la investigación son traspuestos en el espacio social en forma de divulgación no son una simplificación de carácter masificador, todo lo contrario es una transfiguración extremadamente compleja del discurso. De ahí el por qué de ninguna manera se le debe considerar como un resumir o reducir las respuestas a un registro más limitado y especializado. El discurso de divulgación con todo y ser un *continuum* de la investigación implica su reconstitución y en cuanto tal adquiere un estatus autosuficiente y legítimo puesto que acaba por fundamentar las respuestas y los datos de que ésta se nutre (que son el desarrollo cognoscitivo de las preguntas) son seleccionados, ampliados, reorganizados y reformulados para la sociedad, la cual tiene objetivos distintos al de los investigadores que buscan elaborar teorías completas de los hechos. La sociedad requiere conocimientos concretos y prácticos, es la búsqueda técnica de soluciones: es la aplicación de la respuesta, que por lo mismo pasa a ser índice de validez social del conocimiento producido por la investigación. Esto muestra la circulación del discurso que va de arriba hacia abajo, de la investigación a la sociedad. Así como también de abajo hacia arriba, lo que significa que el discurso de divulgación se transfigura ahora en discurso de investigación. Pero es de añadir que el discurso circula lateralmente: de un campo de conoci-

12 D. Cassany. *Tras las líneas. Sobre la lectura contemporánea*. Barcelona: Anagrama, p. 245.

miento a otro. El discurso divulgatorio de un campo al ser transpuesto a otro se ajusta a la lógica del campo en que se transpone. Cada reformulación del discurso en su vertiente divulgativa enriquece el contenido del discurso original, esto es, de investigación. Ahora bien, el discurso de divulgación al ser una reconstitución del discurso de investigación conlleva que los elementos y procedimientos de este último se reconfiguran para dar lugar al carácter definitorio del discurso divulgativo. De nuevo Daniel Cassany nos explica el proceso de transición de un tipo de discurso al otro:

El dato científico se representa en forma de red conceptual o entramado de nodos. Procede de la investigación y está elaborado con los recursos lingüísticos de la ciencia. Para divulgarse entre la ciudadanía, el dato pierde parte de sus atributos originales y adopta formas cercanas a la comunidad de habla (...) el camino de transformaciones que experimenta el dato (lo) dividiré en tres operaciones:

- ✓ La *conceptualización* o reelaboración semántica. El dato pierde algunas de las conexiones con el discurso científico original (conceptos, clasificaciones, estadística) y establece relación con elementos procedentes del discurso general (conexiones con el día a día, la realidad del lector).
- ✓ La *textualización* o reelaboración discursiva. El dato prescinde de algunos recursos expresivos exclusivos del discurso científico (lenguajes formales, tablas, referencias bibliográficas, etc.) y adopta manifestaciones más propias del discurso general (modalización, narración, metáforas).
- ✓ La *denominación* o reelaboración léxica. Se reelabora uno de los aspectos más característicos del discurso científico: la alta densidad léxica. Los términos científicos originales, que son excesivamente técnicos, se sustituyen con sinónimos o paráfrasis o se aclaran con definiciones o ejemplos.

Las tres operaciones no son secuenciales y unidireccionales, sino simultáneas e interactivas. La conceptualización influye en la textualización y en la denominación y viceversa.¹³

Como se puede apreciar en esta compacta exposición que hace D. Cassany de las operaciones que van del discurso de investigación al discurso de divulgación es un laborioso procedimiento cognoscitivo,

13 *Ibid.*, pp. 265-266.

que de ninguna manera es una simple popularización o vulgarización. De hecho la vulgarización implica una organización y una serie de procedimientos a la par de complejos como los que se llevan a cabo en la investigación más elaborada, lo que en sustancia las diferencia son sus objetivos y finalidades de ahí, en primer término, una de las razones del por qué se le debe valorizar plenamente por sí misma y en relación con la investigación.

Las respuestas derivadas de las preguntas a que llegó la investigación son instrumentalizadas en el discurso de divulgación al ser procesadas en la conceptualización, textualización y denominación para hacerlas utilizables por la sociedad. En la conceptualización la respuesta se reconstituye distanciándose de la organicidad lógica de la investigación, para establecer conexiones con el día a día de la sociedad a partir de mostrar su operatividad funcional en ese ámbito. En la textualización es donde propiamente la respuesta se reviste con el discurso divulgativo, para ser comunicada socialmente, asumiendo por ello modalidades propias del lenguaje cotidiano. Con la denominación en la respuesta se sustituyen los términos técnicos más rigurosos y difinitorios de la investigación, siendo sustituidos por términos o definiciones accesibles a un mayor número de personas no especializadas, lo cual permite darle fluidez para que circule más ampliamente. Mostrando así estas operaciones que la investigación no es algo lejano e inaccesible en la vida de la sociedad, sino todo lo contrario es algo que toca muy de cerca de las personas en su vida cotidiana. Esa cercanía es la que también hace que las necesidades satisfechas de la sociedad den lugar a nuevas necesidades, que por lo mismo se convierten en preguntas que ha de contestar la investigación. El discurso invierte su dirección: va de abajo hacia arriba; del discurso de divulgación al discurso de investigación. Por supuesto ello también de acuerdo con la especificidad histórica de cada contexto y de cada sociedad, lo que implica que el discurso se encuentra permeado de la visión política, cultural, ética privativa en ese contexto. El discurso nunca es neutro.

Todo lo expuesto anteriormente nos deja en claro que el conocimiento se despliega como un *continuum* a través de la investigación y la divulgación, por lo que ambas son variaciones con lógicas pro-

pías y distintivas de un común proceso cognoscitivo: no son aspectos contrapuestos y distantes del conocimiento. Queda establecido que la divulgación es también un requisito indispensable y necesario para la producción y proyección del conocimiento y no un simple ornamento de la investigación que se puede dejar de lado o incluso prescindir: las consecuencias extremas de ello quedaron ejemplificadas en el Museo, donde incluso las respuestas al no ser divulgadas en la sociedad acabaron convirtiéndose en la pauta de la investigación de donde quedaron exiliadas las preguntas para acabar en un conocimiento erudito inane.

Después de esta extensa parábola que nos permitió comprender qué son y cómo se llevan a cabo la investigación y la divulgación, así como la relación que ambas guardan, veamos ahora cuál es su importancia y función para el campo bibliotecológico.

Revisemos primero las características de la fase en que actualmente se encuentra el campo bibliotecológico. Desde el momento en que las prácticas bibliotecarias a través del advenimiento de las bibliotecas públicas transitan hacia el conocimiento científico, que dará lugar a la bibliotecología, comienza a gestarse el campo bibliotecológico en su *fase de constitución*. Fase en que las diversas prácticas que integran el campo van definiéndose así como los organismos que le dan forma institucional. La fase de constitución del campo bibliotecológico desde el momento de su gestación hasta nuestros días ha continuado su desenvolvimiento consolidando sus prácticas, lo que ha implicado una mejor delimitación de sus contornos respecto a los demás campos de conocimiento. Pero conforme ese desenvolvimiento fue consolidando su organicidad interna comenzó a denotar contradicciones en ese mismo desenvolvimiento, Las prácticas en cuanto prácticas se consolidan a partir de la orientación técnica en que se sustenta el campo. Orientación técnica que fue el impulso motriz que propició la fase de constitución y que acabó por convertirse en el factor central que ha determinado el desenvolvimiento y consolidación de sus prácticas. Pero esto propició que se marginara la fundamentación conceptual y teórica de las prácticas bibliotecológicas, todo lo cual ha derivado en que el campo quede varado en su fase de constitución, lo que frena su transición hacia la autonomía. Un campo de conocimiento alcanza

plenamente su autonomía cuando está sustentado en una sólida estructura teórica y está determinado en cada una de sus prácticas; lo que significa que un campo autónomo es un campo completamente científico. Lo que por otra parte redundaría en que esa misma autonomía de manera lógica encuentra desembocadura social a través de la divulgación. Las preguntas que se gestan y desenvuelven en la investigación dentro de un campo autónomo tienen una infraestructura propicia que conduce a las respuestas en el discurso divulgativo hacia su aplicación social, mientras que en un campo estacionado en su fase de constitución no logra perfilar del todo la infraestructura adecuada para la divulgación del conocimiento que produce, que en buena medida también contribuye el no poder tener un sólido y distintivo fundamento teórico. Al no lograr constituir los canales de divulgación se cierra la posibilidad de establecer el contacto con la sociedad para retroalimentarse de las necesidades que ella genera. Lo que puede derivar en que un campo varado en su fase de constitución quede cercado por una *collusio* en la *illusio*, que señalara Bourdieu.

El fundamento técnico sobre el que se encuentra sustentado el campo bibliotecológico en su fase de constitución hace que sobre él gravite la *collusio* en la *illusio* que propicia un distanciamiento con el mundo social. Ahora bien, analizando con más detalle esta situación se puede comprender que ello tiene en gran medida su origen en que ese fundamento técnico ha propiciado un conocimiento que se reitera a sí mismo. El patrón técnico se impone a la producción de conocimiento esquematizándolo; el esquema de conocimiento técnico se atiene a las soluciones prácticas, esto es, a las respuestas, ya encontradas, lo que le permite reiterarse, evitando con ello el planteamiento de preguntas que requieren una sustentación teórica, lo que asimismo le actualiza para evadir la reiteración y buscar así nuevos caminos de producción de conocimiento. Esto da lugar a una desatención a la divulgación, lo que redundaría en que al no ser un factor prioritario se desconozca lo que es en cuanto a su fundamento, especificidad, funcionamiento y desenvolvimiento social. En su defecto ese desconocimiento se convierte en un conocimiento limitado o distorsionado que concibe a la divulgación como una popularización (sino es que hasta como vulgarización). Todo ello coadyuva para que no se desarrolle de

manera sólida y sistemática una infraestructura para la divulgación del conocimiento bibliotecológico. En el aspecto particular de la investigación, ésta al estar signada de múltiples formas por la orientación técnica se constituye privilegiadamente en *investigación aplicada* y en cuanto tal se considera que así cumple con su función práctica para satisfacer las necesidades que la demanda social produce. Pero ello significa confundir procesos cognitivos y extrapolar funciones. La investigación aplicada tiene competencias y ámbitos de desenvolvimiento social diferentes que los de la divulgación; por ello no basta con privilegiar la investigación aplicada para creer que ella cumple tanto con la orientación del campo como con las necesidades sociales. Lo que por otra parte pone en evidencia las limitaciones de la investigación aplicada en el campo bibliotecológico, la cual al no estar completamente sustentada teóricamente, o, más exactamente, al no ser concebida como una extensión y variante de la investigación pura o teórica no comprende cual es su ámbito acotado de competencia. Decir investigación ha de comprenderse como producción de conocimiento sustentado conceptual y teóricamente; conocimiento teórico que alcanza su validez plena en su aplicación, la cual asimismo ha de dar lugar a la divulgación de ese conocimiento. Hay por consiguiente un *continuum* entre investigación pura e investigación aplicada, como lo ha expresado el investigador Emilio Delgado López-Cózar sobre todo haciendo hincapié en la urgente necesidad de que ese *continuum* sea sumido en el campo bibliotecológico:

Si la bibliotecología y documentación sigue dependiendo en exclusiva de la práctica como única fuente de conocimiento, se convertirá no en una disciplina profesional innovadora, sino en un desfasado proveedor de práctica cotidiana (...) Hay que acabar, pues, con la división radical entre investigación básica y aplicada, que, aunque es una realidad histórica de la ciencia, que se extiende a todos los campos de conocimiento, empieza a estar superada. Los límites donde termina una y comienza la otra cada día están más borrosos. Se está llegando hoy a la noción de *continuum* entre los diferentes tipos de investigación. Desde esta perspectiva se puede conseguir la continuidad entre aquellos para los que la investigación se justifica únicamente por el desarrollo de teorías y aquellos para los que la investigación no tiene valor más que en función de su aplicación

práctica. La interacción entre el polo aplicado de la investigación en nuestro dominio (investigación llevada a cabo por los profesionales) y el polo fundamental (investigación llevada a cabo por el mundo académico) es posible deseable.¹⁴

Otra de las consecuencias que se desprenden de la orientación técnica del campo bibliotecológico sobre la práctica de la investigación es que en la elaboración del discurso se privilegian los dispositivos formales del aparato crítico, por sobre la búsqueda de nuevos caminos, de propuestas que abran el horizonte del conocimiento bibliotecológico para que se proyecte el campo hacia su autonomía. En otras palabras, por una distorsión cognoscitiva se da mayor importancia al aparato crítico sobre el que se monta la escritura de la investigación que a una argumentación propositiva de rigurosa organización lógica interna del discurso, que priorice las preguntas sobre las respuestas. Así se llega al extremo de estimar que lo que le da su carácter científico a una investigación son los dispositivos técnicos como las notas a pie de página, la proliferación de las referencias bibliográficas, una amplia base documental que ponga al día el estado del arte y la infaltable bibliografía, que entre más extensa y actualizada mejor. Y bajo estos dispositivos técnicos del aparato crítico se despliega un discurso donde se privilegian las respuestas a las preguntas. Lo que explica también por otra parte las confusiones que resultan de ello, como el que discursos cuyo contenido es más de carácter divulgativo por el hecho de estar arropados por un laborioso aparato crítico son considerados como investigación, mientras que investigaciones de sólida organización discursiva interna y con proposiciones innovadoras al carecer de un “mínimo” aparato crítico, acaban por considerárseles, paradójicamente, como de divulgación, con su consiguiente desvalorización.

Todo esto deja, pues, en evidencia que el campo bibliotecológico al haber quedado varado en su fase de constitución ha propiciado esto que se ha expuesto en cuanto al hiato existente entre investigación y divulgación, lo que a su vez contribuye a solidificar el envara-

14 E. Delgado López-Cózar. *La investigación en biblioteconomía y documentación*. España: TREA, 2002, pp. 232-234

miento del campo. Y con ello el distanciamiento. Por lo que la sombra del Museo de Alejandría pareciera extenderse sobre el campo bibliotecológico. Una, entre otras, de las vías para salir de esa circularidad del envaramiento en la fase de constitución y poder transitar a la fase de autonomía es dar un lugar privilegiado al discurso de divulgación, creando una infraestructura apropiada que permita la reflexión sobre la divulgación y se le lleve a cabo bajo los supuestos que le son propios, como nos explicó Daniel Cassany. Lo que contribuirá a evitar las confusiones arriba señaladas y que privan en el campo bibliotecológico. Pero más aún la pertinencia de desarrollar esa infraestructura para la divulgación es también una necesidad del campo para establecer canales más inmediatos de relación con el entorno social que le rodea y en el cual se encuentra totalmente inmerso. Una infraestructura que divulgue los conocimientos del campo bibliotecológico contribuirá a darle una presencia social amplia, lo que hará más identificable su perfil definitorio y específico o, con otras palabras, sus integrantes se harán legibles para la sociedad: dando un mentís a todas esas deformaciones y desconocimientos que existen socialmente sobre los miembros del campo y sobre el campo bibliotecológico. Pero además al divulgar sistemáticamente sus conocimientos a la par de satisfacer las demandas referentes a las necesidades de información de la sociedad, podrá ser agente generador de nuevas necesidades informativas, en un mundo como el presente que gira y está determinado por la producción y los flujos de información. Con lo que estará así cumpliendo amplia y plenamente con su incoercible vocación de servicio social. Como pocos campos de conocimiento, la bibliotecología nació bajo el signo de una práctica, en sus múltiples vertientes, avocada al servicio social; pero que, como se ha explicado, no ha podido cumplir del todo con esa vocación, por lo que para evitar la *collusio* en la *illusio* que puede aislar al campo del entorno social ha de convertir en plena realidad su vocación de servir a la sociedad. En la medida que realice ésto podrá perfilar mejor la vía que le conduzca de su fase de constitución hacia la fase de autonomía, para estatuirse como un campo definitivamente científico de conocimiento. Con lo que finalmente exorcizará el espectro del Museo de Alejandría.

Estudios epistemológicos de bibliotecología. La edición consta de 300 ejemplares. Coordinación editorial, Zindy E. Rodríguez Tamayo. Formación editorial, Carlos Ceballos Sosa. Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas. Fue impreso en papel cultural ahuesado de 90 gr. en los talleres de Producciones Editoriales Nueva Visión, ubicados en Juan A. Mateos, número 20, Col. Obrera, México D. F. Se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2010.